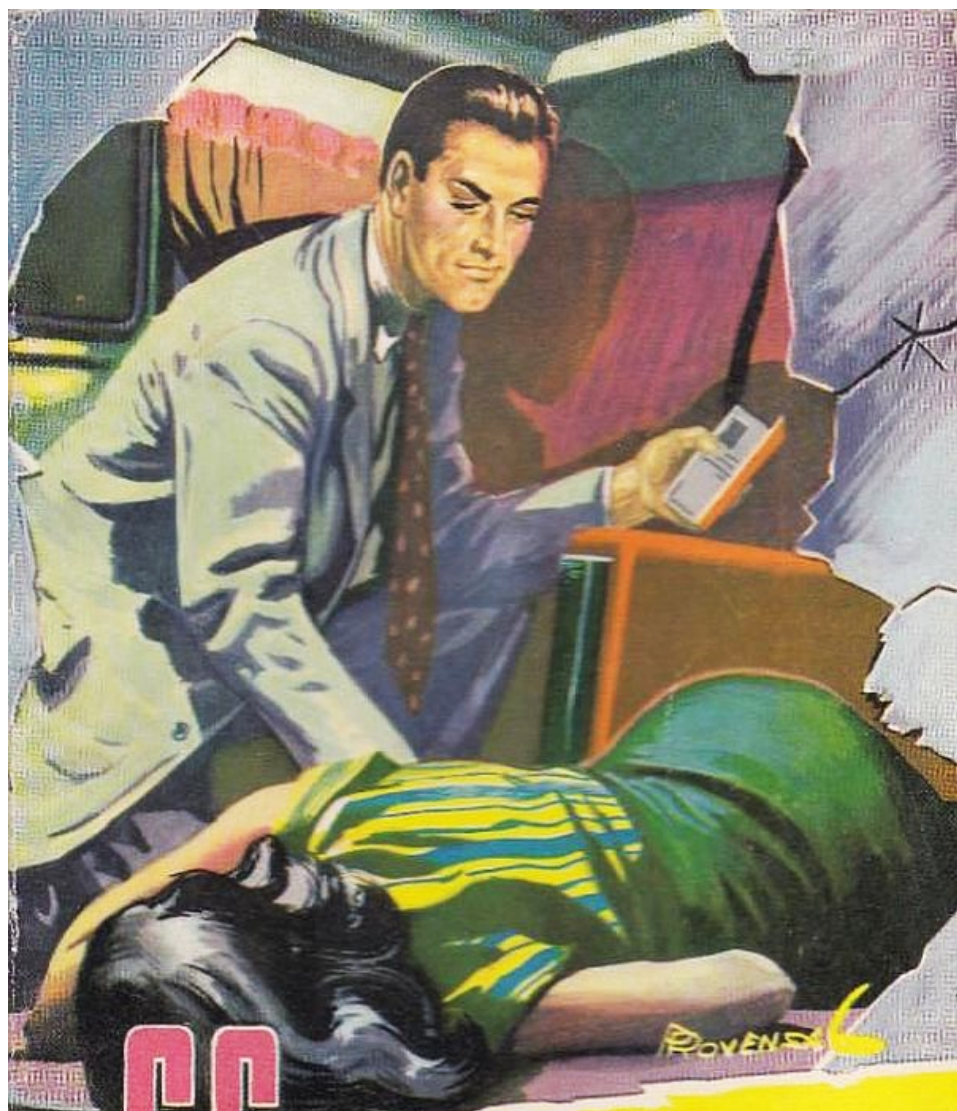




SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN

LLEGA LA MUERTE

—¿De modo que no queda ninguna cabina individual?

Helena Checkwick disimuló apenas un gesto de contrariedad, y se dispuso a adquirir lo que le ofrecía el empleado. La tarde era fría y brumosa. El vago olor acre que llegaba de los andenes, como los empujones de la multitud que se apretujaba a aquella hora en la Estación Central de Nueva York, incidía sobre los nervios.

Con su boleto en la mano, la señora Checkwick cruzó los torniquetes.

—¿El expreso de Chicago?

La pregunta fue formulada en un tono tan autoritario que el mozo a quien iba dirigida enderezó sorprendido la cabeza. Se encogió ante una mujer relativamente joven, vestida con una elegancia deslumbrante.



Mark Halloran

Llega la muerte

Bolsilibros: Servicio Secreto - 186

ePub r1.0

jala y xico_weno 06.07.17

Título original: *Llega la muerte*

Mark Halloran, 1954

Ilustración de la portada: Jaume Provensal

Editores digitales: jala y xico_weno

ePub base r1.2





Mark Halloran

Llega la muerte

1ª EDICION

MARZO 1954

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

LLEGA LA
MUERTE



PRÓLOGO

«RICO BANQUERO ASESINADO»
«SU HIJA HERIDA POR EL CRIMINAL»

«Ayer, a las diez de la noche, fueron encontrados en las oficinas del “Banco Haltham” los cuerpos de su presidente, señor John Haltham, y de su hija Helen, en medio de un charco de sangre. El portero del edificio, que descubrió la trágica escena, avisó inmediatamente a la policía.

»Su primera idea fue que ambas personas estaban muertas, pero minutos después observó que la señorita Haltham se quejaba y movía los brazos. El portero telefoneó, entonces, a una ambulancia y procedió a prestar socorro a la infortunada joven. No consiguió reanimarla, pese a sus esfuerzos, y la señorita Haltham fue trasladada al “Hospital St. George” sin que tengamos noticias al cerrar la edición de que haya recobrado el conocimiento. Parece, no obstante, que su estado general es satisfactorio.

»El señor Haltham, cuyo nombre recordarán nuestros lectores por la campaña electoral que rodeó su candidatura a la alcaldía, pereció víctima de tres disparos. Era uno de los prohombres más distinguidos con que contaba nuestra sociedad. Su reconocido, solvencia, su intachable rectitud, su firme condición de buen ciudadano hacen su pérdida todavía más sensible.

»Se cree que el móvil del crimen fue el robo; según

nuestros informes faltaban veinte mil dólares de la caja fuerte del señor Haltham, que se encontraba abierta. Naturalmente, esta circunstancia no debe ser motivo de inquietud para los imponentes del Banco, a los cuales advertimos, por deseo expreso de la entidad, que ningún percance han sufrido las cámaras acorazadas. El “Banco Haltham” dará toda clase de explicaciones a los clientes que las soliciten, y desea que estos sigan favoreciéndole con la confianza de que le han dado muestras en toda ocasión».

«Chicago Herald, 9 de abril de 1944».

*«¡EL PRIMER CAJERO DEL BANCO HALTHAM HA
DESAPARECIDO!»*

»Leo Crawley, primer cajero del “Banco Haltham”, ha desaparecido en circunstancias más que misteriosas. Se recordará que el señor Haltham fue asesinado anteayer en su propio despacho. Este hecho, unido a la pérdida de una importante cantidad en metálico y a ser el cajero el único que, además del señor Haltham, poseía las llaves de la caja robada, hacen extraordinariamente sospechoso a Crawley, al cual busca afanosamente la policía del Estado. Se espera con impaciencia la declaración de la señorita Haltham, que corroborará o desmentirá las sospechas que inspira la conducta del fugitivo. Procuraremos tener a nuestros lectores al corriente de este intrigante caso».

«Chicago Herald, 10 de abril de 1944»,

«¡LEO CRAWLEY ES EL ASESINO DEL BANQUERO
HALTHAM!»

»La hija del infortunado Haltham ha podido declarar esta mañana, poco después de recobrado el conocimiento. El resumen de su declaración es el siguiente:

»Mi padre y yo cenamos fuera de casa y al regresar nos detuvimos en el Banco, donde él había olvidado unos documentos. No esperábamos encontrar a nadie allí, por lo cual nos sorprendió, antes de abrir la puerta, oír ruido en el despacho. Luego vimos que una lámpara portátil enfocaba la caja fuerte, abierta y en desorden. Mi padre dio vuelta al interruptor y, entonces, descubrimos a un hombre que la registraba, de espaldas a nos —otros. Cuando giró le reconocí, era Crawley, el cajero. Llevaba un revólver en la mano, y disparó varias veces. Mi última sensación fue un choque y un dolor intenso. Perdí el sentido y no recuerdo más.

»Como juzgarán nuestros lectores, la declaración no puede ser más clara. Leo Crawley es un asesino. La policía le busca como a tal, aun cuando no parece tener el menor indicio de su paradero. Según el teniente encargado de la investigación

*O'Neill,
, ha debido de huir al Canadá, Confiamos en
que no tardará en caer en manos de la
Justicia».*

*«Chicago Herald, 10 de abril de 1944, edición
de la tarde».*

NOTA DEL AUTOR

La policía nunca encontró a Leo Crawley. Unas noticias le situaron en Alaska, otras en Méjico, otras en Puerto Rico, otras en Uruguay y otras hasta en París, pero es el caso que nadie pudo fijar con seguridad su nuevo y forzado domicilio.

Vencida la primera impresión, los periódicos y el público de Chicago empezaron a olvidarse del crimen. Más tarde lo olvidó la misma policía.

Pasaron los años, y en la ciudad entera sólo quedó una persona que guardase memoria absoluta del homicidio: Helena Haltham. Helena se había casado, convirtiéndose de una joven bonita en una espléndida dama. Sin embargo, algo hubo en ella que no se alteró: el recuerdo del asesino de su padre.

CAPÍTULO PRIMERO

—¿De modo que no queda ninguna cabina individual?

Helena Checkwick disimuló apenas un gesto de contrariedad, y se dispuso a adquirir lo que le ofrecía el empleado. La tarde era fría y brumosa. El vago olor acre que llegaba de los andenes, como los empujones de la multitud que se apretujaba a aquella hora en la Estación Central de Nueva York, incidía sobre los nervios.

Con su boleto en la mano, la señora Checkwick cruzó los torniquetes.

—¿El expreso de Chicago?

La pregunta fue formulada en un tono tan autoritario que el mozo a quien iba dirigida enderezó sorprendido la cabeza. Se encogió ante una mujer relativamente joven, vestida con una elegancia deslumbrante.

—Tercer andén, señora —balbució, sintiéndose insospechadamente pequeño y humilde—. Saldrá dentro de veinte minutos.

Sin una palabra de agradecimiento, la dama volvió a perderse en el oleaje humano. Los largos y lujosos convoyes formados ante ella en sus líneas de término componían un gigantesco peine cuyas púas se extenderían pronto en todas direcciones. Helena Checkwick fue leyendo maquinalmente los rótulos que indicaban sus puntos de destino. Tuvo que dar un penoso rodeo hasta encontrar el que rezaba, «Chicago».

Subió al tren y mostró su billete al empleado que halló en la plataforma.

—Coche número uno, señora.

—¿Puedo ir por aquí?

—Naturalmente, señora. Yo se lo indicaré.

Mientras seguía al hombre de vagón en vagón, la señora Checkwick se sintió súbita e inmotivadamente irritada. Todo era engorroso: el avance por el pasillo, el paso a través de los fuelles, la lentitud del empleado que la precedía, la charla inocente de los mozos que en cada coche esperaban a los pasajeros. Ganapanes inútiles. El activo cerebro de Helena Checkwick comenzó a calcular las restricciones que impondría en el personal ferroviario si alguna vez llegaba a presidir la Compañía.

Comprendió que nada le habían hecho aquellos infelices, pero su mal humor solía cristalizar sobre personajes anónimos y desconocidos. Sabía que su genio era, en ocasiones, insoportable. Sin embargo, ¿quién podía sentirse de buen humor en un día gris, húmedo y triste? Y, además, ¿qué habría sido del Banco faltando ella de Chicago tanto tiempo? Seguramente el imbécil que desempeñaba las funciones de gerente en su ausencia, habría malogrado más de una operación.

El empleado que la condujo a la cabina recibió una propina generosa, aunque acompañada de una mirada glacial. Helena entró en el departamento y cerró la puerta a su espalda. Contempló lo que la rodeaba con aire de disgusto, que se trocó en ira silenciosa al descubrir las dos literas. ¿Quién sería su compañera de viaje? Sólo le faltaba añadir esta preocupación a las muchas que desequilibraban su dinámico pensamiento.

Su equipaje no había llegado todavía. ¿Se divertirían con él las legiones de mozos holgazanes que deambulaban por los andenes?

Helena Checkwick experimentó la necesidad de pegar a alguien. Luego, pensándolo mejor, salió al pasillo y se puso a fumar.

La soledad —los gruesos cristales de las ventanillas la aislaban del estúpido movimiento de la gente— la tonificó. El pasillo desierto, de ambiente seco y tibio, resultaba casi confortable.

Iba por la mitad de su cigarrillo cuando un hombre y una muchacha que hablaban entre sí a media voz subieron al coche. Helena correspondió a su saludo con un breve gesto de cabeza. Los mozos dividieron en dos el equipaje, llevando el del hombre a un departamento situado dos puertas más allá del suyo. El de la mujer fue colocado tres puertas más allá, pero en sentido contrario. El hombre despidió a los empleados y la pareja se quedó en el pasillo, mirando al andén.

El interés de la señora Checkwick fue hacia el hombre en primer lugar. Había algo en él que llamó su atención. De buena estatura, poseía un cuerpo robusto y armónico, sobre el que se asentaba una cabeza de rasgos firmes, con ojos grises y boca tensa, con una mueca irónica en la comisura de los labios. Su rostro traslucía una energía extraña, casi insultante. Helena Checkwick la captó y se puso, instintivamente, en guardia. Por debajo de su apariencia fría y calculadora era capaz de percibir, apreciar y acusar la fuerza viril cuando la encontraba en su camino.

La muchacha no era lo que a primera vista parecía; es decir, parecía vulgar, salida del ejército más o menos rubio, más o menos frívolo y más o menos eficiente de las mecanógrafas profesionales, y no lo era. Tenía una cualidad excepcional: la inteligencia. Helena lo descubrió al momento. Después advirtió que era hermosa y que su cabello cobrizo estaba muy bien cuidado; que sabía vestir; que su barbilla y sus finos labios expresaban tenacidad; que era desenvuelta, simpática y absorbente. Junto al hombre, formaba una pareja digna de consideración. No un matrimonio, por supuesto. La señora Checkwick trató de adivinar de qué modo se hallarían relacionados. Un médico, un abogado, un periodista o un ingeniero y su secretaria, dedujo.

En aquel momento apareció un mozo con su equipaje. Suspirando, Helena Checkwick entró en su departamento. La colocación de las maletas la ocupó durante unos minutos. Cuando salió al pasillo, observó que otros dos pasajeros habían llegado y se instalaban en la cabina contigua, la situada entre la suya y la del hombre de rostro enérgico. Eran dos hombres también. No les vio la cara.

Encendió un nuevo cigarrillo. Después se encontró frente a los dos viajeros e hizo un gesto de sorpresa.

Eran los Bradford, padre e hijo.

—¡Hola, Hennie! —exclamó el viejo Bradford, saludándola con efusión—. Supongo que no vacilarás en estrechar la mano a tus rivales, ¿eh?

—¿Qué tal, Steve? —replicó ella escuetamente—. Hola, Donald —añadió para el joven.

Éste se inclinó.

—¿Cómo está usted, señora Checkwick? —murmuró

pronunciando el apellido con evidente repugnancia.

Helena los examinó a ambos mientras escuchaba a medias la charla banal del padre. Steve Bradford envejecía, pero su corpulencia y su jovialidad resistían incólumes el paso de los años. Hacía siete que ella rechazó su petición de matrimonio. Recordó su reacción, porque para Bradford fue un duro golpe. Su propósito de unir el «Banco Haltham» con el «Bradford Oeste», unión que le hubiera situado a la cabeza de la más importante empresa bancaria de Chicago, se vio frustrado por la que, entonces, era una voluntariosa y testaruda jovenzuela. Pues, bien, Helena lo recordaba perfectamente: Steve Bradford no se enfadó. Se limitó a encogerse de hombros tristemente y a desearle buena fortuna. Era, en realidad, una excelente persona.

Helena depuso su automática altivez y sonrió. Fue la primera sonrisa que asomó a sus labios aquella tarde.

—Hacía más de dos meses que no te veía, muchacha —estaba diciendo Bradford en aquel instante—. ¿Dónde te escondes?

—Los quince últimos días, en Nueva York —repuso ella—. En Chicago, donde siempre: entre mi casa y el Banco. No voy a otro sitio.

Bradford se permitió dudarle. Aunque Helena Checkwick poseía una capacidad de trabajo y un tesón que la habían facultado para asumir con gran éxito la dirección del Banco a la muerte de su padre, no por ello dejaba de ser mujer, joven e indescritiblemente seductora. Sus actividades sociales y su elegancia excepcional eran conocidas por todo Chicago.

Bradford se fijó con admiración en el suntuoso abrigo de pieles que realzaba su figura. Helena sabía filtrar a través de su temperamento el arte de los mejores modistos del mundo, con resultados pasmosos. Bradford, contemplándola, pensó, con amargura, que poco había faltado para que aquella soberbia mujer fuese su esposa. Una lástima, una pirueta de la vida. Otro se la llevó, sin merecerla.

Después vio cómo la observaba su hijo, y sintió una extraña impresión, se hacía viejo. Pero todo era absurdo. El sé enamoró de Helena, quizá a destiempo, quizá seducido por la parte de cálculo que entraba en su sueño matrimonial. A la vez, Donald, su hijo, sentía por ella una pasión que no disimulaba. La sintió siempre, y

Bradford lo sabía. Absurdo, era absurdo. Dos generaciones no podían nunca coincidir en el tiempo.

—¿Por qué no te vienes con tu esposo a cenar cualquier noche? Ya sabes dónde tienes todavía tu casa.

—Gracias, Steve; no dudes que lo haré. Sin embargo, no creas que es cosa fácil. Milo está cada día más ocupado; y yo también, ya puedes suponerlo.

—Oh, lo supongo —asintió Bradford—. Es admirable que una mujer tan joven y bella como tú se sacrifique hasta el extremo de cargar con el peso de la dirección de un Banco.

Helena se encogió de hombros.

—Lo llevo en las venas. Recuerda cómo era mi padre.

Steve Bradford recordaba muy bien a John Haltham. En su juventud trabajó durante catorce años a sus órdenes. Luego se estableció por cuenta propia. Llegó a adquirir en sus negocios fama de hombre honrado y recto, pero jamás se recató de decir que, en cuestiones bancarias, aprendió de Haltham todo cuanto sabía.

—Un gran hombre —declaró sinceramente—. Nadie ha tenido su capacidad para ganar dinero honradamente.

La expresión del rostro de Helena se había endurecido.

—De poco le sirvió.

—Bueno, eso no desmerece sus virtudes.

La dama arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie.

—A veces, me pregunto, Steve, si las virtudes valen lo que cuestan. Morir asesinado no es lo que se dice un premio a una vida ejemplar, especialmente si el asesinato queda impune.

—Ya sé que eso te ha obsesionado siempre, Hennie, pero...

—¿Por qué no hablamos de otra cosa? —intervino el joven Bradford—. La señora Checkwick —volvió a recalcar el apellido— habrá venido a Nueva York a divertirse, y no es justo que le agriemos el regreso.

Su padre titubeó.

—Tienes razón, Donald. Procuraremos hacerle el viaje agradable.

Otros pasajeros subieron en aquel momento: un hombre de mediana edad que acomodó sus maletas en el primer departamento, o sea, en el de la parte delantera del vagón, y dos individuos de aspecto obscuro que entraron en el posterior. La cara de uno de

éstos le resultó a Helena desconcertantemente familiar, El sujeto en cuestión era moreno y usaba barba. Su nariz aplastada le daba una apariencia indefinible.

Mientras Helena le miraba, se volvió y, a su vez, la examinó atentamente, como si pretendiera traspasar el velo del sombrero que le ocultaba a la dama medio rostro. Helena bajó la vista. ¿Quién era aquel hombre? ¿Le conocía? ¿Fue una falsa impresión?

La distrajo la presencia de un nuevo viajero, a quien sí conocía, y demasiado. Ted

O'Toole,

rojo, rollizo, envuelto en un gabán a cuadros, se dirigía a ella, saludándola a grandes voces.

—¡Hola, querida! Como ves, cumplo mi palabra: te acompaño a Chicago.

Ella le miró con desconfianza.

O'Toole

era, entre otras cosas menos recomendables, uno de sus más pegajosos adoradores.

—Tú no tienes nada que hacer allí.

O'Toole

sonrió. Sus cincuenta años resplandecieron a través de su cara de luna. No era agradable cuando sonreía: su mueca parecía propia de un débil mental.

—Es el hogar, Hennie —suspiró—. He visitado al viejo Kranz, y regreso a casa. Gran tipo, el viejo; de los de agalla larga y tomate fácil, vaya que sí. ¿Dónde paras tú?

—Ahí, en el número cinco —dijo Helena, con cansado ademán—. Todavía no sé a quién tengo por compañera de cabina.

—¿No has tomado un departamento para ti sola?

—No pude.

—Te cedo el mío.

—¿Dónde dormirás tú, entonces? —Helena sintió que se renovaba su mal humor—. No seas estúpido, Ted. Te agradeceré que me dejes en paz.

O'Toole

era impermeable.

—Oh, no te preocupes, sólo quería serte útil. Bueno —por primera vez dedicó una ojeada a los Bradford—: ¿qué tal, amigos?

Supongo que el tren saldrá pronto.

Helena calculó mentalmente que casi todos los ocupantes del coche debían de haber ya llegado. Seguía libre el departamento número cuatro, contiguo al suyo, y faltaba su compañera de pieza. Comenzó a abrigar esperanzas: si la desconocida no acudía, acaso pudiera hacer sola el viaje.

Una mujer joven entró entonces, en el vagón. Helena, al verla, pensó que las coincidencias iban demasiado lejos.

—¡Margie! —exclamó—. ¿Usted por aquí?

La muchacha, rubia, llamativa, airosa, de movimientos felinos, acudió a su encuentro.

—Cuerno —gruñó

O'Toole.

Los Bradford se hicieron a un lado.

—¡Qué casualidad, señora Checkwick! —La joven pestañeó—. Voy a Chicago viajando por cuenta de

Rescue's

. Oh —retrocedió un paso— veo que, por qué se quedó usted el modelo que le recomendé. —Examinó a Helena de pies a cabeza—. Magnífico abrigo, señora. Está usted elegantísima. Es un honor que nuestras clientas nos dejen en tan buen lugar.

—No me adule, Margie —replicó Helena, complacida—. Usted sí está preciosa.

Margie Roan, poseía, efectivamente, la elegancia natural imprescindible a toda buena modelo. Helena la había conocido en *Rescue's*

, la casa de modas más importante de Nueva York, donde exhibía las creaciones especiales. Por alguna razón, quién sabe si por simpatía instintiva, la muchacha había mostrado cierto empeño en ganar su amistad.

O'Toole

se humedecía los labios con la lengua. Helena le miró y miró a los Bradford.

Luego les volvió la espalda y abrió la puerta de la cabina número cinco.

—Pase a mí departamento, Margie —dijo—. A propósito, ¿no será también el suyo?

—No, estoy en el cuatro.

Cuando apenas faltaba un minuto para la salida del tren apareció un mozo con unos equipajes.

—Bien —suspiró Helena— ya tenemos aquí a mí vecina.

Una mujer entrada en años, de cara larga y blanca, vestida de negro, cruzó el umbral.

—Usted —susurró, mirando a Helena y a Margie—. ¡*Usted!* Y cayó al suelo desvanecida.

CAPÍTULO II

Las dos mujeres lanzaron un involuntario grito de sorpresa.

—¡Señora! ¡Por favor, señora! —exclamó Margie, corriendo hacia la recién llegada y tendiéndola, con ayuda del mozo, en una litera—. ¿Qué le ha sucedido?

Helena Checkwick contempló con el entrecejo fruncido cómo la mujer volvía lentamente en sí. «¡Usted!» había gritado al desmayarse. Hubiera jurado que la miraba a ella al pronunciar aquella palabra. Además, su pálido rostro no le resultaba desconocido. Le sucedía lo mismo que con el hombre barbudo de la nariz chata.

¿Dónde había visto anteriormente a ambos personajes? Levantándose, sacó del bolso un billete y lo entregó al mozo.

—Puede retirarse. —Cerró la puerta cuando el empleado hubo salido, y se apoyó en ella de espaldas—. ¿Vuelve en sí? —preguntó displicentemente.

Margie abofeteaba suavemente a la mujer.

—Un momento.

La mujer abrió los ojos e hizo una profunda aspiración.

—No es nada —dijo—. No se preocupen por mí. Esto me sucede a menudo —su voz era débil y de timbre agradable. Se incorporó—. Me siento ya bien —anunció—. Muchas gracias por sus amables cuidados.

—Pero... —articuló Helena.

Deseaba una explicación a las extrañas palabras que la señora susurró al caer. Ésta pareció adivinar su pensamiento:

—¿He dicho algo raro antes de perder el sentido? —Tragó saliva—. Ustedes me dispensarán. Pierdo la conciencia, no sé lo que digo ni lo que hago cuando empieza el ataque. —Se levantó poco a poco,

y dio unos pasos por el departamento—. Son los nervios; estoy enferma de los nervios. Pero ya pasó todo. —Enarcó las cejas—. ¿Qué he dicho que las sorprendiese?

Helena tomó la palabra:

—Ha fijado la vista en mí y ha exclamado: «¡usted!» como si me reconociera y la emocionase mucho mi presencia en el tren.

—¡Qué absurdo! Supongo que sabrá disculparme, señora Checkwick. Yo...

—¿Cómo...? —Inició Helena, asombrada. ¿Cómo podía aquella mujer saber su nombre sin conocerla? Y si la conocía, ¿por qué intentaba ocultarlo? Titubeó—: No, descuide —rectificó—. Muy comprensible, no le de vueltas. Lo importante ahora es que se sienta usted bien.

—Oh, estoy perfectamente. —La señora parecía, en efecto, totalmente tranquila ya—. Pero todavía no me he presentado, qué torpeza. Nora Shannon, de Chicago.

Margie respondió, al observar que Helena no mostraba intención de hacerlo:

—Yo soy Margie Roan, de Nueva York. La señora es Helena Checkwick, también de Chicago. Aunque usted ya debe de conocerla: ha mencionado antes su nombre.

Nora Shannon abrió la boca.

—¿Yo? ¡Cómo! ¿Que yo he mencionado su nombre? ¡Pero si no lo sé!

—Pues me ha llamado usted señora Checkwick —arguyó Helena, fríamente—. No puede haber duda.

—Realmente, es extraordinario. —Una absurda sonrisa distendió los labios incoloros de la señora Shannon—. Luego, resulta que el doctor Callahan tenía razón.

Margie dirigió una significativa mirada a Helena, como expresando sus dudas acerca del estado mental de la mujer.

—¿Quién tenía razón?

—O, vaya, perdonen si les hablo en términos incomprensibles. Verán, mi naturaleza psíquica es extraordinaria. Soy un excelente receptor telepático.

—¿Una médium?

—¿Cree ustedes en la telepatía? Sí, una médium, claro que sí. Es la única explicación al fenómeno que acaban de presenciar. Usted

—se volvió a Helena— debía de estar pensando en su nombre y me lo ha transmitido mentalmente. Yo lo he dicho casi sin darme cuenta; tan sin darme cuenta que, de no habérmelo repetido, no me acordaría ahora de él. Checkwick, ¿no?

—Paparruchas —replicó secamente la dama. Nora Shannon se encogió.

—¿No son ustedes aficionadas a esas cosas? ¿Al espiritismo tampoco? Yo he intervenido en infinidad de sesiones.

—¿De modo que ha sabido el nombre de la señora Checkwick por transmisión de pensamiento? —preguntó Margie, interesada a pesar suyo.

—En efecto. Lo que prueba, además, que la señora Checkwick es una buena transmisora. Muchos, señora, envidiarían su potencia mental.

Helena miraba fijamente a la mujer.

—¿Por qué no hacemos un experimento? —dijo con deliberación. La señora Shannon se puso nerviosa.

—¿De qué?

—De espiritismo.

—¿Aquí?... —El tren se halla ya en marcha, rodando suavemente, sin apenas traqueteo—. No... no les aseguro que resulte. Esas cosas son muy extrañas... tan pronto un éxito como un fracaso...

—No importa —insistió ásperamente Helena.

—¡Oh, inténtelo! —exhortó Margie. Nora Shannon inclinó la cabeza.

—El clima del lugar me es todavía ajeno. Si lo desean, no obstante —lanzó una mirada de reojo— podemos empezar con telepatía, y les demostraré... Eso es —la mujer, de pronto, pareció animarse—. Usted siéntese ahí —indicó a Helena—. Yo me colocaré en el extremo opuesto, de espaldas. La señorita Roan le dirá a usted la palabra que quiera, y usted pensará en ella intensamente. Yo procuraré repetirla.

La señora Shannon adivinó diez de las doce palabras que Margie sopló al oído de Helena.

—Suele acertarse el ochenta o noventa por ciento de las veces —explicó con sencillez.

—¡Qué extraordinario! —comentó Margie.

Helena estudiaba a la mujer con mayor atención. Podía tener alrededor de sesenta años, Flaca, de cabello blanco, enlutada, sus ojos huidizos reflejaban una fiebre insólita en una mujer de su edad. Vestía con una sencillez casi molesta, una especie de sencillez ostentosa que, sin embargo, no la privaba de viajar en un coche-cama de lujo.

—¿Cuándo se dio usted cuenta de sus facultades telepáticas? Nora Shannon volvió a Helena sus inquietos ojos.

—¡Oh, hablan ustedes como si fuese algo fuera de lo común! Todo el mundo o casi todo el mundo puede hacerlo, si se empeña. Usted, señora Checkwick, ha dado pruebas de ser una buena transmisora.

Helena sonrió irónicamente.

—¿Y los espíritus? —preguntó Margie. La señora Shannon asintió lentamente.

—No duden de que existen fuerzas psíquicas desconocidas del vulgo, fuerzas que cada uno de nosotros lleva dentro de sí. Ya les he demostrado que el pensamiento es transmisible. ¿De veras quieren que las convenza de algo más?

—Sí.

—Muy bien. Los espíritus de las personas que han dejado de existir pueden invocarse y ponerse en comunicación con un espíritu receptor enérgico. Haremos un ensayo, no sé si resultará.

—¿Es un obstáculo que este lugar se mueva?

—No, eso no es un obstáculo. Los espíritus se plasman igualmente. Los ojos de la señora Shannon ardían.

En la puerta sonaron unos golpes. Margie se sobresaltó.

—Están llamando —dijo Helena, tranquilamente—. Una mano de carne y hueso, si no me equivoco.

* * *

Jerrold Kates vació de ceniza su pipa, y la llenó de tabaco. Se tentó los bolsillos en busca de fósforos. Se arrugó un instante su entrecejo. Luego divisó en el pasillo a un hombre que fumaba y su entrecejo se desarrugó nuevamente.

—¿Me da usted fuego?

—Cómo no —repuso obsequiosamente

O'Toole.

Estaba precisamente buscando un pretexto para hablar con alguien —. Fuma usted en pipa, ¿eh? Yo prefiero los buenos cigarros portorriqueños. Cosa fina, se lo juro. Ni habanos ni porras: donde haya un portorriqueño, que se quiten. ¿Va usted a Chicago?

Jerrold asintió.

—En viaje de negocios. Y usted va también.

—Regreso. Soy de Chicago.

—Buen país.

—Y que lo diga.

Jerrold miró por la ventanilla.

—¿Amigo de la señora del abrigo de pieles?

—¡Qué mujer! ¿No?

—Vi cómo la saludaba.

O'Toole

se restregó las manos.

—Tremenda, un bombón de primera, si los hay. La conozco desde yo qué sé cuándo. Está casada con un médico, Milo Checkwick. Buen punto.

—¿Por qué buen punto?

—Un tío castizo, entiéndame. A ella le rebosa el oro por todas partes. Dirige un Banco. Ella, no él, ¿se entera? De alivio, si la viera tratando de negocios...

—¿No será la hija del banquero Haltham?

—¿Le conoció?

—Fue asesinado, y el caso me interesó. Me interesan todos los crímenes impunes.

O'Toole

se restregó la nariz.

—Sí, es Helena Haltham. Pero el asesinato se cometió hace nueve años, en Chicago, y usted ni siquiera vive allí. ¿Cómo lo recuerda?

—Tengo en mi casa un archivo de recortes de periódico. Necesidad profesional.

—¿Profesional? ¿Qué hace? ¿Escribe novelas policiacas?

—Soy detective privado.

—¿Usted?

—¿Y pues?

—Le suponía algo mejor.

—¿Algo tan bueno como comerciante en licores?

O'Toole

se dio por aludido.

—¿Cómo diablos...?

—Es usted un antiguo miembro del *racket*, no me diga que no. Se le nota en la cara que pone cuando oye la palabra detective... Sueño, puede que me equivoques.

—¡No se equivoca, cuerno! —

O'Toole

soltó una risotada—. ¡Todo el alcohol que entró en Chicago el año veinticinco pasó por estas manos!

—Ya. —Jerrold dio una profunda chupada a su pipa—. Y John Haltham fue su banquero.

—¿Está usted loco?

—Usted es amigo de la hija de Haltham. Se me ha ocurrido una razón como otra cualquiera para que naciese esa amistad.

O'Toole

miró a los ojos al detective.

—No se pase usted de listo, pimpollo, Haltham era el hombre más condenadamente limpio de la tierra.

—¿Y su hija?

—Tanto como él. Dúdelo y le parto la nariz. Jerrold contempló la cazoleta de su pipa.

—Puede que esté en un apuro —anunció.

—¿Quién?

—Helena Checkwick. Una mujer se ha desmayado en su departamento. Según el mozo que trajo el equipaje, se ha desmayado al verla.

O'Toole

se quedó estupefacto.

—Sueña.

—Le digo lo que oí.

O'Toole

se dirigió resueltamente a la cabina número cinco, y llamó con los nudillos.

Jerrold le siguió.

Helena abrió la puerta.

—Ted, ¿no te dije...?

—Trato solamente de ayudarte. ¿Qué ha pasado?

Margie y Nora Shannon estaban sentadas en las literas, rígidas.

—La señora Shannon se sintió indispuesta. Ya está mejor.

—¿Qué hacéis ahí encerradas?

Helena miraba a Jerrold por encima del hombro de

O'Toole.

Titubeó.

—Invocar espíritus.

—¿Qué?

—La Señora Shannon. —Helena puso una nota mordaz en su tono— es una médium extraordinaria.

O'Toole

contempló con respeto súbito a la mujer.

—¿Lo dices en serio? ¿No podemos... no podemos entrar? Nora Shannon asintió solemnemente.

—Una sesión es tanto mejor cuantas más personas participan en ella. Pasen, se lo ruego.

La presencia de los dos hombres parecía aliviarla de algo.

—¿Tiene usted inconveniente, señora? —preguntó Jerrold a Helena.

—Ninguno.

O'Toole

le presentó:

—Un patatas, buen muchacho.

—Jerrold Kates.

—¿Policía?

—Privado.

Los dos hombres tomaron asiento. Margie miraba a Jerrold con interés.

O'Toole

las miraba a ella y a Helena. Jerrold estaba pendiente de la señora Shannon. Ésta había cerrado los ojos. No los abrió ni cuando se completaron las presentaciones.

—¿Tienen ustedes alguna preferencia? —preguntó luego, a media voz.

—Sí —dijo

O'Toole

— quisiera oír al espíritu de mi difunto sastre, ¡jua, jua! Nadie rió.

—Comience, señora Shannon —sugirió Jerrold.

—Hay demasiada luz.

El detective dio vuelta al conmutador.

Durante la siguiente media hora, los espíritus de Cleopatra, Julio César, Napoleón y el doctor Goebbels viajaron en el coche-cama número 1 del expreso Nueva York-Chicago. Casi todo lo que dijeron por boca de la señora Shannon, le arrancó a O'Toole

estrepitosas carcajadas.

Después hubo comentarios y explicaciones de todas clases. Jerrold Kates, empero, mostró especial interés, en cuanto tuvo noticia de lo ocurrido, por el incidente telepático del que Nora Shannon y Helena Checkwick fueron protagonistas.

Nadie opuso reparos a una segunda sesión, dado el éxito de la primera. La señora.

Shannon llamó a Carlomagno, a Washington y a Fouché, quienes dictaron pintorescas sentencias y pronunciaron frases sin demasiado sentido. El espíritu del sastre de O'Toole,

insistentemente reclamado por éste, se negó a acudir ni cuando el ex «gángster» prometió pagarle *espiritualmente* lo que le debía.

Tampoco, entonces, rió nadie.

De pronto, Margie sugirió el nombre de una interesantísima figura de mujer: Helena de Troya. La señora Shannon se sumió de nuevo en trance y la invocó con patéticas alocuciones. Transcurrieron los minutos. Fue en vano.

—¿Qué sucede?

—No comprendo —la señora Shannon abandonó su melodramática actitud, y habló con evidente preocupación—. Helena de Troya no responde.

—¿No estará ocupada la línea en la central? —apuntó O'Toole

—. Vuelva a llamar, no sea que comunique.

—Inténtelo otra vez, señora —suavizó Jerrold.

Nora Shannon repitió su discurso, salpicado ahora con extemporáneos comentarios de O'Toole.

—Es inútil —dijo al fin—. Helena de Troya no es abordable.

Sirvieron de consuelo los espíritus de Roosevelt y Ricardo Corazón de León. Siguieron otros, pero todos, a medida que se acercaba la hora de la cena empezaron a cansarse de oírles, particularmente porque sus mensajes apenas se diferenciaban entre sí.

Margie, sin embargo, insistió en que se invocara a Helena de Troya. La señora Shannon accedió, amable, pero dubitativamente. Hubo un nuevo intento.

Y tampoco entonces acudió a la llamada la amante de Paris. Algo extraño, en cambio, ocurrió.

—¡La muerte! —chilló inesperadamente la señora Shannon.

Jerrold se levantó y encendió la luz. El rostro de la mujer reflejaba un fabuloso terror, una desesperada angustia.

—¡Señora Shannon!

—¡La Muerte! —insistió la mujer, hablando a trompicones—. ¡La Muerte ha descendido hasta aquí!

O'Toole

carraspeó.

—Adelante, señora Muerte. Hubo un silencio glacial.

Jerrold sacudió a la temblorosa médium hasta que abrió los ojos.

—Explíquese, señora. ¿Qué significa eso? La mujer jadeaba.

—No sé lo que significa. Es algo raro... indefinido... pero lo conozco muy bien. La última vez que tuve esta sensación se hallaba presente una amiga mía. Murió aquella noche de un ataque cardíaco.

CAPÍTULO III

Jerrold Kates se mostraba profundamente preocupado cuando abandonó el departamento número cinco. Para él habían jugado factores desconocidos en la desorbitada sesión de espiritismo a que asistió. Convenía, por supuesto, en que la señora Shannon era una persona digna de estudio. Y

O'Toole

un imbécil. Y Helena Checkwick un tipo femenino apasionante: fría y superior, pero atrayente y avasalladora. A su lado, la deslumbrante Margie Roan quedaba apagada.

¿Cómo se habría tomado cada uno de aquellos personajes la frenética declaración de Nora Shannon? Jerrold observó que a

O'Toole

le abandonaba su expresión sarcástica y se quedaba extrañamente serio. Helena Checkwick palideció, si bien no perdió el dominio de, sí misma y se dedicó a tranquilizar —desdeñosamente— a la médium. Margie, en fin, no demostró más que asombro, que era posiblemente la reacción normal frente al caso. Pero ¿qué había en el fondo de todos ellos? ¿Qué pensaban y qué sentían en realidad?

Jerrold se encogió de hombros. Existía una circunstancia que acaso a los demás les pasó inadvertida, pero que él no había dejado de percibir: si bien el grito de horror de la señora Shannon brotó cuando invocaba a Helena de Troya por última vez, las dos ocasiones anteriores en que quiso satisfacer el deseo de Margie Roan dio muestras de inquietud. Jerrold estaba convencido de que la mujer *creía* realmente en la comunicación interespiritual y *oía* de verdad a los espíritus que invocaba. El fenómeno psíquico, por autosugestión y puramente interno, era común en temperamentos como el suyo. Ahora bien, ¿por qué no respondió a su llamada

Helena de Troya? O cuando menos, ¿por qué se le antojó a la señora Shannon que no respondía?

De súbito, Jerrold se detuvo a considerar un factor sorprendente que le había burlado hasta entonces: Helena de Troya, ¿era un personaje histórico? ¿Se había probado que existiera en la realidad? ¿O nació de la fantasía de Homero cuando compuso la *Ilíada*?

Si la esposa de Menelao era un personaje no histórico, sino literario, ¿cómo podía su espíritu comunicarse con una médium? ¿Había pensado en ello Mora Shannon? ¿O fue todo pura casualidad?

Jerrold sonrió. Por aquel camino, él, el hombre-lógica, llegaría a justificar el espiritismo como hecho científico indubitable. Sacudió la cabeza.

Fue hasta la puerta de su compartimiento y la abrió. Acomodada en la litera todavía plegada, su secretaria, Anne Hankey, trazaba cuidadosamente un dibujo en una cuartilla de papel.

—¿Qué estás haciendo?

—Dibujo.

—Eso ya lo veo. ¿Qué dibujas?

La muchacha le indicó unas cuartillas apiladas a su lado.

Eran las caricaturas, logradas con gracia innegable, de sus compañeros de vagón.

—Geniales —se burló Jerrold.

—He querido identificar a cada tipo con un personaje famoso. Es un pasatiempo.

Jerrold contempló al joven Bradford vestido de trovador.

—¿Así le ves?

—François Villon, o alguien por el estilo, ¿por qué no? ¿Tú le conoces?

—Creo que se llama Donald Bradford y es hijo del punto con quien viaja.

—Lo supuse. ¿Qué te parece el padre?

Jerrold vio un emperador romano con cara de hombre de negocios.

—¿Nerón?

—Marco Aurelio.

La siguiente figura era el propio Jerrold.

—¡Don Juan! Anne, ¿qué significa esto?

—Es tu retrato psicológico. Nos conocemos, jefe. Te he estado observando mientras mirabas a esas dos pájaras... Oh, aquí está una.

Margie Roan era María Estuardo. Seguía la señora Shannon como Reina Victoria de Inglaterra.

—Mejor le sentaría el disfraz de Juana la Loca.

—Estoy terminando otro. —Anne lo mostró—. La princesa del abrigo de pieles se identifica a maravilla con Helena de Troya.

—¡Eh! —exclamó Jerrold—. ¿Tú también?

—¿Qué pasa?

El detective se acarició el mentón, asombrado. Se preguntó cómo Anne habría coincidido en asignar a Helena Checkwick la personalidad que acaparaba todos sus pensamientos. Más aun: ¿fue la misma asociación de ideas lo que indujo a Margie Roan a invocar el espíritu de la amante de París? ¿Y fue, en fin, aquella fantástica identificación de las dos Helenas lo que impidió a Nora Shannon obtener respuesta a sus llamadas? ¿No la obtuvo porque Helena de Troya *se hallaba presente en el departamento*?

Había otra cuestión trascendental: ¿por qué a la invocación de Helena de Troya iba unido el descenso de la Muerte? ¿Tenía esto algún significado oculto?

—Oh, Dios —suspiró Jerrold—, si sigo así voy a volverme loco. La muchacha le miraba con curiosidad.

—Bueno, ¿qué ocurre?

—Juzga por ti misma.

Anne escuchó atentamente el relato de la escena de espiritismo, completada con el incidente que la precedió.

—Qué absurdo —dijo la joven—. No, por favor, jefe, todo eso no es más que un cúmulo de casualidades. No se pueden sacar conclusiones de lo que una histérica hace o dice.

Jerrold se descargó un puñetazo en la palma.

—Se podrá o no se podrá, Anne, pero en el ambiente de este vagón flota algo raro. Está, en primer lugar, por decidir si Nora Shannon es una histérica o una mujer demasiado lista. Luego, fíjate en los tipos que nos rodean.

O'Toole,

por ejemplo. Un ex «gángster», un grosero estúpido, y en cambio íntimamente relacionado con una persona tan superior, o por lo

menos aparentemente tan superior, como Helena Checkwick.

—Tú olvidas que ambos son de Chicago —objetó Anne—. Los «gangsters» ascendieron allí hasta la aristocracia.

—¿Y los dos camaradas que tenemos en el departamento inmediato? ¿Quién es el Adonis de la barba y la nariz rota? ¿Un espía soviético?

—No dramatices, jefe.

—¿Y el angelote que le acompaña? Yo no me llamo Jerrold Kates si ese muchacho no es un matarife profesional.

—De acuerdo, acaso lo sea. ¿Y qué?

—No termina aquí la cosa. Hay otro caballero inquietante en el departamento número 1. Viaja solo. Es moreno, con hebras grises en las sienes y aspecto de haber vivido la mitad de su vida pistola en mano.

Anne se puso en pie.

—Cuando llegues a Chicago, ¿vas a ver un pistolero en cada transeúnte?

—¿Por qué no?

La muchacha consultó su reloj.

—Muy bien, no quiero destruir tus ilusiones. Pero ahora no me importaría ver pistoleros en el coche restaurante. Es la hora de la cena.

Jerrold asintió de mala gana.

—Vamos allá. Fueron.

Los Bradford se hallaban ya comiendo en una mesa a la mitad del vagón. El detective les lanzó una ojeada mientras se sentaba frente a Anne. No hablaban: dedicaban toda su energía a mascar y engullir.

Acababan de leer el menú cuando aparecieron Helena y Margie. Jerrold las saludó con una inclinación de cabeza. Ambas le miraron, y luego a Anne. La muchacha sonrió.

—Las has defraudado, jefe. Soy, a su juicio, una chica demasiado vulgar para acompañarte.

El detective, por toda respuesta, guiñó un ojo.

O'Toole

entró departiendo con el ocupante de la cabina número 1.

—¿No te dije? —murmuró Jerrold—. Se conocen. Son especialistas del mismo ramo. Daría cualquier cosa por saber a qué

gran caid del «racket» tenemos por compañero de vagón.

Detrás, también uno junto a otro, avanzaban el hombre de la barba y su amigo. Jerrold se fijó en ellos, en el traje chillón y la petulancia del que iba afeitado y en la actitud recelosa del otro. Éste, rascándose una mejilla, miraba insistentemente a Helena Checkwick. Jerrold se dijo que el detalle carecía de significación: la mayoría de los ojos masculinos estaban pendientes de la dama.

Los del detective lo estuvieron un momento después. Jerrold pensó que había visto pocas mujeres tan perfectamente bellas como la hija de John Haltham: pupilas gris-verde, nariz recta, óvalo fino, labios adorables y un «algo» indefinible en que se basaba su palpitante poder de seducción.

Le sacó de su abstracción un codazo de Anne.

—¿Interés profesional? Jerrold suspiró.

—Si la esposa de Menelao era sólo la mitad de bella me explico los motivos de la guerra de Troya.

—Quién sabe si esta anda buscando algún nuevo Paris —dijo Anne, mordazmente. El detective alzó la mirada.

—¿Celos?

—¿Tengo derecho a sentir celos, jefe?

—Un derecho profesional.

La muchacha se encogió de hombros.

—Dejémoslo así.

La señora Shannon se había sentado a la misma mesa que Helen y Margie. Parecía haber olvidado sus dramáticos alardes psíquicos y se mostraba de talante normal. Comía.

—También en el mundo de los espíritus hay hambre —comentó Jerrold a media voz.

* * *

Medianoche. El mozo, en su último recorrido, ha inspeccionado todas las puertas del coche-cama número 1 del expreso Nueva York-Chicago. El tren se desliza rápido a través de la bruma, hundiéndose en la oscuridad.

Primer departamento.

Nicko Adigio duerme. Su morena cabeza reposa sobre la almohada. A intervalos su respiración se hace más pesada, pero los ronquidos son ahogados por el rítmico traqueteo del tren. El primer departamento está tranquilo. Ningún rumor extraño. Ningún detalle inusual.

Segundo departamento.

Anne Rankey se ha quitado el vestido. Va a quitarse varias cosas más.

Tercer departamento.

Ted
O'Toole
fuma. Turbias bocanadas de humo salen del mascado cigarro portorriqueño que pende de sus labios. A juzgar por la pesada expresión de su rostro y por las gotas de sudor que perlan su frente, O'Toole reflexiona. La atmósfera de la cabina se vuelve más y más pesada. O'Toole abre la portezuela. No hay nadie en el pasillo. Vuelve a cerrar, abriendo en cambio la ventanilla. Asoma la cabeza al exterior, aspirando el aire fresco de la noche. Se siente vivificado, alegre. Reflexiona aún.

Cuarto departamento.

Margie Roan está inquieta. Se nota a simple vista que no domina sus nervios. Enciende un cigarrillo, que tira inmediatamente. Algo la obsesiona. Da unos pasos por el estrecho recinto. Vuelve a sentarse. Mira el reloj. Luego dirige sus ojos a la ventanilla. Nada se distingue, salvo la noche negra.

Quinto departamento.

Helena Checkwick se ha envuelto en su bata de nylon.

—¿Qué litera prefiere usted, señora?

Nora Shannon tiene el rostro en la sombra.

—Lo mismo me da. Estoy bien en cualquier sitio. Elija usted.

Helena titubea, y al fin, por deferencia, sube a tenderse en la superior.

—Espero que pase usted una buena noche.

—Gracias; lo mismo le deseo.

Helena Checkwick se despereza indolentemente como Helena de Troya en el mundo fabuloso de Homero.

Sexto departamento.

Los Bradford, padre e hijo, se disponen a meterse en cama.

—Tengo ganas de estar de regreso en Chicago, papá —dice Donald.

—Sí.

El viejo suspira.

—No piensas más que en esa mujer —suelta Donald, bruscamente. Steve se encoleriza.

—¡No la menciones! —exclama—. ¡Y lo mejor será que dejes tú también de pensar en ella, en vez de dar consejos a los demás!

Donald no responde. Se oye gruñir al viejo, mientras se acuesta. Más tarde, ambos intentan dormir.

Séptimo departamento.

Jerrold Kates está tendido en su litera, pero no duerme. Con los ojos cerrados ve desfilar ante él una galería de personajes; una mujer alta, majestuosa y turbadoramente bella; una rubia de grandes ojos y movimientos felinos; una anciana enlutada de largo, blanco y sensitivo rostro; un hombre rollizo, de cara roja y repelente sonrisa; otro barbudo, con la nariz rota; otro fatuo, desafiante, metido en un traje chillón; otro maduro, de cabello gris y expresión afable; otro joven, pensativo y mordaz; otro moreno, de boca dura, cuya mirada refleja audacia, crueldad y desprecio.

A cada uno le pregunta:

—¿Qué escondes tú? Pero ninguno contesta.

Octavo departamento.

Leslie Cannon se acaricia la espesa barba.

—Es ella, Wingie, estoy seguro —dice. Wingie se muestra escéptico.

—¿Y bien?

—Hay que hacer algo. Hay que hacer algo *pronto*.

—No seas impulsivo y medita bien la situación.

El hombre de la nariz aplastada pasea nerviosamente. Una siniestra luz brilla en sus ojos.

—Hacer algo —murmura—; algo, algo, algo...

* * *

La máquina del expreso emite un largo y agudo bramido. El convoy, lanzado raudamente hacia su meta, parece dormir. Pero, en el departamento número 5, donde los espíritus han sido invocados horas antes, Nora Shannon siente que un vago peso la oprime. La envuelven extrañas brumas, emanaciones fantasmales.

En el monótono traqueteo del tren pica y repica una nota de horror. La Muerte está descendiendo sobre el coche-cama.

CAPÍTULO IV

A las ocho de la mañana, un negro enfundado en una inmaculada chaqueta blanca consultó en la plataforma del coche-cama número 1, la tabla de las horas a que debía despertar a los pasajeros. Silbando *Kiss me*, con la gorra ladeada, avanzó por el pasillo y comenzó a llamar a algunas de las puertas.

—¡Las ocho! —anunció, sin forzar la voz—. ¡Las ocho, señores!

Terminó el recorrido y desapareció por la plataforma opuesta. Al llegar allí se rascó la cabeza, perplejo, regresó al otro extremo del pasillo y volvió a consultar la tabla. Luego se adelantó hasta la cabina número 5, y llamó por segunda vez.

Como antes, nadie le respondió.

—¡Eh, las ocho! Silencio.

El mozo fue a la plataforma y apoyó el dedo en la anotación de la tabla. Era bien explícita:

Número 5 -señora Checkwick y señora Shannon a las

8.

El departamento, pues, tenía forzosamente que estar ocupado. El negro se plantó ante la puerta y volvió a llamar, ahora fuertemente. Silencio.

—Quizá me equivoqué.

Dejó la puerta 5 y llamó a la 4, pese a que ésta no figuraba en la tabla. Silencio también.

—¡Duermen como troncos! Otra inútil llamada al 5.

—Con permiso.

Abrió la puerta y entró.

Salió a los pocos segundos, precipitadamente, tropicando, desorbitados los ojos.

De pronto, rompió a chillar:

—¡Socorro! ¡Oh, oh! ¡Socorro!

Echó a correr por el pasillo, mientras una tras otra se abrían las puertas de los departamentos. Jerrold Kates le vio pasar, se precipitó en pos de él y le alcanzó en la plataforma.

—¿Qué demonio ocurre? ¿Qué...?

—¡Allí, señor! ¡Una mujer muerta! ¡Han matado a una mujer en la cabina número cinco!

El detective tropezó con los Bradford frente al departamento, y los rechazó sin consideraciones.

El mozo había dicho la verdad: en el suelo, retorcido, entre las desordenadas ropas de su litera, yacía el cuerpo inerte de Helena Checkwick. Sus ojos vidriosos no dejaban lugar a dudas: era cadáver.

Jerrold agarró al aterrorizado negro por la manga de la chaqueta.

—Pronto, amigo, avise al jefe de tren. ¡Apúrese! ¡Largo!

El mozo huyó.

—¡Casi no puedo creerlo! —jadeó Steve Bradford, con voz aguda—. ¡Pobre Helena!

¡Pobrecita Helena!

Jerrold examinaba atentamente el cuello de la víctima. Unas huellas sensiblemente azules lo rodeaban.

—Vea, amigo. Estrangulada.

—Un asesinato... quiere decir...

—Por supuesto.

El viejo Bradford se volvió para mirar a su hijo. Éste, blanco como las sábanas que cubrían a medias el cuerpo pasmoso de Helena Checkwick, se apoyaba en el quicio de la puerta. Ninguno de los dos habló.



—¿Es posible? —inquirió Jerrold, en un tono raro.

—¿Qué?

—¡La señora Shannon! ¿No se dan cuenta? ¡Está ahí, en la litera inferior! ¿Es posible que no se haya enterado de nada?

Tiró del embozo que ocultaba el bulto de la espiritista. Steve Bradford emitió un ronquido de asombro. La señora Shannon, absolutamente inmóvil, estaba atada y amordazada.

Donald ayudó al detective a quitarle las ligaduras. La mujer no

parecía haber sufrido ningún daño, si bien mantenía cerrados los ojos.

—¿Qué ha sucedido? —interrogó Jerrold, zarandeándola—. ¡Señora Shannon! ¡Por favor, hable!

Nora Shannon semejó despertar de un sueño.

—¿Ya no hay serpientes? —preguntó.

—¡Señora Shannon!

La mujer miró a Jerrold con interés.

—¡Hola! ¿Quién es usted?

El detective se volvió a los Bradford.

—Sáquenla de aquí. Llénenla a su departamento, a cualquier parte. Vivo, o esto va a parecer un manicomio.

Los dos hombres obedecieron. Jerrold prolongó un par de minutos el examen del cadáver y luego se les unió. Steve le metía a la señora Shannon por la boca el gollete de una botella de *whisky*, obligándola a beber. Lo mismo él que su hijo se mostraban atolondrados, fuera de sí, temblorosos. Era evidente que deseaban librarse de la mujer lo antes posible.

—Déjenla —dijo el detective—, a ver si habla. Nora Shannon lanzó una ojeada en torno.

—¿Qué es esto? ¿Por qué están ustedes aquí?

Se le había derramado parte del *whisky*. Su aspecto, despeinada, lívida y en camisón, era penoso.

—Algo ha sucedido esta noche en su departamento —articuló Jerrold, lentamente—. Desearíamos saber qué fue.

La señora enderezo el busto.

—Oh, pues es verdad —sonrió estúpidamente—. Pero no sé nada. Desperté hace rato, quise moverme y no pude. Estaba completamente envuelta en serpientes, de pies a cabeza.

Jerrold fijó la mirada en sus encendidos ojos.

—¿Serpientes?

—Serpientes grandes —prosiguió ella—, como boas ferroviarias así. Duras y frías, ¡qué espanto!

—Se ha chiflado —murmuró Donald.

Su padre hizo al detective un ademán interrogativo. Jerrold se encogió de hombros. En aquel momento entraron en la cabina el mozo y el jefe de tren.

—He visto... el cadáver —anunció éste—. Señores, yo quisiera...

es decir...

Sin pronunciar palabra, Jerrold salió, pasó a su departamento y regresó al instante exhibiendo en la mano su credencial.

—Soy detective privado; quizá le sirva a usted de ayuda. El jefe del tren suspiró con patente alivio.

—Ah, es la primera vez que me ocurre esto. No sé qué hacer, gracias. Usted se llama —leyó la licencia—. Jerrold Kates, de Nueva York. Le ruego que tome la iniciativa, señor Kates.

—¿Hay policía en el tren?

—No.

—Entonces telegráfíe a Chicago y avise que nos esperen en la estación. También necesitaremos una ambulancia. Esta señora está enferma.

—¿Enferma?

—La ha desequilibrado la impresión. El jefe del tren consultó su reloj.

—Dentro de unos minutos pasaremos por Cold City. El expreso no se detiene, pero el caso justifica una parada extraordinaria. Hablaré con Chicago desde allí.

—De acuerdo. Mientras, diga al mozo que reúna en mi cabina a todos los ocupantes del vagón. Y busque un médico; entre los viajeros debe de haber alguno.

—Sí, señor.

Jerrold salió al pasillo. Ya completamente vestida, pero apenas sin maquillar, Anne se encontraba a la puerta de su cabina. EL detective le hizo una seña.

—¿Has visto el cuerpo?

—Sí.

—¿Qué opinas?

—A juzgar por su estado de *rigor mortis*, esa mujer fue asesinada hace lo menos cinco horas.

—Antes de las tres.

—Aproximadamente.

—Muy bien, Anne. —Jerrold examinó su arrugado pijama con una mueca de desaprobación—. Ocúpate de la señora Shannon mientras me visto. Luego, cuando acudan todos a mí cabina, ven tú también.

La muchacha asintió.

El detective se lavó y se vistió tan deprisa como pudo. Al terminar y abrir la puerta, el pasillo se encontraba lleno de gente. O'Toole

fue quien primero se le aproximó.

—Me han dicho que va usted a darnos una conferencia. Helena ha muerto. Está usted en su ambiente, ¿eh? Oiga —se volvió. El hombre moreno que ocupaba el departamento número 1, se hallaba detrás de él—. Le presento a Nicko Adigio, un viejo amigo. Jerrold Kates, un detective de Nueva York.

Jerrold miró a Adigio a los ojos.

—¿Vive usted en Chicago?

Adigio respondió arrastrando las sílabas:

—Tengo un club nocturno allí. Apareció Anne.

—¿Y la señora Shannon? —preguntó el detective.

—Venció la crisis de nervios, y se ha dormido. Ahora hay un médico con ella.

—Anne, pueden pasar todos. Acomódalos, si caben.

Jerrold observó que el hombre del traje llamativo, compañero del barbudo, saludaba a

O'Toole

y Adigio con familiaridad, como si les conociera perfectamente. Encendió su pipa.

Después habló:

—Una mujer, Helena Checkwick, ha sido asesinada; otra, Nora Shannon, ha sufrido un fuerte choque nervioso. A la primera la estrangularon esta madrugada, no más tarde de las tres; a la segunda la hemos encontrado atada y amordazada en su litera, e incapaz de declarar lo que pasó. Es posible que fuera cloroformizada antes del crimen. En estas circunstancias, por delegación del jefe del tren —el detective arrojó un chorro de humo al techo—, debo rogar a cada uno de ustedes que contribuya con lo que sepa al esclarecimiento de lo sucedido.

O'Toole

miraba al suelo, al parecer sinceramente apesadumbrado. Pero ni él ni nadie abrió la boca.

—Voy a hacer unas preguntas colectivas —prosiguió Jerrold—. Les suplico que mediten bien las respuestas. En primer lugar, ¿vio alguno de ustedes a la señora Checkwick después de abandonar el

coche restaurante?

Nadie pronunció una palabra.

—¿Y a la señora Shannon? Silencio.

—¿Se retiró alguien más tarde de medianoche a su cabina?

Nuevo silencio.

—¿Salió alguien durante la noche?

El hombre de la barba enderezó la cabeza.

—Yo salí. Fui al lavabo.

—¿Qué hora sería?

—La una y pico, no sé.

—¿Nadie más? Nadie.

Jerrold se dirigió de nuevo al barbudo:

—¿Le importaría darme su nombre y el de su compañero?

—Perdone, no había caído en ello. Me llamo Leslie Cannon. Éste es Wingie Smithe.

—¿De Chicago?

—El sí. Yo soy de Detroit.

—¿Conocía usted a Helena Checkwick?

—No, en absoluto.

—¿Y a la señora Shannon?

—Tampoco.

—¿Usted conocía a la señora Checkwick, señor Smithe?

Smithe contestó en tono brusco, sin las suaves maneras de Cannon:

—Nones.

—Ni tampoco a la señora Shannon, digo yo.

—A la señora Shannon, sí.

—Ah, cuerno, ¿sí? —Jerrold enarcó las cejas—. ¿Cómo entonces no vi que se saludaran?

—Es que... —Wingie Smithe titubeó—. A quien conocí bien fue a su hijo. A ella, de vista.

—¿Hace mucho tiempo?

—Regular. Desde que Jeff se pegó un tiro...

—¿Jeff era su hijo?

—Sí.

Una luz se encendió en la privilegiada memoria del detective.

—¡Jeffrie Shannon! —La noticia había reclamado la atención de los periódicos durante un par de días—. ¿De modo que el Jeffrie

Shannon que se suicidó misteriosamente en Chicago, hace año y medio, era hijo de esa mujer?

—Si —replicó Smithe, ásperamente.

A Jerrold se le había apagado la pipa. Volvió a encenderla.

—¿Alguno de ustedes oyó esta noche cualquier ruido extraordinario? Nadie había oído nada. El detective lanzó su última pregunta:

—¿Alguien recuerda algún detalle, cualquier cosa, por nimia que parezca, que pueda contribuir a la solución del caso?

Nadie recordaba nada.

Jerrold contempló pensativo cómo los ocupantes del vagón desalojaban su departamento.

—Mala suerte —dijo Anne—. Dios mío, qué hatajo de pasmarotes.

—Yo no les llamaría pasmarotes. Les llamaría algo peor. — Jerrold encendió por tercera vez la pipa—. Vamos a interrogar al mozo; puede que él nos ayude. Es mi baza decisiva, o al infierno.

El mozo no sabía de lo ocurrido una palabra. Declaró que, por supuesto, las puertas de las cabinas podían abrirse desde el exterior simplemente con una varilla semejante a la que él usaba. Luego, a petición del detective, relató cómo había descubierto el cadáver. Jerrold le escuchó atentamente hasta llegar a determinado punto.

—Eh, oiga —le interrumpió repentinamente—, ¿dice usted que pensó que el departamento 5 estaba vacío y llamó al 4?

—Así es.

—¿Y tampoco le respondieron?

—Tampoco.

—¡Anne! —exclamó el detective.

La muchacha, a su lado, dio un respingo.

—¿Qué?

—Anne, ¿has visto a Margie Roan esta mañana?

Anne no llegó a responder. Jerrold se había precipitado a la puerta número 4, empujando al mozo ante sí, y obligaba a éste a abrirla.

Margie Roan yacía al pie de la ventanilla, en medio de un gran charco de sangre. Su aspecto ya no era atractivo: tenía la cabeza rota.

CAPÍTULO V

Jerrold Kates se inclinó sobre el cuerpo inanimado de la modelo. Margie estaba muerta y bien muerta. Un grito ahogado escapó de la boca del mozo, mientras Anne penetraba en el departamento y se arrodillaba junto al detective.

—Fíjate —murmuró éste—. Un golpe fortísimo descargado con un instrumento romo.

¿Hay por aquí algo que pudiera haber servido de arma?

Anne miró en torno.

—No lo hay. Jefe, menudo viaje.

Jerrold retrocedió a la puerta y envió al negro, que se había quedado estupefacto, en busca del jefe del tren. Desde el umbral recorrió el departamento con la mirada. Todo estaba en orden, incluso las ropas de la litera. Era evidente que Margie se había levantado por su propio pie antes de morir. Yacía hecha un ovillo, vestida con un estupendo pijama de seda roja y a medias envuelta en una bata de noche. A su lado se veían diminutos fragmentos de cristal.

El detective se dirigió a la ventanilla, que se hallaba abierta, y la alzó. El cristal había recibido un golpe. Aunque inastillable, mostraba el impacto y las grietas.

—La chica estaba ahí cuando la agredieron. En pie, a juzgar por su postura. Me gustaría saber si la sorprendieron, o si... Cuerno, esto es incomprensible.

Anne palpaba el cadáver.

—Murió casi al mismo tiempo que Helena Checkwick —anunció—. Cinco o seis horas.

—Incomprensible —repitió Jerrold.

El jefe de tren asomó su cabeza por la puerta.

—¡Otra! —gimió, consternado.

—Otra mujer asesinada, en efecto —concluyó el detective—. Otra mujer hermosa.

¿Tiene usted idea de lo que esto significa?

—Un loco.

—Ojalá. —Jerrold se metió la pipa en la boca—. Anne, sospecho que has escapado de milagro. Por fortuna, parece que tu físico no se ajusta a los cánones de belleza de nuestro asesino.

La muchacha se puso lentamente en pie.

—Jefe, no es momento de bromas.

—¿Quién sabe si son bromas solamente?

—Señor Kates —el jefe del tren carraspeó—, ¿qué cree usted que debo hacer?

—Nada. Avisar a Chicago.

—Pararemos en Cold City dentro de un instante.

—De acuerdo, hágalo desde allí.

El jefe de tren se retiró, apesadumbrado. Jerrold cerró la puerta.

—¿De veras estás pensando en un loco que extermina a las mujeres hermosas? —preguntó Anne, mirándole fijamente.

El detective se encogió de hombros.

—No sé lo que pienso. Todo esto es macabro, es primitivo, es brutal. Parece imposible que contra dos seres tan exquisitos, tan superiores, tan cultivados, tan genuinamente producto de nuestra civilización como Helena Checkwick y Margie Roan se haya atentado con esta saña prehistórica. Una maza o un garrote, y las manos: así han muerto. Te voy a decir una cosa, Anne: el asesino es un ciudadano de Chicago.

—¿Por qué de Chicago?

—Porque Chicago es la ciudad de la violencia, de la ley del más fuerte, del puro *garrotazo y arriba*. Oh, los «gangsters» han sido una terrible lacra social. No sólo por ellos mismos, ¿comprendes? Han determinado su propio ambiente, y han arrastrado a muchos infelices en su salto al pasado. Este tren, Anne, nos conduce al mundo de las cavernas, Lo que es peor, a un mundo de las cavernas con automóviles, aire acondicionado, neveras, radio, energía atómica y televisión. Es allí donde se han gestado estos crímenes.

—Si no te entiendo mal. —Anne hizo una mueca irónica—, aparte irte por las ramas, tú supones que es un mismo individuo el

autor de ambos asesinatos.

—¿Es concebible acaso que durante el curso de una misma noche, aproximadamente a la misma hora, en el interior de un mismo vagón de tren y en dos departamentos contiguos mueran dos mujeres *hermosas* a manos de dos criminales diferentes que emplean parecidos métodos?

—¿Por qué recalcas tanto lo de *hermosas*?

—Porque es la realidad.

—¿Das a entender algo con ello?

—No. En todo caso, que la señora Shannon, pese a que constituía un estorbo, no es hermosa ni ha muerto.

—Ni yo tampoco.

—Para todo hay gustos.

Anne apretó los dientes. Echó a andar hacia la puerta.

—¿Me necesitas? —preguntó con frialdad. Jerrold, cejijunto, contemplaba el cadáver.

—Sí. Organiza otra reunión en mi departamento. Será inútil, pero hay que bailar a compás. Voy para allí enseguida.

La muchacha salió.

Cuando se dirigió a su cabina, Jerrold encontró al grupo de viajeros esperándole en el corredor. Guardaban absoluto silencio. Una extraña tensión parecía envolverles.

—Pasen.

Todos los ojos estaban fijos en él.

—Ya saben que Margie Roan ha muerto también asesinada — declaró. Inspeccionó los rostros uno a uno—. No se tomará ninguna providencia hasta que lleguemos a Chicago, pero una vez allí deberán ustedes ponerse a disposición de la policía. Dos asesinatos se han cometido mientras nos hallábamos en este vagón, y por tanto está justificada cualquier molestia que les pueda ocasionar la...

—Rollos no —le interrumpió abruptamente Wingie Smithe—. Camarada, tendrá usted derecho o no a mangonear aquí las cosas, eso no se lo discuto; pero no lo tiene a soltarnos discursos, vamos, por supuesto que no. Si tanto le gusta meterse donde no le llaman, al grano y déjenos pronto en paz.

—Cállate —replicó Cannon. Una sonrisa untuosa apareció a través de su barba—. Estamos totalmente a su disposición, señor Kates. Si con ello podemos ayudarle a embolsarse unos billetes...

—¿Quién habló de billetes? Cannon fingió asombro.

—¿No es usted detective profesional?

—En ese momento —la voz de Jerrold sonó helada— soy sólo el representante del jefe del tren. Carezco de verdadera autoridad, es cierto, de modo que puede largarse quien no se sienta a gusto. Esto me revienta como al que más. Les haré una advertencia, sin embargo: uno de ustedes es un asesino. Creo que el hecho merece un poco de atención.

Smithe abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor y la volvió a cerrar.

—Adelante, señor Kates —gruñó Steve Bradford.

—Muy bien. Hemos establecido ya que ninguno de ustedes vio anoche a la señora Shannon ni a la señora Checkwick, y que no percibió en el vagón nada anormal. ¿Qué hay con respecto a la señorita Roan?

Todos movieron negativamente la cabeza.

—¿Quién la conocía?

O'Toole

fue el único que respondió:

—Helena me la presentó ayer.

—¿Y a la propia Helena Checkwick? ¿Quién la conocía a ella? Salvo Smithe y Cannon, todos.

Jerrold cogió una cuartilla y escribió lo siguiente:

	Conocían a Helena Checkwick	Conocían a Margie
Donald Bradford	sí	no
Steve Bradford	sí	no
Ted	si	No (?)
	O'Toole	
Wingie Smithe	no	no
Leslie Cannon	no	no
Nicko Adigio	sí (?)	no

—Disculpenme —dijo después—, necesitaba tomar unas notas. Usted, señor Adigio, si conocía a la señora Checkwick, ¿por qué no la saludó ayer?

—¿En qué momento?

—No sé, en cualquiera.

—Lo hice, amigo. No me culpe si usted no se fijó en ello.

—De acuerdo. —Jerrold asintió—. Señor

O'Toole,

usted ha dicho que Helena le presentó ayer a Margie Roan. ¿Debo entender con esto que no la conocía anteriormente?

O'Toole

se mostró súbitamente receloso.

—¿A dónde va usted a parar?

—A que usted ha mentido y a saber por qué.

—¡Yo! ¡Que yo he mentido! ¿Cómo se atreve...?

—No pierda la calma,

O'Toole,

y procure contestar a mí pregunta. ¿Por qué ha mentido? Vamos, aquí no se come a nadie. Si me da usted una razón plausible, la cosa no le comprometerá.

O'Toole

se recostó en la pared y lanzó a Jerrold una mirada estúpida.

—Pues... pensé que así me ahorraría líos. En la vida he tenido ya demasiados. Jerrold se volvió sonriendo plácidamente a los demás.

—Señores, son ustedes testigos de que el señor

O'Toole

ha declarado conocer a Margie Roan.

—¡No presuma! ¿O va a decirme que lo ignoraba? ¿De dónde...?

—Lo sospechaba, amigo, pero no tenía de ello la menor prueba.

Me he valido del ardid de preguntarle por *qué* mentía. Si en lugar de eso le hubiese preguntado simplemente si mentía o no, usted hubiera persistido en la negativa y tarde o temprano hubiese pagado las consecuencias. Agradézcame el favor que le he prestado.

O'Toole

se había puesto rojo.

—Qué listo —rezongó—. Le advierto que conozco polizones más listos aun y a todos he terminado por darles la patada.

—Yo no soy un policía.

—Lo que sea, tanto peor.

Jerrold esbozó una sonrisa indiferente.

—Bien, pasemos a otra cosa. Debo hacerles una pregunta de importancia excepcional.

Presten atención. Mírenme.

—Bah. —

O'Toole

agitó su rollizo cuerpo—; condenación, ¡cuánto teatro!

Todos miraban al detective, con mayor o menor interés. Jerrold se inclinó hacia adelante. Habló lenta y enfáticamente:

—¿Alguno de ustedes *ha matado* a Helena Checkwick y a Margie Roan? —hizo una pausa—. Sí, ¿verdad? ¿Quién?

La reacción fue parecida: la expresión que asomó a todos los semblantes indicaba que era aquello lo que menos esperaban oír. Pero en Donald Bradford se sumó a ella una especie de rictus angustioso que el detective captó al instante.

—¡Idiota! —estalló Smithe. *Jerrold* no se inmutó.

—Bien, ¿qué contestan? Por favor, digan algo.

—No acierto a comprender su pregunta, señor Kates —declaró ceñudo Steve Bradford—. Yo *no* maté a nadie. ¿Es así como hay que responder?

—Hay que responder —el detective adoptó un aire deliberadamente ingenuo— con arreglo a la verdad; he ahí todo.

—Qué imbécil —insistió Smithe—. Yo me largo, no aguanto más. A su lado, Cannon sonreía blandamente.

—Tú te quedas —murmuró.

O'Toole

contemplaba a Jerrold con una mirada a la vez despectiva y burlona. Adigio fumaba, impasible. Ninguno de los dos habló.

Tampoco habló el joven Bradford. Jerrold se volvió calmosamente a él, y le examinó de pies a cabeza.

—Donald Bradford —dijo—. ¿Ha matado usted a Helena Checkwick y a Margie Roan? El joven se estremeció.

—No lo sé —fue su desconcertante respuesta. Hubo un silencio expectante.

—¿Cómo es eso? Le rogamos que se explique.

—Le digo que no lo sé. —Donald se humedeció los labios con la lengua—. He pasado toda la noche inquieto. ¿No ha tenido usted nunca sueños en los que se sintiera culpable de algo? Yo he soñado que mataba a Helena Checkwick, y con un realismo espantoso. La vida misma, se lo juro. Tanto, que dudo todavía que fuera un sueño. He despertado, o quién sabe si estaba ya despierto, bañado en sudor y con el corazón loco. Al oír los gritos del mozo que ha descubierto

el cadáver, he sentido la impresión de que alguien me perseguía... La vista de Helena muerta me ha emocionado mucho, y sin embargo he notado que el hecho me parecía natural, sabido... conocido... Puede que yo haya matado a Helena Checkwick, sí, Dios me perdone.

Persistió el silencio.

—¿Es usted sonámbulo? —preguntó Jerrold a media voz.

—No, que yo sepa.

—No haga caso de lo que diga este estúpido —intervino Steve Bradford, con voz ronca—. Siempre ha sido un visionario, un fantasioso, un inútil. Dios mío, qué insensatez.

—No se preocupe —el detective miraba al joven a los ojos—. Déjele que siga declarando, es lo mejor. Donald —la voz de Jerrold adquirió un timbre cordial—, ¿recuerda usted si salió del departamento esta noche?

—Recuerdo consciente, no. Si salí no me di cuenta.

—No salió —intercaló su padre—. Yo dormía en la litera inferior. Me hubiera despertado.

Jerrold hizo, caso omiso de la observación.

—¿Tiene usted alguna razón para creer que salió sin darse cuenta? —insistió.

—No.

—Refiérame su sueño.

—He olvidado la mayor parte... lo más vago... En fin, lo que importa es que ya me dirigía amenazador hacia Helena, odiándola... odiándola... en tanto que ella me pedía clemencia con ahogados gritos. La alcanzaba y mis manos rodeaban su cuello. Daba no sé qué tocarlo... ¡Oh! Ha sido horrible. Lo último que recuerdo es el ruido de su cuerpo al caer.

—¿Al caer al suelo?

—Sí.

—Continúe, se lo ruego.

—Eso es todo, salvo que el ruido se ha repetido varias veces. Una cosa sorda... oscura... No puedo describirlo, es demasiado... horrendo... Luego he oído un grito, que ha resultado ser el que ha lanzado el mozo.

—¿En su sueño no ha aparecido Margie Roan?

—No, no, qué va. Yo no la conocía. Ayer apenas la vi;

difícilmente podía soñar con ella.

Jerrold quedó pensativo. Nadie habló. El extraño relato semejaba haber impresionado al grupo. Ni siquiera

O'Toole

se había permitido el más ligero comentario burlón, a pesar de que la cosa lo merecía.

Donald Bradford inclinó la cabeza para rehuir la mirada de su padre. Estaba tranquilo, pero muy pálido. Su cara traslucía algo especial. A Jerrold, que le observaba atentamente, le sugirió su expresión la idea de que no había contado más que embustes.

El tren silbó y comenzó a detenerse en la pequeña estación de Cold City.

CAPÍTULO VI

El teniente Briggs tenía consigo en el andén a seis detectives, pero el número de periodistas que le rodeaba era por lo menos doble. Briggs los observaba con disgusto mientras esperaba que el expreso Nueva York-Chicago entrase en la estación término. Pasaban ya dos minutos de la hora de llegada.

—Cramm —el teniente hizo una seña a uno de sus hombres—, usted y Hillary cuidarán de que no entren curiosos en el coche-cama y de expulsar a los que ya hayan entrado. Pretendo trabajar en paz. Guarden las plataformas. Luego habrá tiempo para tomar fotografías y para todo, pero quiero los primeros minutos —sonó el bramido de aviso de un tren— para mí. Ya está aquí el expreso, mucho ojo.

El convoy, a marcha lenta, apareció en la vía. Los reporteros se lanzaron a su encuentro a la carrera.

—¡Vivo! —gritó Briggs.

Los detectives entraron en acción. Cuando el teniente subió al coche-cama, Hillary y Cramm bloqueaban las plataformas y los periodistas protestaban en el andén. Los cuatro hombres restantes se hallaban con el jefe del tren en el pasillo.

Jerrold Kates salió de su departamento.

—Vuelva a su sitio —le ordenó el teniente.

—Es un detective de Nueva York —declaró el jefe de tren—. Se ha hecho cargo de todo a súplicas mías. Él les informará mejor que yo.

La noticia no pareció gustarle a Briggs.

—¿Un detective?

Jerrold exhibió su credencial.

—Vengo a Chicago por asuntos profesionales. Traigo una carta

de recomendación del capitán Corcoran. Hemos trabajado muchas veces juntos.

Briggs le miró a la cara.

—Conocí a Corcoran en Boston. A ver la carta.

Jerrold se la entregó, y el teniente la leyó con atención manifiesta.

—Bueno, quédese a mano —había cambiado de talante—. Usted —asíó del brazo al jefe de tren—, ¿es posible separar este vagón y llevarlo a una vía apartada?

—Claro que sí.

—Pues andando.

Un cuarto de hora después se hallaba el coche-cama número 1 aislado en una vía muerta, lejos de los andenes. En este intervalo y durante diez minutos más, Briggs y sus hombres interrogaron detenidamente al mozo y los pasajeros, tomaron de ellos nombre, dirección y referencias, y les permitieron partir. Una ambulancia retiraba a Nora Shannon. Los reporteros acosaban a todos e impresionaban placas en torno al vagón.

Jerrold tenía la pipa en la boca.

Ante él, el teniente se encogió de hombros.

—¿Y bien? —preguntó.

—Aquí hay gato encerrado —gruñó—. Ese Donald Bradford, por ejemplo. O está loco, o su historia es un cuento de hadas.

—¿Por qué opta usted?

—Por el cuento de hadas. Pero todo huele mal, todo es vidrioso, confuso, desagradable. Demonio, se necesita ser bestia para despachar de este mundo a dos mujeres tan exquisitas.

El médico forense salió del departamento de Margie Roan.

—Casos claros —anunció—: estrangulamiento y fractura de cráneo. Menudo golpe le dieron a la rubia.

—Le parecerán claros a usted —replicó Briggs—. ¿Cuánto tiempo llevan muertas?

—Es difícil calcularlo ahora sin un examen visceral.

—Debieron morir entre dos y cuatro de la madrugada —declaró Jerrold—. Había un médico en el tren y lo corroboró. Doctor —el detective se volvió al forense—, ¿no ha notado nada raro en los cadáveres?

—A simple vista, no.

—Vengan.

Condujo a los dos hombres a la cabina que ocuparon Helena Checkwick y Nora Shannon. El cuerpo de la primera seguía tal como se encontró.

—Observen que la señora Checkwick lleva los labios muy bien pintados para una mujer que se supone que está en cama.

El médico se inclinó sobre el cadáver.

—¿Y eso qué importa? No se desmaquillaría antes de acostarse.

—¿Tiene la bondad de aspirar el ligero perfume que despiden sus labios? El forense, intrigado, obedeció.

—¿Almendras amargas?

—*Cianuro*— Jerrold arrancó una bocanada de humo a su pipa.

—La señora Checkwick fue asesinada por medio de un tubo de carmín.

Se hizo un pesado silencio. El teniente lo rompió:

—Entonces, ¿qué significan las marcas en su cuello?

—Bah, claro que sí —rezongó el médico—. Las marcas están hechas mientras la mujer vivía. Le provocaron la asfixia, murió estrangulada; con sólo mirarla se ve. Se daría cuenta hasta un profano.

Como si no le hubiera oído, Jerrold comentó:

—El método es muy ingenioso: una barra de carmín impregnada en algún veneno constituye un instrumento mortal de primera clase. El asesino cambió la barra de la señora Checkwick por la envenenada. Ella la usó, puso el cianuro en contacto con su saliva... Bastan cinco centigramos para matar a una persona. La barra está aquí —el detective señaló un bolso que se hallaba sobre la mesilla— la he descubierto antes. Pero lo notable es que, además, hay otra. La señora Checkwick tenía *dos*.

Briggs abrió el bolso y sacó los dos tubos de carmín.

—Absurdo, usted lo ha dicho. Pero ¿por qué? ¿Por qué se estrangula a una persona que va a morir envenenada?

—Es usted quien hace la pregunta. Contéstela. Jerrold sonrió.

—No puedo.

—Yo me voy —dijo el médico, indiferente—. Enviaré un furgón a recoger los fiambres.

El teniente le acompañó a la plataforma. Cuando regresó, Jerrold se hallaba a la puerta de la cabina número 4.

—A usted le gusta embrollar las cosas.

El detective sacudió negativamente la cabeza.

—No, ni mucho menos. Yo no tengo la culpa de que Helena Checkwick usara un lápiz de labios impregnado en cianuro antes de morir estrangulada. Veá, teniente —apoyó una mano en el hombro de Briggs—; este caso se basará en tres o cuatro hechos fundamentales. Primero, la hora, aproximadamente la misma, en que se cometieron los dos crímenes; segundo, la circunstancia de que nadie ajeno al vagón pasara por aquí a partir del momento en que, como usted sabe, se interrumpe la comunicación entre los coches, lo que suele ocurrir alrededor de medianoche, cuando se cierra el restaurante y se retiran los mozos; tercero, el nombre y la identidad de todos los sospechosos; cuarto: yo qué sé: la rotura del cristal de esta cabina, por ejemplo.

—¿Qué cristal?

Jerrold pasó por encima del cadáver de Margie, alzó la ventanilla y mostró el golpe que el vidrio había recibido.

—Un tren de lujo no circula con un vidrio roto.

—Bueno, supongamos que el asesino lo quebró al golpear a su víctima. ¿Y qué?

—Nada. Me dio que pensar.

El teniente masculló una maldición.

—O es usted condenadamente complicado, Kates, o todo cuanto dice carece de sentido. Nunca me han gustado los enigmas.

—¿Carece de sentido? —Jerrold tenía fija en el vacío la mirada—. Sí, probablemente, no le falta a usted razón. Pero tampoco en esto es mía la culpa. Son los hechos quienes carecen de sentido. Teniente, estamos metidos en un puro juego de los disparates, ¿no se da cuenta? Hasta que los hechos, los benditos hechos, se ordenen y se ensamblen como deben ensamblarse y ordenarse, no habrá modo de hablar, pensar y obrar con sensatez.

¿Ha intentado usted siquiera pasar revista a los datos de que disponemos para escudriñar aunque sólo sea superficialmente lo que en este vagón ha ocurrido?

—No he tenido tiempo.

—Pues oiga y agárrese. —Jerrold se metió la pipa en el bolsillo—. Helena Checkwick, hija de John Haltham, quien hace nueve años fue asesinado por el cajero de su banco, ha muerto. Margie

Roan, modelo de una casa de modas de Nueva York, ha muerto. Nora Shannon, cuyo hijo se suicidó misteriosamente hace año y medio, ha aparecido atada y amordazada en su litera. El coche-cama, a partir de medianoche, queda perfectamente aislado del resto del convoy. La hora a que se cometieron los crímenes es aproximadamente la misma. Entre las personas sospechosas, que son cuantas ocupaban este vagón, hay una que soñó haber dado muerte a Helena Checkwick. Otra es, de la misma Helena, un competidor comercial muy importante. Cuatro pertenecen a un mundo turbio donde pululan pistoleros sin ley, y en el que la vida de un hombre vale tanto como es preciso pagar a su asesino para que la extinga. La señora Checkwick se pintó los labios con un tubo de carmín que contenía cianuro y, encima, fue estrangulada. Margie Roan recibió un terrible golpe en la cabeza, y otro golpe, o el mismo, rompió el vidrio de su departamento. —El detective sonrió—. Esto es lo fundamental, teniente. ¿Qué me dice?

¿Tiene lógica?

Briggs, bruscamente, echó a andar por el pasillo.

—Yo me voy de aquí —resopló—. Estoy harto.

* * *

En un día de trabajo intenso liquidó Jerrold Kates el asunto que le había llevado a Chicago. Cuando terminó, se halló en la alternativa de tomar billete de regreso a Nueva York o quedarse en la ciudad y sacar partido de su circunstancial intervención en los asesinatos de Helena Checkwick y Margie Roan.

Fue, sin embargo, Anne Hankey quien decidió por él.

—He hablado con Milo Checkwick —anunció inopinadamente, mientras cenaban. Jerrold, asombrado, enarcó las cejas.

—¿Tú?

—Por teléfono. Me pareció una buena idea.

—¿Hablar con Checkwick? Anne asintió tranquilamente.

—Me gustó lo que aquel hombre, Leslie Cannon, dijo de embolsarse unos billetes. Es verdad. Hay millones bailando en torno al cadáver de Helena Checkwick, y sería una estupidez desperdiciarlos. Por eso he llamado a su Pobrecito viudo. Sabía que si yo no cuidaba de ello, tú no lo harías. No es sentido comercial lo

que te sobra.

—Luego, ¿le has ofrecido mis servicios a Checkwick?

—Sí.

—¿Qué ha contestado?

—Que le basta con la policía.

El detective se quedó boquiabierto.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Los ha rechazado? ¿Es posible?

—¿Quién le impedía rechazarlos? Jerrold rompió a reír.

—¡Demonio! Si ése es tu sentido comercial, Anne, no se diferencia en nada del mío.

Enhorabuena.

La muchacha guardó un instante de silencio.

—De todos modos, tengo un cliente —anunció después.

—¿Quién?

—El natural: Steve Bradford. Te vio en acción, le preocupa su hijo y apreciaba a Helena. Ha picado al momento. He llamado a Checkwick por deferencia, porque es el más directamente afectado, pero estaba segura de que, si él no, Bradford aceptaría. Casi me sentí tentada de proponérselo en el tren.

—Así, pues, ¿has estado moviendo tus hilos en la oscuridad?

Anne desplegó sobre la mesa un periódico de la noche. El mayor titular anunciaba:

HELENA CHECKWICK ASESINADA DOS VECES

Y a continuación:

LA AUTOPSIA HA REVELADO QUE FUE ESTRANGULADA MIENTRAS SE HALLABA AGONIZANTE

—En primer lugar, velo por tus intereses —declaró—; en segundo, este asunto me apasiona. Es el más fabuloso misterio con que te has enfrentado, jefe, y los periódicos lo están ventilando a voz en grito. Habrá manteca si lo aclaras, y buena publicidad. Nos interesa.

—Claro que nos interesa. —Jerrold tomó el periódico y lo examinó con el entrecejo fruncido—. Pero no me gusta Bradford

como cliente. Hubiera preferido a Checkwick.

—¿Por qué?

—*Porque Bradford* estaba en el vagón.

Una fotografía y una nota biográfica de Bradford padre y Bradford hijo figuraban en la página tercera. Había otras, dedicadas a Nora Shannon, Ted

O'Toole,

Nicko Adigio y Wingie Smithe, y una especial para él y su secretaria. Jerrold las leyó con interés. Nora Shannon era la propietaria de una modesta cadena de lavanderías que, al parecer, ciertas personas deliberadamente anónimas le instalaron cuando su hijo murió. Éste, un joven abogado criminalista, se había distinguido por sus relaciones con el hampa y su poco honesto oportunismo en la defensa de delincuentes habitualmente bien respaldados. El misterio que envolvió su suicido no se había resuelto jamás.

O'Toole

estaba ya «retirado». Como tantos otros, le sacó su jugo a la prohibición y ahora vivía de las rentas. No así Nicko Adigio, que era un personaje poderoso cuya verdadera influencia sólo se podía entrever. Adigio usaba como tapadera de sus muchos y extraños negocios el club nocturno más importante de la ciudad: *Cocoanut Grove*. Desde allí, sus tentáculos llegaban hasta el propio escalafón de la policía.

Wingie Smithe era un hombre de tercera fila: dos condenas a cuerdas, a ratos guardaespaldas profesional, a ratos soplón, a ratos carterista y a ratos esquírol o rompeshuecas al servicio de los caciques sindicales.

—Es curioso —murmuró el detective. Anne le observaba a través de la mesa.

—¿Qué es lo curioso?

—Los periodistas saben mucho de mucha gente, aunque buena parte solo lo dejen adivinar. Pero no han publicado una sola palabra de nuestro amigo el barbudo de la nariz rota y los modales untuosos.

—¿Leslie Cannon?

—El mismo. —Jerrold se reintegró a su cena—. Me gustaría descubrir la razón de este silencio. ¿Cannon les ha burlado? Bien,

¿quién es? ¿De dónde ha salido? ¿Qué clase de relación le une a una rata como Smithe?

—Hay un medio de averiguarlo: preguntárselo a él.

El detective, pensativo, sacudió afirmativamente la cabeza.

—Iré a verle —dijo—; iré esta noche. Será el primer paso que de en obsequio de Steve Bradford. A propósito, ¿paga bien?

—Sí —sonrió Anne—, muy bien. Pero esto es cuenta mía. Está estipulado en el reglamento de nuestra sociedad: tú eres el cerebro, yo la máquina registradora.

* * *

La dirección que Cannon dio a la policía era el *Middlewest Hotel*, pero Jerrold, cuando se apeó de un taxi frente al edificio, no estaba seguro de encontrarle todavía allí.

Preguntó en contaduría.

—¿El señor Cannon?

El empleado echó una ojeada al casillero, y luego tomó el teléfono y pidió un número:

—Treinta y dos.

Aguardó algún tiempo con el auricular pegado al oído.

—¿Y bien? —inquirió el detective.

—No contesta. Habrá salido.

—¿Tardará?

—Lo ignoro, señor. Jerrold titubeó.

—De acuerdo; le esperaré un rato en él fumador. Cuide usted de avisarle cuando llegue; se lo suplico.

—Le avisaré, señor.

Jerrold se dirigió al fumador, pero pasó de largo ante su puerta. Dobló a la derecha al fondo del vestíbulo, y se encontró frente a los ascensores. Tomó uno.

—Tercer piso.

La habitación treinta y dos estaba junto a la escalera. El detective sacó un manojó de llaves del bolsillo, seleccionó una de forma especial, la introdujo en la cerradura, aplicó una leve presión y abrió la puerta.

No perdió ni un segundo. Con tranquila rapidez comenzó a registrar los cajones de la cómoda. De ellos pasó al ropero.

Iba a ocuparse de las maletas, ligeramente defraudado por el nulo éxito obtenido hasta entonces, cuando la puerta, violentamente, se abrió.

—¡Quédese como está!

Leslie Cannon se hallaba en el umbral, con una pistola en la mano. Sus ojos eran como ascuas en la obscuridad de su cara atezada y barbuda.

—Lamento que haya llegado tan pronto, de veras —dijo el detective, calmosamente. Cannon cerró la puerta a su espalda.

—Me lo supuse —hablaba con voz tensa, exageradamente aguda. Estaba, más que furioso, asustado y Jerrold dedujo de su aspecto cuán peligroso podía ser si perdía totalmente la serenidad. Sus modales suaves se habían esfumado—. Al no encontrarle en el fumador sospeché que... Bueno, suéltelo, ¿qué busca aquí?

—Quiero saber quién es usted.

—Lo sabe de sobra: Leslie Cannon.

—Un nombre no significa nada.

—A mí no me lo cuente. —Cannon se estaba dominando poco a poco—. Podría entregarle a la policía por lo que ha hecho...

—*Entrégueme.*

El barbudo entrecerró los ojos.

—Prefiero advertirle una cosa, Kates, o cómo diablos se llame: mucho cuidado con cruzarse en mi camino. Si vuelvo a encontrarle —la pistola se movió de arriba abajo—, le mataré.

Jerrold dio un paso hacia la puerta.

—¿Eso es todo?

—No. Dígale a él que equivocó el sistema. Así no conseguirá nada, salvo hundirse en el infierno. Y le juro que tengo ganas de verle hundido, Kates, muchísimas ganas.

El detective inclinó la cabeza.

—¿A él? ¿Quién es él?

Cannon abrió la puerta e hizo con la pistola un gesto significativo.

—¡Lárguese! ¡Aprisa! Jerrold, resignado, se largó.

CAPÍTULO VII

La gramola automática del bar difundía una versión antigua y caliente de *Blue moon*.

Un hombre y una mujer estaban sentados a una mesa, con las manos unidas.

—Cerveza —pidió Jerrold.

Se dirigió a la cabina telefónica, consultó la guía, depositó una moneda y marcó un número.

—¿Redacción del *Herald*? —preguntó—. ¿Está ahí Barnaby? Estaba. Tardó un minuto en ponerse al aparato.

—¿Quién pregunta por mí?

—Jerrold Kates.

—¡Kates! ¡Hombre, tú caes del cielo, estaba precisamente calculando la conveniencia de hacerte una visita!

—¿Por lo del expreso?

—¡Claro que sí! ¿Cómo te las ingeniaste para encontrarte metido en semejante sarao? ¿Tuviste una intuición?

—Supón que la tuve. Barnaby, cuando trabajabas en el *Budget* de Nueva York estabas especializado en sucesos, y eras el amo como reportero criminalista. ¿Sigues con lo mismo aquí?

—Genio y figura hasta la sepultura.

—Entonces, te necesito.

—Y yo a ti. ¿Cuándo nos vemos?

—Ahora. Estoy en un bar pequeño de la calle Wallace. Creo que es la calle Wallace.

—Bueno, ¿a qué altura?

—Aguarda.

Jerrold fue al mostrador y preguntó al barman las señas del local. Volvió al teléfono.

—El número 226.

—Voy para allá.

El detective trasladó a una mesa su cerveza, puso de nuevo en funcionamiento la gramola, y se aprestó a esperar. Barnaby llegó a los quince minutos. Durante diez más, los dos hombres, cuya amistad nació en la época que Jerrold, unos años antes, se dedicó al periodismo, charlaron de tiempos pretéritos. Luego fue planteada la cuestión que interesaba a ambos.

—Se trata de uno de los que han sido mis compañeros de vagón: Leslie Cannon —dijo el detective—. Los periodistas apenas os habéis ocupado de él. ¿Por qué?

—Oh, ese tipo. No hay datos. Se esconde como una alimaña herida. Ha estropeado muchas placas cubriéndose con las manos cuando alguien intentaba dispararle el *flash*.

—Barnaby, ese hombre es quien más me intriga de cuantos se relacionan con el crimen.

—¿Supones algo?

—Me intriga; eso es todo. Está envuelto en misterio. Demasiado recelo, demasiada astucia y demasiada barba, ¿entiendes? Nadie usa barba hoy, salvo con un determinado propósito: disfrazarse. Cannon declaró proceder de Detroit. Pudiera ser cierto. Tú tendrás aquí contactos, relaciones, algún medio de averiguar qué es lo que oculta. Y está su satélite Wingie Smithe, en cima. Acaso pueda sacarse algo de él.

—Veré, Kates.

—Hay más. Quiero saber de los restantes personajes cuanto haya por saber, comenzando por Steve Bradford y concluyendo por el propio Smithe.

—¿En qué sentido dices eso?

—En el que pueda relacionar a cada uno con Helena Checkwick y Margie Roan. Los periódicos, a este respecto han sido mudos.

Barnaby, abstraído, se acarició el mentón.

—Lo malo de este caso es que hay mucha gente intocable metida en él.

—¿Gente «intocable»? El reportero asintió.

—Bradford, Adigio y

O'Toole,

por ejemplo. Bradford es el presidente del Consorcio Bancario de

Chicago, y como tal tiene a todas las empresas periodísticas en el puño. —Barnaby hizo una pausa—. No hay entre nosotros quien no sepa, de una parte, que el ta —lento de Helena Checkwick era el mayor obstáculo que se oponía al desarrollo del Banco Bradford Oeste y a sus ambiciones de «trust» sobre la banca local; de otra, que Steve Bradford estuvo loco por Helena, y que ella le rechazó sin miramientos; de otra aun, que Donald Bradford estaba tan loco por ella como su padre, y que ambos odiaban a Milo Checkwick de corazón. Pero estas cosas, Kates, nadie las ha mencionado ni las mencionará.

Jerrold cargó lentamente su pipa.

—Muy interesante —murmuró—. Sigue por ahí, Barnaby.

—También

O'Toole

sorbía los vientos por esa mujer.

—Tuve un atisbo de ello, efectivamente. Pero no comprendo; ¿cómo era posible tanta amistad, tanta intimidad incluso, entre dos personas tan diferentes? Desde que vi cómo se trataban Helena Checkwick y

O'Toole,

me obsesiona este pensamiento.

Barnaby asintió.

—Puede sorprender. La causa fueron los manejos financieros de ella. Al terminar la guerra, cuando Helena regentaba ya la banca de su padre, realizó una serie de maniobras para atraerse la masa de capital que representaban los antiguos reyes del *racket*, como O'Toole,

y los actuales como Adigio y otros. Estos pájaros andaban un poco a la deriva, y Helena Haltham los acogió a su crédito. Ambas partes se beneficiaron increíblemente. Así empezó.

—Así empezó, ¿«qué»?

—No, nada, las relaciones de ella con esos hombres. Un banquero, aunque se lo proponga, no puede levantar una barrera entre su vida comercial y su vida social.

—¿Hubo negocios sucios?

—Por lo que respecta a Helena, no.

Jerrold expelió un chorro de humo y contempló cómo se desvanecía en el aire.

—¿Qué me dices de Nicko Adigio?

—Adigio es hoy una de las varias potencias ocultas que gobiernan la ciudad. Pasó par-a

él el tiempo del pequeño contrabando, de la protección impuesta y de las minucias al margen de la ley. La prohibición le llenó los bolsillos de oro y luego ha volado a gran altura. Se mantiene en activo a través del *Cocoanut*, pero sus negocios de verdad dependen de cómo mueve los hilos de la política local a su antojo. Se ha hinchado desde que es el caid sindical supremo de las industrias de la carne.

—¿Algo entre él y Helena?

—No lo sé. Finanzas.

—¿Algo *personal*?

—Sí, ya entiendo. No lo sé, Kates.

—¿Qué clase de punto es Milo Checkwick?

—¿Cómo suelen ser los que se casan con millonarias?

—¿Una monada?

—Vistoso. Era uno de esos médicos de moda tostados por el sol, asiduos de Miami, que juegan al polo entre consulta y consulta. Has de ver qué clínica tiene ahora, gracias al trastorno hepático.

—¿Qué trastorno hepático?

—El que sufrió Helena. El la atendió. Supo hacerlo.

—¿Así nació el romance?

—Sí.

—¿Cuándo fue?

—Un año y medio atrás.

—Todo lo que me cuentas es poca cosa, Barnaby.

El periodista se encogió de hombros y volvió hacia arriba las palmas de las manos.

—Tengo mis limitaciones, amigo. A pesar de ellas... he estado pensando en cierto personaje...

—Aguarda.

—¿Qué?

—Sigamos primero con lo nuestro. Pasemos a Margie Roan. ¿Qué existió entre ella y la gente de mi vagón?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Nada, Kates, Margie Roan vivía en Nueva York, sólo venía aquí de vez en cuando, pertenecía a otro mundo. No se relacionaba con ninguno de quienes la rodeaban cuando murió.

—Ted

O'Toole
la conocía.

—

O'Toole
pasaba en Nueva York largas temporadas. De allí regresaba ahora. Yo no sé nada de esto, compéndelo: se sale de mi marco.

—No obstante...

—Kates, tú hazme caso, vamos a ver a ese hombre.

—¿Qué hombre?

—Se llama

O'Brien

y trabaja en un «*dancing*» de la calle Nueve. Nos hablará de Adigio como nadie hablaría de él en Chicago, sin pelos en la lengua. Tú verás.

O'Brien

es el único superviviente del *gang* de Randy Grogan, que Adigio exterminó en los buenos tiempos hasta el último hombre. Le falta un brazo: se le gangrenó y hubo que amputárselo cuando la cuadrilla de Adigio le cosió a balazos y le dejó por muerto en un bosque a orillas del lago Michigan.

Jerrold se puso lentamente en pie.

—Es una idea —asintió—. Sí, creo que es una buena idea. Vamos allá. Fueron.

El *dancing* era un local barato, con desconchados en las paredes. La gente, en él, no parecía divertirse mucho.

O'Brien

estaba apoyado en el bar, mirando hacia la orquesta. Cuadrado, pesado, de cabello entre rojo y gris, rostro brutal y mandíbula prominente, una de las mangas de su traje de sarga azul colgaba vacía dentro del bolsillo: la derecha.

—¿Un trago? —le preguntó Barnaby.

El hombre le miró con ojos duros, hostiles.

—Oh, es usted. Un periodista, ¿no? ¿Qué quiere?

—¿Un trago? —repitió el reportero en el mismo tono.

O'Brien
echó atrás la cabeza y chistó al barman.

—Rye.

—Sirva tres. El mío con burbujas.

O'Brien
miró de nuevo hacia la orquesta.

—¿A qué ha venido hoy?

—He traído un amigo con ganas de hablar. El dirá de qué.

—Del expreso Nueva York-Chicago —espetó el detective.

El hombre se volvió rápidamente e hincó en Jerrold sus ojos.

—Me gustaría conocer su opinión.

O'Brien
cogió el vaso de *rye* con su única mano, lo apuró e hizo signo al barman de que le sirviera otro.

—Está bien claro —dijo—. Se le echará tierra encima, pero Ted

O'Toole
se cargó a esa mujer.

—

O'Toole
—repitió Jerrold, pensativo—. ¿A cuál de las dos mujeres se refiere usted?

—Por lo menos a Helena Haltham.

—¿Tiene algún fundamento para acusarle?

O'Brien
dejó oír una seca risa.

—

O'Toole
ha embaucado a muchos con su aire estúpido, sus bromas sin gracia y sus palmadas al hombro, pero es una víbora asquerosa, un cochino reptil, se le sale por los colmillos el veneno de la venganza. Se enamoró como un perro de esa mujer, y ella lo despidió de una patada.

O'Toole
no lo ha olvidado jamás. Ha esperado su ocasión. La ha encontrado, por supuesto.

—Eso es una hipótesis —observó Barnaby.

—Qué cuerno, hipótesis. Ustedes viven en la luna; ustedes, los que escriben en los periódicos y pretenden contar la verdad. ¿Por

qué no ha hablado nadie de lo que ocurrió con Stella Strong?

El reportero miró a

O'Brien

fijamente.

—¿Qué fue esto?

—Aparte la Haltham, yo sólo he visto a

O'Toole

andar detrás de una mujer, y fue Stella, hace ya quince años. Stella se casó con otro. Cuatro años después, nada menos que cuatro años, O'Toole

volvió a encontrarla. Se la sacaron de las manos cuando la estaba estrangulando. Pura casualidad, uno que entró y lo sorprendió. Así es

O'Toole.

Su dinero y la amistad de Nicko Adigio, que le tenía un pie encima al marido de Stella, le salvaron en aquella ocasión. Nada se supo. Otro tanto pasará ahora.

Barnaby y Kates guardaron silencio.

—¿Y pues?

—Hubiera jurado que acusaría usted a Adigio —dijo al fin aquél

—. Lo de

O'Toole

es una sorpresa.

O'Brien

lanzó un escupitajo a un rincón.

—Esos dos siempre han ido de la mano —apuro el segundo rye

—. Bueno, ¿nada más?

—¿Había alguna relación entre Adigio y Helena Checkwick?

—Estuvo colado por ella, pero se le pasó.

—¡También Adigio!

—Y el Banco Haltham le administraba la pasta. Quién sabe lo que hubiera pasado si las cosas se hubiesen complicado para él... — No, puede que Nicko Adigio no sea capaz de cargarse a una mujer como ésa; Pero sí lo es de cargarse a su banquero, eso se lo juro.

—A su banquero— murmuró Jerrold, atónito. —Dios mío, es la pura verdad. Nos hemos empeñado en considerar a Helena Checkwick una mujer, solamente una mujer. Y era, además, la directora de un banco.

O'Brien

pidió un tercer *rye*.

—Olvídelo. Le he dicho que la mató

O'Toole.

—¿Usted conoció a Jeffrie Shannon?

—Oh —murmuró el hombre.

—¿Qué?

—Parece que se reunieron los buitres, ¿no? Sí, naturalmente que conocí a Jeffrie Shannon. Muy bien.

—¿Me está usted insinuando alguna cosa?

O'Brien

volvió a reír.

—Son como niños; ustedes son como niños que necesitan andaderas para ir por el mundo. La vida nos la pintan color de rosa, porque es como otros se la pintaron antes...

¡Qué risa me dan todos! Mire, será mejor que se vayan al cuerno.

—Usted ha hablado de buitres —replicó Barnaby, ásperamente.

—Sí, de los buitres que se reúnen sobre una res, dando vueltas y vueltas, cuando está a punto de morir en el desierto. ¿Usted no estuvo nunca en el desierto, periodista?

—Déjale —intervino Jerrold—. Sopló demasiado y no le sienta bien.

O'Brien

olfateó su tercer *rye*.

—No, amigo, no he soplado todavía lo suficiente —vació la copa de un trago—. Jeffrie Shannon se suicidó. Fue una cochina historia. Se había arrastrado a los pies de una mujer, como un gusano en celo. Creyó que su juventud y sus pequeños éxitos de picapleitos de baratillo valían algo, y no supo ver que ella estaba tan alta como la luna. No se tragó el desdén, cuando llegó la hora. Se pegó un tiro. Hubo sus más y sus menos, se dijo que si esto o lo de más allá. ¡Narices! Jeff Shannon se suicidó por *una mujer*. Pero ocurrió que llovió la pasta a chorros, y el escándalo quedó en humo. La vieja Shannon cambió un hijo por un buen negocio. Salió ganando.

—Es usted un cerdo,

O'Brien

—dijo Barnaby, entre dientes.

—Sé ver las cosas, nada más.

—¿Quién era la mujer? —preguntó el detective.

—Nunca se supo.

—Pero usted alude claramente a Helena Haltham. El suicidio se produjo hace año y medio. Por aquellas fechas, ella se casó con Milo Checkwick.

O'Brien

sostuvo su mirada.

—Sí.

—¿Fue Helena quien le montó a la madre de Jeffrie su cadena de lavanderías?

—No sea tonto. Ella encabezó la iniciativa y se quedó entre bastidores. Nicko Adigio, Romero, Bill Adams, todos aquéllos a quienes el chico había prodigado sus pequeños favores de abogadillo embrollón, sacaron a flote el proyecto.

—Y Nora Shannon —concluyó Jerrold, lentamente— se vio un día forzada por el azar a compartir Una cabina de coche-cama con la causante indirecta de la muerte del muchacho. Esto explica muchas cosas.

O'Brien

le examinó burlonamente.

—Vamos, dígame ahora que la vieja la estranguló. Será divertido.

—No me refería a eso. ¿Usted sabe quién es Margie Roan? El hombre se encogió desdeñosamente de hombros.

—Regístreme.

—¿No?

—¡No!

—¿Y Leslie Cannon?

—Nunca le oí mencionar.

—¿Y Wingie Smithe?

O'Brien

chupeteó su vaso vacío.

—Sé algo de Wingie que le gustará. Se hubiera dejado cortar una mano por Jeff Shannon, cuando el chico vivía, Shannon le libró de la silla y le sacó libre en el juicio más puerco que yo recuerdo. Logró que Adigio comprara al jurado entero y le respaldase. Costó cinco mil dólares, muy barato. Shannon sabía organizar estas cosas.

Jerrold asimiló lentamente la noticia.

—¿Quién contrataría hoy a Smithe como guardaespaldas? ¿Tiene algún amigo barbudo, de nariz rota, moreno, meloso...?

—Si me habla de Cannon, le he dicho ya que no sé una palabra de él. Eso fue todo.

Jerrold se despidió de Barnaby, se retiró a su hotel y se acostó. Pero por la mañana, muy temprano, le despertó el camapanillazo del teléfono y oyó la voz nerviosa del reportero, que decía:

—Jerrold, ¿no me pediste anoche que investigara en torno a Cannon?

—¡Sí! ¿Tienes algo?

—Tengo mucho. —Barnaby hizo una pausa, aparentemente para hallar con alguien situado junto al aparato—. Atiende, Jerrold. A Leslie Cannon le han encontrado esta madrugada en la Ruta 98, a tres millas de la ciudad... *muerto*.

El detective contuvo la respiración.

—¡Eh! —exclamó después—. ¡Detalles!

—Acabo de enterarme; no sé nada más. Voy a ponerme en contacto con el Departamento de Policía. La noticia me ha llegado de allí. Te informaré de lo que haya.

—Gracias. Creo. —Jerrold se incorporó— que trataré también de informarme yo mismo. Buena suerte.

Saltó de la cama y se lanzó corriendo hacia la ducha.

CAPÍTULO VIII

El teniente Briggs sostenía una conferencia de prensa. Acomodado en un rincón de la sala de espera de la División de Detectives, Jerrold Kates, sin impacientarse y chupando su pipa, esperó. Tuvo que esperar más de veinte minutos. Luego, en tropel, los periodistas salieron. Ninguno reparó en él. Jerrold divisó a Barnaby, apresurado y con el sombrero en la nuca, y esbozó una divertida sonrisa.

Pero no se movió de donde estaba hasta que un agente le avisó:

—Puede pasar.

Briggs le recibió en mangas de camisa, mascando chicle. Era evidente que la conversación con los periodistas le había puesto nervioso.

—¿Usted otra vez?

—Otra vez y muchas. —Jerrold se dejó caer en un sillón—. Trabajo en el caso por cuenta de Steve Bradford. Si usted fuera el capitán Corcoran, se alegraría de tener un colaborador tan eficaz.

—Yo no soy Corcoran.

—Eso es lo que quise decir.

Briggs manoseó los papeles que tenía en la mesa.

—Bueno, ¿a qué ha venido?

—De una parte, a anunciarle que estoy oficialmente metido en el asunto; de otra, a saber qué le ha ocurrido a Leslie Cannon.

—Acabo de relatarlo públicamente. Lo leerá en los periódicos.

—Suponga que no leo los periódicos. Y suponga que tengo ideas que sugerir a cambio de las que a mí se me sugieran.

Briggs se arrellanó en su asiento y, por un instante, dejó de mascar.

—Cannon ha muerto —anunció secamente—. Se le ha

encontrado tendido al borde de una carretera, al amanecer, ya cadáver.

—¿Asesinato?

—Por supuesto. Una herida punzante en la nuca que le alcanzó el bulbo raquídeo. Muerte instantánea.

—¿Una especie de puñalada a traición?

—Sí, asestada por la espalda, con un estilete.

—¿Se ha encontrado el arma?

—No.

—¿Qué más?

—Salta a la vista que no murió donde fue descubierto. Le arrojaron allí desde un coche.

—Un paseo, ¿eh? Viejo sistema, pero perfeccionado: un estilete es menos estrepitoso y más discreto que una pistola.

—Seguro.

—¿A qué hora ocurriría? ¿Lo sabe?

—El médico calcula que de una a tres de la madrugada.

Jerrold miraba ante sí sin ver.

—Usted habrá supuesto —dijo lentamente— que este asesinato es consecuencia de los dos cometidos en el tren. ¿Ha intentado relacionarlos de algún modo?

—Suponer eso significa establecer una premisa sin pruebas.

—¿Va a decirme que la muerte de Cannon es un hecho independiente?

—No le digo nada: El caso está todavía en las nubes.

—No.

Briggs hizo una mueca.

—¿No?

—Hay muchos puntos por dónde cogerlo. Vea, limitémonos a Cannon. ¿Qué sabe usted de él?

—Lo que declaró. No ha habido tiempo de...

—Anoche fui a su hotel —le interrumpió el detective—. Cannon estaba ausente, y me las ingenié para quedarme solo en su habitación. Quise registrarla. Iba por la mitad cuando él me sorprendió. No pasó nada, salvo que cambiamos unas palabras más o menos fuertes; pero las palabras que Cannon pronunció tienen mucha miga. Atienda, me amenazó de muerte si volvía a interponerme en su camino y, sobre todo, me encargó que le dijera

a él que equivocaba el sistema, que no conseguiría nada y que se hundiría en el infierno. Fíjese, Briggs: Cannon me dio un recado para él.

El teniente se inclinó hacia adelante.

—¿Quién es él?

—Lo mismo le pregunté yo, y me puso en la puerta. Eso es lo que deseo que usted averigüe.

Briggs permaneció un instante pensativo.

—Aclarémoslo. Según usted, lo que Cannon dijo, ¿qué significa?

—Me parece bastante claro. Imagine que conserva usted en su poder algo que compromete a alguien y que este alguien sabe que usted lo posee. Si una noche descubre a un detective privado registrándole la habitación en su ausencia, lo primero que pensará será que el alguien en cuestión ha contratado al detective para que se apodere de la cosa. Entonces enviará al detective al diablo, como Cannon, y le advertirá que el sistema que utiliza para hacerse con la cosa es erróneo. Hay otro sistema mejor, el único: pagar por ella.

—Un chantaje. Cannon realizaba un chantaje.

—Ésa, al menos, fue la impresión que recibí. No sé por qué ni contra quién, pero es muy posible que, si lo descubre, de usted con el hombre que le ha despachado.

—¿Y usted cree que ese hombre es también el asesino de Margie Roan y Helena Checkwick?

—Juraría que sí.

—Lo dudo.

—Hay más. Hay algo más, muy importante. Teniente —la mirada de Jerrold cobró un inusitado resplandor—, ¿se obtuvieron, hace nueve años, las impresiones dactilares de Leo Crawley, el cajero que mató a John Haltham?

Briggs sostuvo fijamente la mirada del detective.

—No lo recuerdo. Puedo preguntarlo.

—Hágalo. Y haga que las comparen con las del cadáver de Leslie Cannon.

—¿Ha tenido una corazonada?

—No puedo definirlo como una corazonada: es casi una convicción.

Sin replicar, Briggs tomó el teléfono e hizo la pregunta. Cuatro minutos después recibía respuesta afirmativa. Sonriendo

vagamente, dio las oportunas instrucciones, suspiró y colgó el aparato.

Jerrold encendía su pipa cuidadosamente.

—¿De modo que hay huellas de Crawley?

—Ahora van a compararlas. Si resulta...

—No corra tanto, Briggs. Deje que le pinte un cuadro. Es un cuadro —la pipa de Jerrold despidió una espesa nube de humo— que tiene como centro a Helena Haltham. Disponga a su alrededor: primero, a. Leo Crawley, que asesinó a su padre hace nueve años y cuya vida corría peligro si era reconocido por ella; segundo, a Ted O'Toole,

que estuvo enamorado de ella, que fue rechazarlo sin titubear y que, no se sorprenda demasiado, intentó cierta vez estrangular a una muchacha, Stella Strong, que igualmente le rechazó para casarse con otro; tercero, a Nicko Adigio, también amante desdeñado de esa condenada mujer, cliente suyo y, por añadidura, muy capaz de eliminar a su banquero, (y Helena Checkwick era su banquero) si sus asuntos financieros tropezaban con algún obstáculo suficientemente grave; cuarto, a Nora Shannon, cuyo hijo Jeff se suicidó hace año y medio, no se sorprenda tampoco, porque Helena le dio el puntapié y se casó con Milo Checkwick; quinto, a Wingie Smithe, que fue salvado de la silla eléctrica por Jeffrie Shannon y se hubiera dejado cortar una mano por él; sexto, a Steve Bradford, otro galán arrinconado, para quien el talento de Helena al frente de la Banca Haltham era, un obstáculo infranqueable al ambicioso desarrollo de la Bradford Oeste; séptimo, a Donald Bradford, uno más entre los corazones destrozados por la belleza de Helena, que soñó haberla matado con tanto realismo como si lo hubiera hecho verdaderamente, ahí tiene. Puede que el cuadro no esté completo, pero basta para iniciar una experiencia. Cierre usted los ojos, Briggs. Extienda el índice. La persona a quien usted señale, a ciegas, puede ser nuestro asesino. Así están las cosas.

El teniente casi no le escuchaba: tomaba notas de cuanto oía.

—¿Cómo sabe usted tanto? —exclamó—. ¿Qué ha dicho de O'Toole

y de una mujer a la que quiso estrangular? ¿Y de Jeffrie Shannon?

—No importa ahora. Sigamos. El cuadro, Briggs, es perfecto. Sólo un detalle lo estropea: Margie Roan no encaja en él.

—¿Se empeña usted en su asesino único?

Pero encajaría. —Jerrold no hizo de la observación el menor caso— sentando una sencillísima hipótesis: Margie Roan fue muerta *por error*. Algo no funcionaría bien. O la confundieron con Helena. O qué sé yo, Dios me ayude. Pero ésta es la hipótesis: hubo un error, un accidente. Un vidrio roto. ¿Ha pensado en ese vidrio roto, Briggs?

—¿No podría usted tener quieta la lengua un minuto?

—No —dijo Jerrold—. Ah, amigo, ignoro completamente si en la historia de nuestra Helena figura o no figura un París, pero lo que no ignoro es que los candidatos a París forman legión. Demasiada gente amó a Helena Checkwick. Demasiada gente tuvo motivos para asesinarla.

—¿Eso es una conclusión?

—Desoladora, pero lo es. El teléfono rompió a sonar.

—¡Diga! —vociferó el teniente. Y pasó a escuchar. Su rostro se encendió. Abrió la boca—. ¡Perfectamente! ¡Gracias!

Colgó y se volvió a Jerrold.

—No es necesario que me lo diga —se anticipó éste—: no sólo las iniciales de Leo Crawley y Leslie Cannon coinciden, sino también sus huellas. En otras palabras, son una misma persona.

—Exacto. Empiezo a estar de acuerdo con el capitán Corcoran, Kates: es usted un auxiliar inestimable, Me ha proporcionado el descubrimiento más sensacional del año. Se lo agradezco. Cuento para todo con mi ayuda.

—¿Puedo sugerirle todavía algo más?

—¡Claro que sí!

—Sin perder un minuto, haga traer al Departamento a Wingie Smithe. O mucho me equivoco, o sacaremos grandes cosas de él.

* * *

Jerrold marcó en el disco telefónico el número del «Chicago Herald», y solicitó a Barnaby al aparato.

—No me entretengas, Kates —rezongó el periodista—. Estamos preparando una edición especial dedicada al asesinato de Cannon. Según Briggs...

—Lo sé todo. Suspende esa edición, Barnaby.

—¡Estás loco!

—¡Suspéndela, te digo! Sacarás otra en su lugar. Imagino que, como todos los policías, Briggs no concede la exclusiva de noticias a nadie. Yo no soy un policía, ¿entiendes? Agárrate: Leslie Cannon ha sido identificado por sus huellas dactilares, a sugestión mía, como Leo Crawley, el pájaro que asesinó a John Haltham e hirió a Helena hace nueve años.

—¡Oh!

—¡Espera, no cuelgues! A esta información puedes añadir algo más, y yo asumo la responsabilidad de que sea cierto. Fíjate bien: en el vagón del expreso se cometieron *tres* crímenes, aunque no murieran más que dos personas. Dos, sobre una misma víctima: Helena Checkwick; uno, sobre Margie Roan. El autor de uno de los dos primeros fue Leslie Cannon: él estranguló a Helena. Falta saber todavía quién la envenenó con cianuro, pero Cannon la estranguló. Tuvo miedo de que ella, reconociéndole, le enviase a la silla. Puedes publicarlo.

Jerrold cortó la comunicación.

Un momento después, cuando Wingie Smithe apareció conducido por dos agentes, Jerrold se reintegró al despacho de Briggs.

El teniente, en pie, contemplaba al pistolero como una culebra a un pajarillo.

—Leslie Cannon ha sido asesinado —anunció, soltando las palabras una a una y escudriñando atentamente el rostro de Smithe—. Le hemos encontrado con una puñalada en la nuca, caído en la Ruta 98, a tres millas de la ciudad. Alguien le dio anoche el paseo. ¿Qué dices a eso, Smithe?

Smithe no abrió la boca. Parecía sereno, pero le temblaba espasmódicamente un músculo de la mejilla.

—Sabemos —prosiguió Briggs, con más calma aun— que tu amigo Cannon era un asesino: Leo Crawley, ex cajero del Banco Haltham. Sus huellas dactilares le han identificado. ¿Qué dices ahora?

Smithe continuó en silencio.

Briggs, de pronto, adelantó un paso y le sacudió un tremendo bofetón. Smithe casi perdió el equilibrio.

—¡No! —chilló. Empezó a manarle sangre de la nariz—. ¡Yo se

lo dije! ¡Le dije que le descubrirían enseguida! ¡Era verdad!

—Oh, de modo que tú le conocías, Smithe...

Smithe se llevó a la nariz un pañuelo floreado y asintió lastimeramente. Un solo golpe había bastado para desfondarle por completo.

—Encubrir a un asesino es un delito grave —indicó Jerrold.

—Dejemos eso ahora. —Briggs tenía al pistolero asido por los cabellos, y le echaba la cabeza atrás—. A Cannon, es decir, a Crawley, le han matado. ¿Por qué?

—No lo sé —gimió Smithe. Recibió un nuevo bofetón.

—¿Contra quién preparaba Cannon un chantaje? ¡Habla!

—¡No puede ser! No... él no quería...

—¡Habla!

—Espere. —Smithe trató en vano de cubrirse el rostro—. Lo diré todo. Pero tiene usted que protegerme... o de lo contrario...

—En el lugar a donde irás no necesitarás protección. Suelta la historia entera. Desde el principio. ¿Qué ha sido de Crawley los últimos nueve años?

—Estaba en el Canadá —repuso el pistolero, a media voz.

—Tú lo sabías, ¿no es verdad?

—No. Entiéndame, yo conocía a Leo, pero muy poco. Hizo aquello, tuvo mala suerte y se fue. Hasta ahora no ha recibido noticias suyas.

—¿Qué noticias?

—Me escribió. Quería volver. Intenté disuadirle, y no me atendió.

—¿Por qué volvía?

—Se había quedado sin dinero.

—Y pretendía conseguirlo con un chantaje.

—Sí.

—¿A quién? Smithe titubeó.

—A Nicko Adigio.

Briggs se enderezó lentamente. Ponía cara de palo.

—De modo que a Nicko Adigio.

—Sí, Leo tenía algo muy gordo contra Adigio, nunca supe qué. Lo ocultó nueve años, y ahora iba a utilizarlo. Por eso me pidió que fuera a recibirle a Nueva York y que le guardase los riñones. Me prometió partir la ganancia. A mí no me gustaba la cosa, pero él

volvió de todos modos, desembarcó, y decidí que más valía salir a su encuentro y correr su suerte.

—¿Regresasteis adrede en el mismo tren que Adigio?

—No, fue una sorpresa. Como que estuviera allí la mujer. Leo se asustó al verles, sobre todo al verla a ella. Dijo que debía hacerse algo y hacerlo pronto.

—Y lo hizo —intervino secamente Jerrold—: la estranguló.

—Yo de eso no sé una palabra. —Smithe se estremeció—. Leo salió del departamento, me aseguró que iba a solucionarlo todo y a poner en su punto las cosas. Sacó de la maleta un bramante y un pañuelo. No le pregunté nada. Cuando volvió, se acostó sin hablar.

—Pero tú entendiste que Helena Checkwick había muerto.

—Le juro...

—¡Cállate! ¿Empleó Crawley cloroformo para reducir a la señora Shannon?

—No.

Briggs emitió un resuello.

—Así. ¿Crawley es el asesino de Helena Checkwick? ¡Kates! ¿Se ha vuelto usted loco?

—Ya ha oído a este pájaro: Leo Crawley fue *uno de los dos asesinos*. Y el más estúpido: cuando redujo a la impotencia a Nora Shannon y estranguló a Helena, ésta ya agonizaba. Se había untado los labios con cianuro. El esfuerzo de Crawley resultó, pues, perfectamente inútil. —Jerrold se situó frente a Smithe. Poco a poco iba tomando el control del interrogatorio—. Pero sigamos con lo que pasó después. ¿Qué hizo Crawley en Chicago desde que llegó hasta esta madrugada? ¿Le apretó les tornillos a Adigio?

—¡No, no, no! He intentado explicárselo... Él no quería precipitarse dijo que lo de Adigio podía esperar... Bueno, algo llevaba en la mollera. Puede que pretendiera a última hora deshacerse de mí, no sé. Me despachó. Anduve solo.

—¿Qué hiciste tú?

—Soplé unos vasos por ahí.

—¿No estuviste con él anoche?

—¡Le digo que no!

—¿No puedes suponer quién le ha matado?

—¿Adigio? —Smithe se encogió de hombros—. ¿Habría sido Adigio? ¡No lo sé!

—Adigio —rezongó el teniente—. Cuerno, esto va a ser condenadamente difícil si Adigio le dio el paseo... ¡condenadamente difícil!

* * *

—¿Adigio era él? ¿Fue a Adigio a quien se refirió Crawley cuando me sorprendió en sus habitaciones? Juraría que no. —Jerrold, a solas con el teniente, le miraba a los ojos—. A un hombre como Adigio no se le ocurriría poner sus asuntos en manos de un detective. Debe de tener lo menos una docena de esbirros a su disposición para estos menesteres.

Briggs mascaba su chicle vigorosamente.

—El paseo entra de lleno en sus métodos —replicó. —Voy a ocuparme de él, y si encuentro la menor prueba...

—¿Usted se atreverá con Adigio? ¿Ha pensado que intentarlo solamente puede significar la ruina de su carrera?

—Lo he pensado —asintió Briggs—. Por algo he dicho que esto va a ser difícil. Y lo será, aunque no imposible.

—¿Me permite otra sugestión?

—Diga.

—Yo trabajo para Bradford. Trabajaba ya anoche, cuando vi a Crawley. ¿Lo sabía él?

¿Era a Bradford a quien se refirió?

Briggs abrió la boca.

—¡Demonio! ¡Bradford! ¿Atenta usted contra sus propios intereses? Jerrold, sonriendo, se puso en pie e hizo ademán de despedirse.

—Tengo para usted todavía otra cosa, teniente. Recuerde el cristal roto de la cuarta cabina del coche-cama. ¿Usted vio unos fragmentos de vidrio en el suelo del departamento?

—Sí.

—Averigüe si durante la noche, exactamente entre dos y tres de la madrugada, el expreso se detiene en algún sitio. Sería interesante que fuera así. *Muy* interesante.

CAPÍTULO IX

Un camarero detuvo a Jerrold cuando iba a sentarse a la mesa.

—Le llaman al teléfono, señor Kates. Era Barnaby.

—¿Hay novedades?

—La principal novedad es que mi corazón rebosa agradecimiento hacia ti, a chorros, a caño libre, a cataratas. El «Herald» y yo nos hemos apuntado un tanto gordo con el asesinato de Crawley.

—El agradecimiento no alimenta, Barnaby, y me disponía a almorzar.

—Cuéntame detalles y te diré una cosa.

—¿Detalles? ¿No los ha dado Briggs?

—Detalles de tu propia cosecha. Te voy a dedicar una campaña, muchacho. Cuando esto termine, te elevarán una estatua en el centro de la ciudad.

—Lo siento, Barnaby, pero no tengo todavía nada. Según creo, Briggs os ha dicho cuanto había que decir acerca de la declaración de Wingie Smithe. En mi opinión, convendría averiguar con qué quería aplicarle Crawley su chantaje a Adigio. Es lo único sensacional que se me ocurre.

—¡Hay tantas cosas que servirían para exprimir a Adigio si alguien se atreviese a utilizarlas! Cualquiera sabe, Kates, y encima es algo antiguo, de hace nueve años... Veré, pero temo que sirva de poco. Lo que yo quiero decirte es mucho más consistente.

—¿De qué se trata?

—Se refiere a Nicko Adigio también. Tú andabas ayer preocupado porque Margie Roan se te desenfocaba de la perspectiva general del asunto, ¿no es así?

—En efecto.

—Bueno, Adigio conocía a Margie. La declaración es concluyente y la ha hecho la jefe de maniqués de «Rescue's»

a nuestro corresponsal en Nueva York.

—Entonces, ¿cómo no dieron señales de reconocerse en el tren? ¿Cómo no las dio tampoco

O'Toole?

Esto me parece muy extraño, Barnaby.

—No seas lelo.

—¿No?

—Lo mismo

O'Toole

que Adigio son considerablemente ricos, y Margie no hubiera ganado nunca, por descontado, un premio a la honestidad. ¿De qué clase suelen ser las relaciones entre los hombres ricos que visitan Nueva York y las maniqués poco honestas de una casa de modas?

—¿Y a

O'Toole

y Adigio les importaba eso?

—Estando Helena Checkwick por los alrededores, quizá sí. Y si no a ellos, puede que le importara a Margie.

—Está bien. —Jerrold se acarició el mentón—. La posición de la chica no aparece todavía, clara, pero se va concretando. Ted

O'Toole

la conocía, y Nicko Adigio también. Es algo.

—O mucho, teniendo en cuenta que Adigio iba a ser víctima del chantaje de Crawley, y poseía para matarle un motivo poderoso.

—Sí —dijo el detective—. Gracias, Barnaby. Pensaré en ello.

Jerrold colgó el aparato y se encaminó a su mesa. Anne estaba sorbiendo un zumo de naranja.

—Adigio asciende poco a poco al primer plano —comentó Jerrold, al sentarse—. Barnaby acaba de comunicarme que conocía a Margie Roan.

Anne le miró por encima del borde del vaso.

—He pensado, jefe, en qué es lo que queda de tu teoría de la brutalidad y del exterminio de mujeres hermosas después de lo que viene ocurriendo. Leo Crawley ha sido exterminado, y él no era una mujer hermosa.

—No queda nada.

—¿Y bien?

—Fue una inspiración del momento; no es necesario ahora traerla a colación.

—Pero tú parecías muy seguro de que las mismas manos habían estrangulado a Helena Checkwick y roto la cabeza de un golpe a Margie Roan. ¿Eso significa que a Margie la mató también Leo Crawley?

—No.

—¿Entonces? Los dos crímenes, ¿ya no tienen un carácter común? ¿Ya no es forzoso que sea el mismo el asesino?

—Anne —había sombras en el rostro de Jerrold—, sospecho que este caso es mucho más complejo de lo que aparenta. El carácter común de los crímenes ha perdido toda su importancia desde que descubrí el tubo de carmín impregnado en cianuro. En este momento navego sin rumbo por un mar lleno de escollos, pero estos mismos escollos me darán la buena dirección. Hay dos que la —dan ya de un modo claro: uno es el tubo de carmín; otro, el hecho de que Leo Crawley muriera de una puñalada en la nuca.

—¿Qué pasa con su nuca?

—¿Por qué murió Crawley de una puñalada en la nuca, Anne? ¿Por qué le asestaron la puñalada allí?

—Supongo... que en la nuca es más mortal...

—Exacto.

—No te entiendo. Jerrold sacudió la mano.

—Dejémoslo, reflexionaba en voz alta. Anne, ¿quiénes son los posibles autores de los asesinatos del expreso? ¿Quieres mencionarlos?

—¿Los ocupantes del vagón?

—Sí.

Jerrold cerró los ojos mientras la muchacha recitaba los nombres:

—Nora Shannon, Wingie Smithe, Steve Bradford, Donald Bradford, Nicko Adigio, Ted O'Toole
y Leslie Cannon, que ha muerto.

—¿Has observado que, a diferencia de lo que suele ocurrir, ninguno de ellos dispone de coartada?

—¿Por qué dices eso?

—Anne —el detective abrió los ojos— por regla general, la mayoría de los asesinatos premeditados los comete alguien que pretende beneficiarse en uno u otro sentido del crimen. Si atendemos al motivo económico, ¿a quién mencionarás?

—A... Steve Bradford.

—No. —Jerrold rió—, hay alguien que resulta más beneficiado todavía: el doctor Milo Checkwick.

Un silencio.

—¡Pero si Milo Checkwick no viajaba en el tren!

—En efecto, querida. La coartada del doctor es perfecta. Otro silencio.

—Estás loco.

Jerrold sacudió solemnemente la cabeza.

—No encontrarías a otro más cuerdo que yo en la ciudad. Simplemente, trato de reunir en mi mano todos los cabos de una madeja enmarañada. Esta tarde —el detective sonrió— haré al doctor Checkwick una visita. Creo que ya va siendo hora de que nos conozcamos.

* * *

Tal como Barnaby había anunciado, la clínica del doctor Checkwick era digna de verse, ultramoderna entre pinos, y más parecía un hotel para millonarios que una casa de salud.

Jerrold se informó de que el despacho del director se encontraba en el primer piso, subió, recorrió un pasillo silencioso, alcanzó las puertas vidrieras de unas oficinas por un lado y el rótulo «Milo Checkwick, M.

D. Director»

por otro. Una puerta de roble macizo cedió a la presión de sus dedos. Más allá había una salita de espera y un a modo de antedespacho con un escritorio vacío. No se veía a nadie. Otra puerta, al fondo ostentaba la inscripción «Privado». Se hallaba entreabierta.

El detective avanzó hasta allí. Lo que vio por el resquicio le dejó atónito: un hombre y una mujer, ambos con sus batas blancas, estaban estrechamente abrazados en el centro de lo que parecía un

despacho lujoso.

Jerrold presenció la escena un instante. Luego cerró la puerta y la golpeó con los nudillos. Al principio no ocurrió nada. A continuación sonó un taconeo femenino y una enfermera morena, de enormes ojos y labios abultados, apareció en el umbral. Sólo la apenas perceptible irregularidad de su respiración y el ligero rubor de sus tostadas mejillas delataban que acababa de abandonar los brazos de un hombre.

—¿El doctor Checkwick? —preguntó Jerrold.

Estaba pensando que existían dos clases de enfermeras: las que muestran las películas y las que uno encuentra en la realidad. La que ahora tenía delante pertenecía a la primera clase. Jerrold nunca hubiera imaginado que pudiese sacarse de una simple bata blanca tanto partido como del más sensacional traje de noche.

—¿Qué desea usted?

—Hablar con él. Soy Jerrold Kates, detective privado. La enfermera entornó los párpados.

—Un momento.

Se retiró y cerró la puerta. Volvió a abrirla antes de un minuto.

—Pase. El doctor le recibirá.

Checkwick se hallaba ahora en pie junto a un amplio escritorio. Era alto, atlético, de facciones magníficamente esculpidas, con hebras de plata en las sienes y una tez curtida por el sol y el deporte que contrastaba con la inmaculada blancura de su atuendo.

Sonreía, mostrando una envidiable dentadura, pero su bienvenida no era cordial.

—¿El señor Kates? Jerrold asintió.

—Me ha parecido conveniente celebrar con usted una entrevista. Puro formulismo, si lo quiere usted así.

—Hablé con su secretaria.

—Si con eso quiere indicar que no necesita de mis servicios, le diré que no es mi propósito ofrecérselos. Tengo un buen cliente.

Checkwick le señaló un sillón.

—Síntese. ¿Puedo saber quién es?

—¿Mi cliente? Steve Bradford.

—Oh, Bradford —la sonrisa del médico se enfrió un poco—. Mejor haría no metiéndose donde no le llaman. Con la...

—¿Me consiente usted la franqueza? —preguntó Jerrold,

abruptamente.

—Cómo no.

—¿A usted le sorprendió la muerte de su esposa? Checkwick se sentó al borde del escritorio.

—Totalmente.

—¿Sabía de alguien con motivo para asesinarla?

—No. De no ser... por algún asunto de negocios... Yo vivo ajeno al banco y a todo lo que el banco lleva consigo, se lo prevengo.

—¿Es usted el heredero de su esposa?

—Sí.

—¿Y seguirá viviendo ajeno al banco?

—Bill Steamer, el hombre de confianza de Helena, ocupará el puesto de gerente. Yo tengo mi clínica.

—¿Conocía a Leo Crawley?

—¿Se refiere al asesino del viejo Haltham? No, personalmente no. Oí hablar mucho de él. He leído que ha vuelto, disfrazado como un traidor de melodrama, y que alguien le ha facturado al otro mundo. Me alegro, a decir verdad.

—No vino exactamente disfrazado. Se dejó crecer la barba y se había roto la nariz en un accidente, aserrando troncos en el Canadá, pero reconocerle no era difícil.

—¿Por qué me dice eso?

—Por nada. Me gustaría saber dónde estuvo usted anoche, de doce a cuatro de la madrugada.

—Hasta la una, aproximadamente, estuve aquí, trabajando con Anoona —señaló a la enfermera—. Preparo un libro. Luego me fui a casa y me acosté.

Jerrold estudió con interés a la muchacha.

—Trabajando —repitió lentamente—. ¿Sobre qué versa el libro? ¿Sobre problemas eróticos, quizá?

—Sobre... Oiga —el tono de Checkwick adquirió una nota agresiva—, ¿qué da a entender con eso?

—No lo tome por la tremenda. Puede que a usted le haya sorprendido la muerte de su esposa, pero no le ha dolido ni pizca, ¿verdad?

Checkwick apretó las mandíbulas.

—Lárguese —articuló—. Lárguese antes que... Jerrold no se movió.

—Es mejor para los dos que me quede y sigamos con la cháchara. ¿Usted conocía a Margie Roan?

El médico le miró hostilmente a los ojos.

—Sí —replicó—, la conocía muy bien. —Adoptó una actitud entre burlona y desafiante—. Llevaba ya tiempo sin verla. ¿Por qué?

—Supongo que nadie le habrá criticado nunca sus gustos en cuestión de mujeres.

—¿Por qué? —insistió Checkwick.

—¿Dónde estaba usted la noche que murió su esposa?

—Como ayer: hasta la una aquí, luego en mi casa.

—¿De qué conocía a Margie Roan?

—De bailar con ella y hacerle el amor en «Morocco» y en una docena de clubs nocturnos de Nueva York.

—¿Cuándo ocurría eso?

—Dos o tres años atrás. Habrá muchos hombres en mi caso, no empiece por ello a levantar castillos en el aire.

—¿Estuvo usted casado otras veces?

—Sí, una.

—¿Con quién?

—Murió, olvídela. ¿Cómo se llama usted? ¿Kates?

—Sí.

—¿Y no puede hablar dos minutos de una misma cosa? ¿Necesita realmente ir saltando de tema en tema?

—Desde que he llegado hablamos de lo mismo, Checkwick: de usted.

—¿Tanto importo yo?

—Trato de componer su carácter, de formarme una idea concreta de su personalidad.

—¿Lo ha conseguido?

—Voy consiguiéndolo.

—Descríbame.

Jerrold rió con intención.

—Se ofendería. Una última pregunta, Checkwick. El empleo de su tiempo esas dos noches, ¿resiste una investigación de la policía?

El médico entreabrió la boca.

—Haga la prueba.

—Descuide, la haré. —Jerrold retrocedió hacia la puerta—. Hasta la vista. —Se volvió a la enfermera y guiñó un ojo—. Buena

suerte, Anoona.

Checkwick habló cuando ya salía:

—*Señor Kates.*

—¿Qué pasa?

—Señor Kates, diga a su secretaria que me llame de nuevo esta noche. Habré meditado a fondo este asunto. A fin de cuentas, no estaría mal que un detective inteligente como usted se ocupara de investigar la muerte de mi esposa. Sí, creo que es un deber que tengo para con ella. Pagaré bien su trabajo.

Jerrold le miró por encima del hombro.

—Siga meditando, Checkwick. Tengo ya un cliente, ¿para qué quiero dos?

—Usted sabrá.

—Lo sé, claro que lo sé. Guárdese su dinero, amigo. No se hereda un banco todos los días.

Jerrold salió y cerró la puerta.

CAPÍTULO X

Anne bostezó.

—Es preciso, para obtener una visión de conjunto de los tres crímenes —dijo Jerrold—, prescindir de las circunstancias de lugar y tiempo y considerarlos en abstracto.

Anne bostezó otra vez.

—¿Para qué necesitamos una visión de conjunto?

—Porque los tres asesinatos forman un todo, una unidad. La cosa sería mucho más patente si Leo Crawley no hubiera intervenido precipitando la muerte de Helena Checkwick y arrojándose él mismo al infierno. Anne, ¿tú no te das cuenta? Es preciso desnudar los hechos, librarlos de la hojarasca que deforma su perspectiva. Un asesinato, esquemáticamente, no es más que la suma de una oportunidad y un motivo. Vamos a considerar la muerte de Helena Checkwick. —Jerrold tomó un lápiz y una cuartilla—. ¿Cuáles son los motivos en su caso? ¿Cómo podríamos clasificarlos en orden a su intensidad?

Escribió:

Nora Shannon	4
Steve Bradford	4
Leo Crawley	4
Milo Checkwick	3
<i>Ted</i>	2
<i>O'Toole</i>	
Nicko Adigio	1
Donald Bradford	1
Wingie Smithe	1

—Lee. Anne leyó.

—¿Otra vez Milo Checkwick?

—Estamos refiriéndonos a motivo, querida, no a oportunidad. ¿Tiene alguien mayor motiva para asesinar a una mujer rica que su propio esposo? En ocasiones. —Jerrold sonrió— ni que sea rica es necesario.

—Y viceversa.

—De acuerdo, y viceversa. Pero tú fíjate, Anne. He concedido a los tres primeros personajes cuatro puntos de motivo sobre cinco máximos. Tres a Checkwick, lo cual es mostrarse generoso. Dos a O'Toole,

porque no me convence la historia de una venganza tardía ni me fío demasiado de lo que declaró

O'Brien,

ese manco, que es una rata rencorosa. En fin, doy un punto a Adigio, Smithe y Donald Bradford porque lo que sabemos de ellos no me permite más. Aquí tienes el panorama.

—Ese panorama se limita a Helena. ¿Qué hay de Margie Roan?

—Sólo tres personas conocían a Margie:

O'Toole,

Adigio y Checkwick; pero hasta la fecha, ignoramos los motivos, si los hay que pudieron inducirles a asesinarla.

—¿Y Crawley?

—En cuanto a Crawley, Nicko Adigio figura con cinco puntos, o por lo menos con cuatro. Arriesguémonos a incluir a Wingie Smithe con uno o dos. Es posible que Wingie despachara al camarada barbudo para beneficiarse de sus chantajes en proyecto.

—Todo eso no me parece demasiado luminoso.

—Ayuda.

—¿A qué?

—A ver las cosas tal como son. Guarda un momento.

Jerrold empuñó de nuevo el lápiz y escribió durante unos minutos:

	Crimen 1.º		Crimen 2.º		Crimen 3.º	
	Motivo	Ocasión	Motivo	Ocasión	Motivo	Ocasión
Nora Shannon	4	4	Ignorado	1	0	0
Steve Bradford	4	3	"	3	Ignorado	3
Donald Bradford	1	3	"	3	"	3
Ted O'Toole	2	3	"	3	"	3
Nicko Adigio	1	3	"	3	"	3
Wingie Smithe	1	3	"	3	"	3
Milo Checkwick	3	0	"	0	"	0
Leo Crawley	4	3	"	3	0	0

Anne tomó la hoja y la estudió en silencio.

—Menudo adelanto —se burló, al fin—. Esto no nos dice nada y sigue pareciéndome muy poco luminoso. Ignoras casi todos los motivos y calificas las oportunidades con tres puntos. Es pobre.

—Los tres puntos significan solamente una oportunidad media. Tal es el caso de todos los ocupantes del vagón, excepto la señora Shannon. A ésta le corresponden cuatro puntos para el asesinato de Helena, puesto que ocupaba su mismo departamento, y uno para el de Margie, suponiendo que cuando la modelo murió, estuviese ya atada y amordazada.

—Atada y amordazada —repitió Anne—. Eso no concuerda con los cuatro puntos, jefe.

—Hay gente con raras habilidades psíquicas. —Jerrold mordía su pipa, pensativo—. También las hay que conocen trucos para atarse y amordazarse como si lo hubiera realizado otra persona. Las dos aptitudes, que yo sepa, no se excluyen entre sí.

—Luego, esa vieja chiflada pudo estrangular a Helena. La fuerza física de la señora Shannon...

—Eh, alto ahí. No estoy hablando de estrangulación: fue Crawley, está fuera de duda, quien mató, o remató, a Helena Checkwick. Pero alguien puso en su mano un tubo de carmín envenenado, Anne, no lo olvides.

—Me parecía recordar también que, según Wingie Smithe, Crawley salió de su departamento con un pañuelo y un bramante. Un pañuelo y un bramante se utilizaron para atar y amordazar a Nora Shannon. Pese a ello, en tu maravillosa tabla figura con dieciséis puntos, cuatro por cuatro, el máximo signo de culpabilidad.

—Es un puro ensayo teórico, querida.

—Y quienes la siguen son Crawley, que ha muerto, y Steve Bradford, que es nuestro cliente. Asombroso, jefe, de veras.

Jerrold cogió la cuartilla y la rasgó por la mitad.

—La prueba ha servido al menos, para establecer lo mucho que nos falta averiguar.

Anne, ¿quieres contestar a unas preguntas?

—Supongo que mi obligación es contestarlas.

—¿Por qué Nora Shannon anunció la presencia de la muerte en su pintoresca sesión de espiritismo? ¿Fue porque sabía de antemano lo que iba a ocurrir? ¿Fue casualidad?

—Esas preguntas no tienen respuesta.

—¿Encubre Nora Shannon a alguien? ¿Es cómplice de alguien? ¿Lo era de Leo Crawley? ¿Lo era del otro asesino?

Anne enderezó la cabeza.

—De modo que era eso lo que en realidad pensabas.

—Es una posibilidad como tantas otras. No obstante... no obstante, quiero ir a ver a la señora Shannon. Resultará divertido oírla hablar de serpientes otra vez. Dijo algo tremendo. —Jerrold se levantó— acerca de boas ferroviarias. No lo olvido.

* * *

El director del manicomio tenía la ceja derecha en arco y la izquierda caída sobre el ojo, lo que le daba un aspecto un tanto especial.

—Nora Shannon —declaró, cuando se enteró del objeto de la visita de Jerrold y Anne— no padece una psiconeurosis ni menos un psicosis en el sentido estricto de la palabra. Se trata de una personalidad psicopática cuya reclusión se me antoja hasta cierto punto superflua. Por descontado, la señora Shannon no es mentalmente normal pero no está lo suficientemente enferma para que nosotros la guardemos aquí, de modo que pensaba darla de alta dentro de unos días.

—Ese diagnóstico no la salvaría de una acusación de asesinato. El médico se sobresaltó.

—¿Pretende acusarla?

—No he dicho eso. ¿Está visible?

—Naturalmente —el psiquiatra alzó un momento la ceja, izquierda al nivel de la derecha—. Siempre que no se la excite...

—Descuide.

—Les acompañaré.

Abandonaron el despacho, recorrieron un desnudo pasillo, tomaron un ascensor, otro pasillo, y se detuvieron ante una puerta.

—Aquí es.

La señora Shannon reconoció a Jerrold inmediatamente, y dio débiles muestras de alegría. Se hallaba cómodamente instalada en un sillón, con una revista ilustrada entre las manos.

—¡Querido señor Kates! —cacareó—. ¡Cuánto le agradezco su visita! ¡Me siento tan sola en este lugar!

—¿No la cuidan bien? —preguntó Jerrold, mirando al médico de reojo.

—¡Oh, claro que sí! No se trata... ¿Quién es la señorita que le acompaña, señor Kates?

—Mi secretaria, Anne Hankey.

—Hola —dijo Anne.

El médico parecía sentirse incómodo.

—Señora Shannon. —Jerrold se aproximó resueltamente a la mujer— puesto que el incidente de que fue usted protagonista le impidió hacerlo antes, hemos venido con la esperanza de que nos procure algunos informes acerca de lo ocurrido en su departamento del expreso.

—Lo que usted quiera, señor Kates. No recuerdo nada.

—¿Nada?

—Eso es.

—¿Despertó usted con la sensación de que en la cabina había un intruso? ¿Le vio entrar acaso?

—No vi a nadie. Me encontré, de pronto, inmóvil, con los miembros doloridos. Luego, usted me auxilió.

—¿Sabe que Helena Checkwick y Margie Roan murieron asesinadas?

—Sí. Yo lo había presentido.

—¿Sabe quién las mató?

—No.

—¿Sabe por qué murieron?

—No.

—¿Vio usted a Helena Checkwick pintarse los labios antes de meterse en cama? Una luz fugaz se encendió en las pupilas de la señora Shannon.

—Sí, se arregló los labios. ¿Qué importa eso?

—¿De dónde tomó el tubo de rojo?

—No recuerdo... De su bolso, quizá.

—¿Se lo había dado alguien?

—¿Alguien? No, que yo sepa.

—¿Se lo dio *usted*?

—¡Oh, no!

Jerrold pensó un instante en las serpientes. Nora Shannon, al parecer, no se acordaba de ellas. Fueron sin duda una alucinación, algo que se fue y no volvería. Una lástima.

—¿En compañía de quién pasó Helena Checkwick el tiempo que transcurrió entre el fin de la cena y el momento en que se retiró a su cabina?

—¿En compañía de quién? —La mujer hizo un evidente esfuerzo para recordar—. Pues... conmigo, con la señorita... Roan, una vez con un hombre...

—¿Qué hombre?

—El de la cara roja.

—

O'Toole.

—Ése.

—¿Alguno le dio un tubo de labios?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Yo no lo vi.

—Usted conocía a Helena Checkwick, ¿no es verdad?

—Viajábamos juntas.

—Ya sabe a qué me refiero. La reconoció al entrar en el departamento, y sufrió una emoción muy fuerte. ¿Cuánto hacía que no la había visto? ¿Un año y medio?

El rostro largo y pálido de la señora Shannon parecía más pálido y más largo que nunca. Titubeó. Incluyó la cabeza.

—Sí, la conocía —admitió. Su voz sonó opaca—. ¿No la iba a conocer, si ella fue *la asesina de mi hijo*?

—Eh —terció el médico, asiendo a Jerrold del brazo. El detective se desasíó de un tirón.

—Usted ha contribuido a su muerte.

—No he contribuido —replicó, lentamente, la señora Shannon. Miraba al suelo—. Pero me alegro que muriese, vaya si me alegro. No hubiera movido un dedo por impedirlo.

—¿Quién la mató?

—No lo sé. Y si lo supiera tendría usted que disculparme, señor Kates: no lo diría. Jamás.

Había algo siniestro en aquella escueta declaración.

—¿No te lo dije?

Jerrold y Anne, de regreso, cruzaron el vestíbulo del hotel.

—¡Me has dicho tantas cosas!

—Esa mujer. Tiene el alma llena de telarañas, apesta a moho, a porquería milenaria, a qué sé yo. ¡Ella y sus condenados espíritus! Así reventasen todos de una vez.

Anne enarcó las cejas.

—¿Por qué esa barbaridad? ¿Te ha defraudado? ¿Esperabas sacarle algo con miga?

—Por lo menos con miga, sí.

—¡Señor Kates! —llamó el empleado de contaduría.

—¿Qué pasa?

—Han estado reclamándole insistentemente al teléfono, señor. El señor Barnaby. Dejó aviso de que le llamara usted a la redacción del «Herald» en cuanto llegase.

Jerrold tomó el teléfono.

—¿Barnaby? Esperó.

—¿Eres tú, Kates?

—Sí. ¿Ha habido alguna catástrofe?

—Para ti puede que sea una catástrofe. Estás trabajando para Steve Bradford, si no me equivoco.

—En efecto.

—Bueno, Briggs le ha detenido.

—¿Qué?

—Acusado de asesinato. He supuesto que te interesaría.

CAPÍTULO XI

Briggs tenía los pies encima del escritorio, y leía un largo informe mecanografiado. No prestó a Jerrold la menor atención hasta que terminó de leer.

—¿Y bien?

El detective golpeaba con su pipa el brazo del sillón.

—¿Y bien qué? Ya sabe a qué he venido: tiene usted a Bradford entre rejas. No me gusta ver a la policía en ridículo, de modo que suéltele.

—¿Le asusta perder sus dietas?

—Nadie ha hablado de mis dietas.

—Bradford está inculpado de asesinato, Kates.

—¿De los tres?

—No sea usted cerril. De uno, el de Helena Checkwick. Si quiere que le acuse de los tres tendrá antes que demostrarme qué relación existe entre ellos. O yo soy ciego, o no sé verla.

Jerrold se metió la pipa en la boca.

—Bueno, cuénteme. Los errores ajenos siempre le sirven de lección a uno. Briggs colocó los pies sobre un montón de legajos.

—¿Usted no se interesa por las finanzas?

—A medias.

—Debiera saber lo que está ocurriendo en los círculos bancarios de Chicago. Cualquiera diría que obedece a una maniobra preparada con mucha antelación, que ahora se desarrolla rápidamente etapa tras etapa, por horas, casi por minutos. El «Banco Bradford Oeste» se ha lanzado abiertamente a la lucha. El Consorcio se ha reunido, las pequeñas firmas han capitulado y de un momento a otro va a nacer el *trust*. El «Banco Haltham» se tambalea. Si no se toman urgentes medidas cundirá el pánico, y

usted verá cómo se hunde. Ha sido un golpe maestro, Kates, asestado en el instante propicio, que ha tomado a la junta del «Haltham» sin preparación y a Steamer, el nuevo gerente, sin iniciativas por desarrollar. Bradford ha desplegado un plan completo, metódico y ordenado, al que nada se ha podido todavía oponer. Una ofensiva en terreno desguarnecido.

El teniente calló. Jerrold le miraba fijamente.

—Quiere usted decir que eso no hubiera ocurrido de no morir Helena Checkwick.

—Quiero decir más. Las circunstancias revelan que la ofensiva estaba a punto, prevista en sus más nimios detalles, a la espera de que Helena muriese. Luego, *Helena tenía que morir*. Y ha muerto.

—¿En ese cálculo descabellado basa usted su acusación?

—Lo que usted llama cálculo descabellado me da la convicción moral de que estoy en lo cierto. Por otra parte, alguien, indirectamente, ha acusado a Steve Bradford de asesinato, y es alguien con motivos para saber la verdad.

—¿Quién?

—Donald, su hijo. Kates, ¿usted tiene nociones de psicoanálisis?

—Tantas como de ciencia financiera.

—Pues, bien, el psicoanálisis se vale de la interpretación de los sueños para escudriñar lo que cualquier individuo lleva escondido en el fondo del alma. He hecho que me interpretaran el sueño de Donald Bradford. Ha resultado de un significado luminoso.

—Por Dios, Briggs...

—Cállese. Ese sueño es la expresión de un sentimiento de culpabilidad. Al soñar que mataba a Helena, el muchacho daba salida automática a un deseo subconsciente, es decir, *deseo a matarla*. Pero todos sabemos que es un iluso y, encima, que estaba enamorado de esa mujer, de modo que no podía sentir ese deseo bajo un punto de vista objetivo. Lo que ocurre es que estaba enterado subconscientemente de que la había matado su padre, y él quería a su padre y reaccionó con una nobleza ejemplar. Así, se presentó a sí mismo culpable. No de un modo consciente, entiéndalo. Todo ello se producía sin la menor deliberación, automáticamente, a contrapelo incluso de su voluntad. Y le advierto. —Briggs agitó un dedo en dirección al detective que la interpretación de los sueños tiene una base absolutamente

científica.



—Me deja usted atónito.

—No se burle.

—No me burlo. Lo que ocurre es que no entiendo cómo con razones tan subjetivas se ha atrevido usted a enchiquerar a un hombre tan importante como es Steve Bradford.

—¿Razones subjetivas? No, amigo. Una vez aclarada la intervención de Leo Crawley en el asesinato, éste aparece con su verdadero color: un tubo de labios impregnado en cianuro, un concreto propósito de matar, una fría premeditación, un cálculo matemático. Esto retrata a Bradford, refleja su ambición, y es exactamente lo que debe ser: el paso previo a una gigantesca

operación bancaria que le producirá millones. Steve Bradford, entre los presentes en el vagón, era quien disponía de motivo más poderoso. De la oportunidad no hay ni que hablar: meter un tubo de carmín en el bolso de Helena no debió ser cosa del otro jueves. Por último, me gustaría que hubiera usted visto la cara de Donald cuando detuvimos a su padre. Lo decía todo.

—Muy bien. No obstante, Briggs, usted se equivoca. ¿Por qué, además de a Helena, mató Bradford a Margie y a Crawley?

—Si se empeña en relacionar los tres crímenes, no se me ocurre más que un motivo: ambos fueron testigos del asesinato. En otras palabras, le vieron poner el tubo de labios al alcance de la mano de Helena Checkwick, Bradford se dio cuenta de que lo veía Margie, pero no Crawley. A ella la mató ya en el tren. A Crawley, aquí, cuando quiso hacerle un chantaje. Esto concuerda exactamente con lo que usted mismo me sugirió: Crawley, al sorprenderle en su habitación, creyó que usted trabajaba para Bradford. Pero, óigame bien, Kates; yo *no* admito esta suposición. He detenido a Steve Bradford únicamente por el asesinato de Helena Checkwick. He iniciado también mi ofensiva. Los resultados, antes de que llegue la noche, le sorprenderán.

—¿Usted no acusa a Bradford de matar a Margie y a Crawley?

—No.

—Dios mío, va usted a armar un lío del demonio. Bradford interpondrá un *habeas corpus* que le tumbará de espaldas.

—No lo hará si curso la acusación. Y lo he hecho.

—¿Sin pruebas materiales?

—Ya aparecerán. Tal como yo veo el caso, ahora mismo, sin más, a cualquier jurado le causaría quebraderos de cabeza.

Jerrold suspiró y se puso en pie.

—Usted se lo guisa y usted se lo come, Briggs, qué remedio.

—No se preocupe, esto no es más que el principio. Tengo a mis hombres trabajando a alta presión. Si las cosas suceden como espero, va usted a subirse por las paredes del susto, dentro de muy poco.

Jerrold dirigió al teniente una mirada recelosa.

—Parece como si se hubiera usted chiflado. Briggs rió.

—¡Oh, no! Tengo prisa, nada más.

El detective empezó a andar hacia la puerta.

—Procure no tener demasiada. Quisiera hablar con Donald Bradford, y luego puede que también con su padre. ¿Me da sus señas?

Briggs se las dio.

—El padre está aquí —añadió—. Abajó.

—Lo supongo.

Jerrold salió del despacho con el entrecejo fruncido.

* * *

A Jerrold le pareció que Donald Bradford ponía en su casa más cara de tonto que en el tren. Le recibió en la biblioteca y se apresuró a servirle un *highball*, pero estaba tan nervioso que mirarle no daba el menor gusto.

—Precisamente me ha pedido mi padre que hable con usted —declaró—. Le he llamado al hotel hace poco, y no estaba. Su secretaria me aseguró que le avisarla.

—¿Sí? —Jerrold estudió el *highball* a contraluz—. ¿De qué quiere su padre que hablemos?

—No, no precisamente... Bueno, lo que él quiere es que haga usted algo, pronto. Está moviendo a sus abogados, pero... pero no basta...

—No basta, en efecto.

—Mi padre se encuentra en una situación muy difícil.

—Un momento, señor Bradford. —Jerrold dejó el *highball* sobre la mesa para sacar su pipa—. Hablemos claramente. ¿Cómo no va a estar su padre en situación difícil y cómo va a hacerse algo por él si su propio hijo es el primero en creer en su culpabilidad?

—¿Su... hijo? ¿Yo? —Donald palideció—. ¿Qué quiere usted decir?

—Su padre es inocente del asesinato de Helena Haltham.

—¿Quién lo duda?

—Usted. Usted, amigo, sospechaba ya la intención de su padre incluso antes de que Helena muriese. Los acontecimientos, simplemente, se lo han demostrado hasta la saciedad. ¿Es así?

—No —susurró el joven.

—¿Es así? —insistió Jerrold ásperamente.

Donald se quedó inmóvil. Luego, en silencio, asintió.

—Ya sabía yo que no me equivocaba. Usted amaba a Helena, ¿no?

—Sí.

—Su padre —el tono de Jerrold era afirmativo— la amaba también.

—Sí. Pero le ruego...

—¿Tuvieron algún disgusto por causa de ella?

—Discutíamos de vez en cuando.

La voz de Donald era apenas audible.

—¿También discutieron la noche del crimen?

—Cambiamos unas palabras violentas.

—Perfectamente. —Jerrold volvió a tomar el *highball* y vació la mitad de un trago—. Ahí está la raíz del problema psicoanalítico. Briggs se cree muy listo, ¿sabe usted, Donald? Pero no lo es tanto como parece.

—¿De qué está usted hablando?

—El teniente Briggs se hizo interpretar el sueño que usted tuvo aquella noche. Según él, es la expresión de un deseo de matar a Helena Checkwick para cargar con la responsabilidad de su padre. Usted sabía subconscientemente que su padre la había asesinado, y trataba de protegerle a su modo.

A Donald le temblaron los labios.

—Yo no sabía nada de eso.

—He dicho que lo sabía *subconscientemente*, fíjese bien. Pero ni siquiera es así; Briggs está en un error. Usted sentía celos de su padre, hay que remontarse a ello para entender la cosa. Este sentimiento se sublimó en su subconsciente, y dio origen a otro de odio. Como es natural, reprimió el odio. La represión le llevó a sospechar de su padre, y la reacción defensiva contra esta sospecha fue la que provocó el sueño. Claro como la luz del día.

Donald abrió la boca.

—¿Todo eso pasó dentro de mí?

—Si.

—¿Sin que yo me enterase?

—Naturalmente.

—Sin embargo. —Donald se mesó los cabellos— yo sentía miedo, estaba asustado. Tenía la sensación de que mi padre había matado a Helena, es verdad. Me parecía leerlo en sus ojos.

Jerrold rió.

—Usted soñó que la estrangulaba en medio de una tempestad de odio... una escena violenta, de pasiones desenfrenadas. ¿Es así cómo se imaginó que su padre cometía el crimen?

Donald se estremeció.

—Yo no imaginé nada... entiéndalo... era...

—¡Qué ingenuidad! En el asesinato de Helena no hubo ni sombra de pasión. Fue un acto frío, calculado, inhumano. Usted sabe ahora que la envenenaron con cianuro, disimulado en un tubo de rojo y que, de acuerdo con la declaración de Wingie Smithe, fue Leo Crawley quien la estranguló. A su padre, en el peor de los casos, ni siquiera se le puede acusar de asesinato. De intento, a lo sumo: Helena murió a manos de Crawley, no cabe duda.

Donald pareció más alegre.

—Eso es cierto.

—Aunque sea cierto. —Jerrold apuró el *highball*— ¿desde cuándo preparaba su padre la operación bancaria que acaba de realizar? ¿Desde cuándo tenía previsto asestar un golpe al «Banco Haltham»?

—¿Le acusa usted otra vez?

—¡No!

—Es usted desconcertante.

—Contésteme.

—Mi padre... contaba con tener algún día en sus manos el *trust* bancario de la ciudad. Era un proyecto en el aire. Lo hubiera llevado a cabo de casarse con Helena, pero, no siendo así... quedó pendiente. No puedo informarle acerca de esto. No me he ocupado del Banco jamás.

—Existe una ley contra el *trust*.

—Llámelo de otro modo, si gusta. Además, a la ley, existen muchos modos de burlarla. Jerrold asintió.

* * *

—Steve Bradford tenía doce puntos en tu famosa tabla de culpabilidades —dijo Anne, sonriendo—. Figuraba a continuación de Nora Shannon y al mismo nivel que Crawley; tú mismo le pusiste allí. No puedes quejarte si el teniente Briggs te ha arrebatado la

iniciativa. Oh, por cierto, te ha llamado Adigio. Quiere que te pongas en contacto con él urgentemente.

—¿Nicko Adigio? —Jerrold se desperezó—: ¿Qué pasará? Anne, ¿le tomarías tú como cliente?

—Si pagaba bien, ¿por qué no?

Jerrold se dirigió al teléfono. Localizó al *gángster* en el «Cocoanut».

—¿Pedía usted por mí?

—¿Es usted Kates?

—Sí.

—Tengo entendido que está usted a partir un piñón con el teniente Briggs.

—En efecto.

—Pues adviértale que se quede quieto, o va a haber tomate y él lo sentirá. Dígaselo en plan de amigo. Si lo consigue, tendrá usted una buena propina. A Nicko Adigio nadie le ha llamado nunca tacaño.

—Me habla usted en chino.

—¿No lo sabe? Briggs va a detenerme de un momento a otro acusado del asesinato de ese piojo de Crawley. No se lo impediré, no se trata de eso. Pero luego que no proteste Briggs si se arma la gorda y él pierde su placa. Sería mucho mejor para todos que no estallase la guerra.

—¿Usted hizo matar a Crawley?

—Yo nada tengo que ver con eso.

—Bueno, veré lo que consigo de Briggs. —Jerrold manoseó pensativo el teléfono—. Me gustaría, además, hablar con usted extensamente, Adigio. Nos conviene a los dos.

—No ahora, estoy ocupado.

—Más tarde. ¿Le encontraré en el «Cocoanut»?

—Sí.

Jerrold cortó la comunicación, y llamó a Briggs al Departamento de Policía.

—¿Está usted loco? —exclamó, cuando tuvo al teniente al otro extremo del hilo—. ¿Es cierto que se propone detener a Adigio? ¿Quiere que el mundo se hunda bajo sus pies?

Briggs dejó oír una carcajada metálica.

—Adigio es el segundo paso.

—¿Hacia el infierno?

—Hacia la solución definitiva del problema. He averiguado ya lo que hizo Leo Crawley la noche que murió, Kates. No ofrece dudas: se fue a ver a Adigio. A la una de la madrugada estaba en el «Cocoanut Grove». No se ha sabido más de él. Es evidente que intentó el chantaje, y le salió el tiro por la culata.

—A quien le saldrá el tiro por la culata es a usted.

—¿Sí? Espere a que esto acabe. Dentro de muy poco, dentro de media hora a lo sumo, completaré el trío y tendré aquí al asesino de Margie Roan. Esto sí que le sacará de quicio a usted, ¡menuda sorpresa!

—Espere, Briggs. No se precipite. Haga lo que guste, pero deje a Adigio en paz, por lo menos hasta que yo hablé con él. Es poco tiempo. Concédame este favor, se lo suplico.

Briggs murmuró algo ininteligible.

—¿Qué dice?

—Le doy una hora.

¡Una hora!

—Sí, tengo ganas de acabar, Kates.

Jerrold colgó el teléfono y se restañó con un pañuelo el sudor que le perlaba la frente.

CAPÍTULO XII

Jerrold esperaba que Adigio le recibiese en un lujoso despacho, vestido de etiqueta, fumando en boquilla y acompañado de sus guardaespaldas, y no fue así. El *gángster* se encontraba solo, con ropas de calle un tanto desaliñadas, sentado en uno de los escabeles del bar del «Cocanut». Miraba hacia la orquesta. Ésta interpretaba en aquel momento un caliente ritmo cubano.

—Beba usted algo —invitó, cuando el detective se sentó junto a él. Jerrold pidió un escocés con soda.

—No he conseguido de Briggs más que un respiro —declaró. Adigio enarcó las cejas.

—Le creí capaz de más.

—Lo soy. Si no queda otro recurso, iré y le contaré una porción de cosas que le abrirán los ojos. Son todavía prematuras, pero es posible que le convenzan. No obstante, antes quiero que me cuente algo usted.

—Según lo que sea.

—Leo Crawley estuvo aquí, en este local, poco antes de morir. ¿Es cierto?

—Estuvo —asintió el *gángster*.

—Vino a verle a usted.

—Sí.

—Le pidió dinero. Intentó un chantaje. Adigio movió negativamente la cabeza.

—No hubo chantaje. Cannon, o Crawley, me sondeó. Buscaba comprador para un secreto que afectaba a otra persona. Estaba asustado. Como no me gustan los hombres asustados, le despaché. No quise oírle.

—Es decir, Crawley se proponía venderle a usted la base para un

chantaje contra cierto individuo. ¿Quién era éste?

—No le mencionó.

—¿En qué consistía el secreto?

—Tampoco lo mencionó. Le he dicho que le despaché enseguida, Kates; no sea usted obstinado. Yo no pierdo el tiempo en minucias, y Cannon no tenía cara de ofrecer nada mejor.

—¿Se dio a conocer?

—No.

—Pero usted le reconocería.

—¿Cómo quiere que le reconociese? Jamás vi a Leo Crawley, salvo en las fotos que publicó la Prensa.

—No merece la pena engañarme, Adigio.

—No le engaño.

—Sin embargo, Crawley tenía algo contra usted; algo tan importante que le indujo a volver del Canadá y inutilizarlo. Lo ha confesado Wingie Smithe: Crawley regresaba con el exclusivo propósito de hacerle un chantaje a usted. No cabe duda.

Una vaga sonrisa aleteó en los labios del *gángster*.

—En efecto. Pero yo no sabía que Cannon era Crawley cuando vino a verme. El ni siquiera lo dejó entrever.

—Luego, ¿es verdad lo del chantaje?

—Sí —replicó tranquilamente Adigio.

Jerrold se humedeció los labios con la lengua.

—Por Dios, usted me volverá loco. Adigio rió.

—No tengo inconveniente en contarle la historia, porque se ha vuelto ya completamente inofensiva. Ocurrió hace nueve años. —El *gángster* sacó una pitillera de oro y tomó un cigarrillo—. ¿Me da fuego? —Encendió, y despidió un doble chorro de humo por la nariz—. Es curioso cómo se encadenan al azar las circunstancias. Hace nueve años le estafé ciento veinte mil dólares a un primo que vino a Chicago a comprar terneros. Fue un trabajo limpio, pero al hombre le escoció. Consultó a un abogado. Había papeles de por medio, la única pega, y el abogado, que no era tonto, se las ingenió para sacar partido de ellos. No se fíe usted nunca de los papeles, Kates. Bueno, el «Banco Haltham» había intervenido en la operación y los papeles estaban allí. La cosa se puso al rojo vivo. Y luego, de pronto, Leo Crawley vació la caja particular del viejo Haltham y le cosió a balazos. Aquello lo cambió todo. Cuando la situación del

Banco se normalizó, los papeles no aparecieron. El primo y su abogado agarraron una rabieta, pero fue inútil. Ni siquiera podía probarse que el viejo Haltham los tuvo en su poder. El asunto se murió solo.

Jerrold estaba pendiente de las palabras de Adigio.

—Eso significa que los robó Crawley, que no fue únicamente dinero lo que se llevó.

—Imaginé que habría ocurrido así —asintió Adigio—. Crawley registró la caja, encontró creo que veinte mil dólares, y encontró también mis papeles, que valían tanto o más. Se los guardó, no iba a desdeñarlos. Sin embargo, en nueve años, ni él ni el asunto de los terneros dieron señales de vida. Supuse que no las darían de no encontrarse Crawley muy apurado, porque hacerlo equivalía a delatarse, o por lo menos a correr el riesgo de ir a la silla eléctrica acusado de la muerte de Haltham, y me confié. Al fin, como usted ve, no ha pasado nada.

—¿Por qué no? ¿Qué ha sido de los papeles? Si usted me cuenta esas cosas será porque no pueden perjudicarlo.

Sonriendo, Adigio sacó del bolsillo interior de su chaqueta un sobre de papel manila y lo agitó ante los ojos del detective.

—Los papeles están aquí. En cuanto me he enterado de que Cannon era Crawley he tomado mis medidas. Usted habrá oído decir, Kates, que mis tentáculos llegan hoy muy lejos. Nueve años no han transcurrido en balde.

—Los ha hecho rescatar.

—Naturalmente.

—De manos de la policía. Adigio hizo una mueca.

—Digamos que de la habitación de Crawley en el «Middlewest». Esto no compromete la reputación de nadie.

—¿Sabe que estuve a punto de encontrarlos yo?

—Qué lástima, ¿verdad, Kates?

Jerrold cogió su escocés, lo apuró y se quedó mirando el fondo del vaso.

—Admitiendo que Crawley viniese a ofrecerle un chantaje, ¿por qué le parece que lo haría? ¿Por qué no lo acometió el mismo?

Adigio se encogió de hombros.

—Yo veo así la cosa. Crawley, contando con Wingie Smithe como cómplice, iba a hacerme el viejo chantaje a mí, pero encontró

algo mejor, menos expuesto, y decidió dejar lo mío para más tarde; luego se achantó, quizá porque en lugar de una víctima propicia encontró un hueso duro de roer; pensó, como recurso, venderse la prebenda y vino a ofrecérmela, quizá porque yo era el personaje que tenía más a mano, o porque la prebenda, con el sujeto prevenido y en guardia, se había convertido en un saldo inútil. Endosarme un saldo hubiera sido una satisfacción para él.

Jerrold movió muy despacio la cabeza.

—Seguramente. Supongamos que Crawley hubiera sido testigo de uno de los asesinatos cometidos en el tren, o de los tíos, aparte ser a medias el protagonista del de Helena Checkwick. Si le vendía la información a usted, había que contar con él como testigo en el posible juicio; es decir, al asesino se le amenazaría con ello. En tanto, Crawley no corría peligro bajo su protección, no le alcanzarían las represalias. Usted ignoraba que en la operación había mucho mar de fondo; ahora, bien, en cuento usted hubiese pagado, su protección le importaría a Crawley un comino: tomaría el portante y se volvería a sus bosques del Canadá a reemprender los ruinosos negocios abandonados. Así lo planearía, creo yo.

—Sí —musitó Adigio.

—¿Cómo reaccionó cuando usted se negó a atenderle?

—Se asustó más. Lloriqueó. Dijo que volvería. Le contesté que perdía el tiempo, y uno de mis muchachos le echó a la calle.

—Y en la calle le recogió quien le mataría. Adigio abanicó el humo ante su rostro.

—Bueno, al fin y al cabo, ¿qué? Matarle fue una medida de higiene. Jerrold suspiró.

—De acuerdo —se sacó la pipa del bolsillo—. Ahora está todo mucho más claro. Confío en que convenceré fácilmente a Briggs. Otra cosa —se metió la pipa en la boca—; otra cosa todavía, Adigio. Usted conocía a Margie Roan, ¿no es así?

El *gángster* asintió burlonamente.

—Sí.

—¿Por qué lo negó en el tren?

—No tenía el menor interés en aparecer relacionado con una zorra como ella. Por otra parte, era una amistad superficial, no suponga...

—¿Cómo era Margie?

- Ya la vio: un bombón.
- ¿Moralmente? Adigio hizo una mueca.
- Como tantas.
- ¿Le gustaba el dinero?
- Para el dinero era una esponja, eso sí.
- ¿Hasta qué límite era una esponja?
- Sin límite. No se hubiera empapado nunca.
- Eso no es precisamente una recomendación.

El *gángster* se encogió desdeñosamente de hombros. Inopinadamente, sacó del bolsillo un fajo de billetes, separó uno de cien dólares y lo empujó hacia Jerrold por el mostrador.

—Usted sí se empapará, supongo. Ahí va su anticipo. Habrá cuatro más si no estalla la tormenta. Y no le de a esto una interpretación torcida, Kates. Me hago viejo y quiero vivir en paz; eso es todo.

Jerrold no tocó el dinero.

—Buenas noches, Adigio. El aspecto económico de la cuestión solvéntelo con mi secretaria... cuando el caso termine. Porque no ha terminado aún, ¿sabe usted?

* * *

Briggs tenía sobre la mesa una botella de cerveza y un enorme pastel de carne.

Mascaba un bocadillo casi tan grande como el pastel.

—¿Qué quiere usted? —inquirió, cuando Jerrold entró en su despacho.

—Un salvoconducto para ver a Steve Bradford —replicó el detective.

—No sea bobo. ¿Le apetece un trozo de pastel? Jerrold se sentó y le examinó recelosamente.

—Teniente, ¿qué le pasa?

—Nada. —Briggs rió con la boca llena de pan—. Me hincho de comer y me iré a dormir doce horas seguidas. Carpetazo al asunto, ¿entiende? Se acabó. Mañana, a por otro.

—Ha bebido demasiada cerveza. Deme el salvoconducto, por favor.

—No le servirá de nada.

—Briggs, me irrita usted los nervios. Briggs lanzó otra carcajada.

—¿No lo entiende todavía? ¡El caso ha terminado!

—¿Qué caso? —preguntó Jerrold cansadamente.

—Los tres. Tengo a Steve Bradford abajo, detenido por el asesinato de Helena Checkwick. Dentro de diez minutos —el teniente consultó su reloj— expira el plazo que le he concedido a usted antes de echarle mano a Nicko Adigio por la muerte de Crawley. Y abajo también, desde hace unos instantes, está entre rejas el pájaro que le rompió la cabeza a Margie Roan.

—¿Quién es?

—No me diga que no lo sabe: usted mismo, con sus alusiones, le señaló. Mis hombres se han limitado a trabajar de acuerdo con lo que usted indicaba. El resultado ha sido asombroso.

—Yo le señalé... —susurró Jerrold.

—*Es Milo Checkwick.*

El detective se quedó inmóvil.

—De modo que ha detenido al doctor Checkwick. ¿Eh? Briggs usted está dando palos, de ciego. De todo esto resultará un cataclismo.

Briggs atacó el pastel de carne.

—¿De veras no quiere un trozo de pastel?

—¡No!

—Bueno, espere a que se lo cuente todo, de pe a pa. Es tan sencillo que da risa. Antes, contésteme, ¿de veras no sabe de qué le voy a hablar?

Jerrold encendía su pipa.

—Cuéntelo.

—O. K. Usted lo sugirió, Kates. Usted hizo que me fijara expresamente en el cristal roto del departamento número cuatro; usted me pidió que averiguase si el expreso se detenía en algún lugar entre las dos y las tres de la madrugada. Bien, pues sí se detiene: el lugar se llama Hutton Hill, y allí espera el expreso la conexión con el San Luis-Nueva York. Suelen ser pocos minutos, pero se detiene. Hutton Hill es sólo un modesto nudo ferroviario, con una pequeña estación de transbordo y nada más. Naturalmente. —Briggs empujó gatzate abajo un trozo de pastel con un trago de cerveza— lo que usted quería al referirse al cristal roto era que yo me diera cuenta de que los fragmentos desprendidos se hallaban *en*

el interior del departamento. En efecto, se hallaban, en el interior. Esto significa que el golpe fue descargado *desde fuera*. Unido a la parada del expreso y a la hora en que se cometió el crimen, la idea resultante es que *Margie Roan fue asesinada en Hutton Hill por alguien ajeno al tren.* Era esto lo que usted pensaba, ¿no?

—Siga —replicó Jerrold, impasible.

—Supongo que no ignora de qué modo ha bailado Milo Checkwick siempre en torno a las mujeres bonitas, hasta que pescó una, además de bonita, millonaria. Pues, bien, una de sus debilidades fue Margie Roan. No le sorprende, Kates, ¿verdad que no?

—Sé que la conocía.

—Y muy íntimamente, y siguió conociéndola después de haberse casado. Milo frecuentaba Nueva York, cómo no, si hay allí tantas damas deslumbrantes. Pero el romance, en su última visita, parece que acabó. Es decir, había terminado en la penúltima: durante la última ya no se vieron. Mala cosa para Margie, a quien Milo interesaba, y mucho, especialmente ahora que nadaba en la abundancia. Ensayó todos los medios de atraérselo y fue en vano. Entonces, recurrió al chantaje. Milo vivía cómodamente, no quería quebraderos de cabeza. El chantaje fracasó. Irritada, dispuesta a forzar la situación. Margie consiguió de «Rescue's»

que la enviaran a Chicago, le mandó un ultimátum a Milo y tomó el tren. El ultimátum produjo un efecto inverso al que ella se proponía: Milo salió al encuentro del expreso en Hutton Hill y la mató. ¿Cómo lo hizo? Muy sencillo. En primer lugar, hay una docena de métodos, que todos los periodistas, entre otros, emplean, para averiguar por telégrafo o por teléfono la cabina que en un coche-cama ha adquirido un determinado personaje. En segundo, es muy fácil situarse en el largo y oscuro andén de una estación solitaria, llamar la atención del ocupante del departamento, repiqueteando en el cristal de la ventanilla, y descargarle un golpe en la cabeza con un objeto duro cuando la abra. Es igualmente fácil que el golpe alcance el cristal y lo rompa. —Briggs, satisfecho, apuró la cerveza y se secó los labios en el dorso de la mano—. Ahí tiene. ¿No era más o menos eso —insistió —lo que usted pensaba?

Jerrold se había quedado pensativo.

—No —repuso secamente—. ¿Cómo sabe usted que Margie intentaba hacer víctima a Checkwick de un chantaje?

—Lo he deducido de los informes de Nueva York.

—¿Qué decían esos informes? ¿Algo concreto?

—Relataban —las relaciones entre Margie y el doctor. Léalos—. Briggs registró un cajón de su mesa, y sacó unas tiras de teletipo. —Léalos y juzgue.

Jerrold los leyó, y luego sacudió la cabeza.

—Es insuficiente. No toca usted bien el tema, Briggs. Su historia no resiste una crítica a fondo.

—Aguarde, ahora viene lo mejor.

—¿Hay más?

—Supongo que una de las razones de que mi historia no resista una crítica es la presencia de Checkwick en un lugar tan lejano e insólito como Hutton Hill a las tres de la madrugada. Pues agárrese, Kates: Milo Checkwick tiene una avioneta.

—No basta.

—Sí, basta. Cerca de Hutton Hill se encuentra el campo de aterrizaje del Eagle Aero Club. Una avioneta de características idénticas a la de Checkwick tomó tierra allí aquella noche, y su piloto, que conservaba el casco y las gafas puestos, le alquiló al cuidador del campo un *jeep*. Estuvo ausente poco más de media hora, regresó y reemprendió el vuelo. El mecánico que cuida del hangar privado de Checkwick dice que no se enteró de cuándo salía, pero asegura, en cambio, que volvió alrededor de las cinco menos cuarto de la mañana. Checkwick no solía realizar vuelos nocturnos.

Jerrold mantenía la mirada fija en un punto indeterminado.

—Le felicito, Briggs. Sus hombres han trabajado a maravilla.

—¿Se convence ahora?

—No. A pesar de todo, a pesar de que, entre las tres que ha bosquejado, la acusación contra Checkwick es la que ofrece más consistencia, está usted en un tremendo error. No comprendo cómo no se da cuenta usted mismo.

—Por Dios, Kates...

—¿Dice que Checkwick está abajo? ¿Y también Bradford?

—Los dos.

—Permítame usar el teléfono.

Jerrold descolgó el aparato y marcó con gestos bruscos el

número de su hotel. Pidió por Anne.

—¿Y bien, jefe?

—Anne, a trabajar. Moviliza a Ted

O'Toole,

a Nicko Adigio y Donald Bradford, y tráelos en el plazo más breve posible al Departamento de Policía, despacho del teniente Briggs.

Ven tú con ellos.

Colgó y marcó un número nuevo: el del «Chicago Herald».

—¿Barnaby?

Briggs le asió rápidamente del brazo.

—Eh, ¿qué se propone? ¿Un reportero? Yo no tolero exclusivismos.

—En este caso los tolerará: Barnaby es algo así como mi agente publicitario. Y lo que voy a hacer necesita mucha, muchísima publicidad. Va a ser sonado. O triunfo o me hundo, pero lo que sea sonará. Barnaby se puso al aparato.

—¿Quién?

—Soy Jerrold Kates. Ven inmediatamente al Departamento, despacho del teniente Briggs. Volando, Barnaby.

Antes de que terminase, el reportero había cortado la comunicación.

CAPÍTULO XIII

Todos estaban allí, sentados en círculo: Steve y Donald Bradford, Ted

O'Toole,

Nicko Adigio, Milo Checkwick e incluso Wingie Smithe. Jerrold, apoyado en el escritorio del teniente, los contemplaba con una sonrisa de satisfacción. A su derecha se hallaba Anne. Al fondo, Barnaby, con un cuaderno estenográfico en la mano y el *flash* pendiente del hombro. Briggs, sentado detrás de su mesa, ponía cara de pocos amigos. Detrás de Checkwick, de Bradford y de Smithe había cuatro agentes uniformados. En el despacho no cabía absolutamente nadie más.

—Se han cometido tres asesinatos —comenzó lentamente el detective— que en mayor o menor grado, a cuantos nos encontramos aquí nos afectan. Les he reunido porque considero a cada uno con derecho a aportar su iniciativa, si la poseen, para el definitivo esclarecimiento del caso. Hubiera deseado que asistiera también la señora Shannon, pero ni su estado lo permite ni, en realidad, tiene nada que hacer aquí. Ella quede al margen. Presintió lo que ocurriría, por efecto de su capacidad de reacción frente a los impulsos psíquico; y de la tensión emocional a que el encuentro con Helena Checkwick la acababa de someter, y nada más Nora Shannon se ha retirado de escena.

»Antes de continuar. —Jerrold procedió a encender su pipa— estableceremos un supuesto previo fundamental: se han cometido tres asesinatos, pero el asesino es uno solo. Desde que esto empezó lo he remachado una docena de veces. Por lo que respecta a Helena Checkwick y Margie Roan, la coincidencia de lugar y tiempo es demasiado grande para permitir otra hipótesis. Ciertamente que intervino Crawley y deformó las circunstancias. No importa: la coincidencia subsiste. En cuanto al propio Crawley, volvía de su destierro tan

desfigurado que una única persona era capaz de reconocerle: Helena, la hija de su víctima, la que le vio distintamente matar al viejo Haltham en el despacho del Banco, y nunca lo olvidó. Crawley viajaba en el mismo vagón que Helena, ésta fue asesinada, él la estranguló; estando ambos tan trágicamente relacionados, ¿cómo iban a estarlo sus respectivas muertes? Ciertamente, lo estaban: con una relación de tiempo y motivo. Admito que este motivo no se veía al principio con suficiente diafanidad, pero, para el hecho en sí, esto importa poco».

Jerrold calló, y comprobó que su auditorio le escuchaba con manifiesta atención.

—No es necesario profundizar en la estrangulación de Helena por Leo Crawley —prosiguió— puesto que Wingie Smithe, aquí presente, ha dicho al respecto cuanto había que decir. Empero, considerada la hipótesis de un asesino único, caben las siguientes preguntas: ¿Crawley mató también a Margie Roan? ¿Se suicidó después? No, no se suicidó: nadie se suicida hincándose un estilete en la nuca y deshaciéndose de él después de muerto, al borde de una solitaria carretera. Es decir, el asesino es otra persona; otra persona lo bastante estúpida para no haberse aprovechado de las circunstancias de modo que la muerte de Crawley pareciese un suicidio y el caso, expresémoslo así, se mordiera la cola. Esto nos lleva a una clarísima conclusión: la persona que mató a Crawley, primero, no sabía que aquel hombre barbudo y selvático era, nueve años antes, el cajero del.

«Banco Haltham» que acribilló al padre de Helena; segundo, y como consecuencia, no se le ocurrió que fuese también él quien la había estrangulado. Debo añadir algo más: este asesino, esta persona, se encuentra ahora entre nosotros.

Hubo un tenso silencio. Nadie miró a nadie. Jerrold sonrió.

—Lo primero que establecí para reconstruir el caso de acuerdo con la lógica —siguió diciendo— fue que, de los tres asesinatos, el de Helena Checkwick era el principal, y secundarios los dos restantes. A continuación concreté la importancia de que la muerte de las dos mujeres se hubiera producido aproximadamente a la misma hora. Piensen un poco en Leo Crawley, intenten ponerse en su lugar: va a cometer un crimen, lo comete, lo ha cometido. Son alrededor de las tres de la madrugada, pero un hombre que se

encuentra en sus condiciones no duerme. ¿Se dan cuenta? Crawley estaba despierto, angustiosamente despierto, cuando Margie Roan murió. Más tarde señalaremos que esto se produjo en el apeadero de Hutton Hill, mientras el tren se hallaba detenido y desde el exterior del vagón. Lo que interesa ahora es que Crawley, despierto y alerta, como digo, oyó el golpe que le dieron a Margie y el estrépito del cristal de la ventanilla de su departamento al romperse. No tuvo más que asomarse al exterior para descubrir al asesino. Y por tal causa, poco después de su llegada a Chicago, se le apuñaló.

»Creo que queda explicada la relación entre el asesinato de Margie y el de Crawley. Ahora bien, ¿por qué murió aquélla? Hay una razón muy simple, demasiado simple: porque, a su vez, vio al asesino de Helena Checkwick cuando operaba. Pero esta razón es falsa. Existe otra. Sígueme en mi razonamiento, por favor: ¿cómo se las ingenió este asesino para procurarle a Helena un tubo de labios envenenado? ¿Lo introdujo subrepticamente en su bolso? Imposible: Helena, con su cuidadosa elegancia, hubiera observado que el lápiz no era el suyo, aun en el caso de que perteneciese a la misma marca y el mismo color. Alguien, pues, tuvo que dárselo e inducirla a usarlo. ¿Quién?».

Jerrold miró en torno, como esperando una respuesta. Lucro agregó:

—Sólo una persona podía hacerlo: Margie Roan, maniquí de «Rescue's»,

cuyo criterio en cuestión de artículos de belleza debía de ser dogmático para toda mujer.

Anne, junto al detective, emitió un murmullo de asombro.

—Oh— susurró Briggs, y añadió rápidamente. —De modo que Margie Roan asesinó a Helena.

—Un momento. He dicho que Margie le entregó el lápiz. Actuó sólo como cómplice del asesino.

—Cómplice —repitió el teniente, pellizcándose el labio.

—Los cómplices. —Jerrold hablaba con solemnidad— son extraordinariamente peligrosos, todo el mundo lo sabe; pero dejan de serlo *cuando están muertos*. En cambio, lo que sí son es extraordinariamente útiles. Y si se tiene un motivo poderoso para matarlos, lo son todavía más.

Briggs se agitó en su asiento.

—Al grano, Kates, se lo suplico.

—Resumiendo. —Jerrold volvió a encender la pipa, que se le había apagado— el triple asesino de nuestro caso se valió de Margie Roan para envenenar a Helena. Luego mató a Margie, y Leo Crawley le vio. Por último, mató a Crawley para cerrarle la boca.

—Eso necesita una explicación.

—La tiene, déjeme contarle a mí modo. Nuestro asesino debe reunir tres condiciones básicas: un motivo para matar a Helena, que fue la clave del drama; la suficiente confianza en Margie para encomendarle la misión; haber matado a la maniquí, con lo que creó un motivo para apuñalar a Crawley. Ahora tropezamos con otro punto de especialísima trascendencia: ¿Por qué se recurrió en el asesinato de Helena a un método tan fantástico, tan desorbitado, tan novelesco, como fue el empleo de un lápiz de labios impregnado en cianuro? A la respuesta, si no me equivoco, le sobra sentido común: para que Helena apareciese muerta *mucho después* que Margie y se produjera el natural desconcierto; muy en particular, para que la relación de causa y efecto se invirtiera, o por lo menos pasara inadvertida, entes los dos crímenes.

—¡Pero si no ocurrió así! —exclamó el teniente.

—Ya sé que no, aguarde. El asesino planeó que Margie le entregase el tubo de rojo a Helena elogiando sus cualidades e invitándola a usarlo. Esto debía hacerse, naturalmente, en el tren, pero muy poco antes de retirarse a dormir, con objeto de que Helena Checkwick no muriese fuera de su cabina ni hablase de ello con nadie. De este modo calculaba el asesino que Helena no probaría el lápiz *hasta la mañana siguiente*, o sea, *cuando ya Margie hubiera muerto...* No insista en que no ocurrió así, Briggs. Por supuesto, el cálculo falló. Un detalle, un matiz psicológico dio al traste con él: la vanidad de Helena. En cuanto tuvo el tan ponderado lápiz en su poder, Helena Checkwick se dio un retoque en los labios y se miró al espejo. Un momento después se acostaba. A la hora aproximada en que Margie murió, ella, durmiendo, por simple contacto con la saliva, había ingerido veneno suficiente para morir también. Esto y la inesperada intervención de Crawley alteró por completo la faz de las cosas.

Jerrold calló e hizo un amplio gesto con las manos.

—Muy interesante —articuló incisivamente Briggs—. Interesantísimo e incluso verosímil. Pero usted me ha acusado reiteradamente de cometer errores y da palos de ciego, querido Kates. Según usted, entonces ¿quién es el asesino?

Jerrold, con una vaga sonrisa en los labios, poso su mirada en Steve Bradford. La trasladó a Donald, Luego a Nicko Adigio, a O'Toole, a Milo Checkwick, por último la detuvo en Wingie Smithe.

—Si hubiera usted prestado verdadera atención mis palabras —replicó, alzando los hombros y volviéndose al teniente— no necesitaría hacerme esa pregunta. El caso es chusco, Briggs. Su instinto policiaco no le ha engañado. He dicho, ciertamente, que andaba usted dando palos de ciego, pero en ningún momento he dicho, creo yo, que sus palos no hayan alcanzado al culpable. Nuestro asesino, lo he anunciado, está aquí. —Jerrold hizo una pausa deliberada—. *Es Milo Checkwick.*

Todos los ojos, velozmente, se posaron en el doctor. El agente que estaba detrás de él le apoyó una mano en el hombro.

Checkwick no movió ni un músculo.

—Pasmoso e instructivo, señor Kates —dijo mordazmente—. Como alarde disparatado no está mal. Como broma, tampoco. Como acusación —su voz se heló— tendrá que demostrarla.

—Está demostrada hasta el hastío. Yo no sé —el detective se volvió de nuevo a Briggs— si conocía usted en qué residen habitualmente los éxitos de mi colaboración con el capitán Corcoran o si lo ha acertado por casualidad, pero hemos seguido el mismo método para llegar a idéntico resultado. Todo crimen es un *puzzle* del que se han extraviado la mitad de las piezas. Para recomponerlo es necesario, en principio, alguien que busque y encuentre las piezas perdidas; a continuación, alguien que las ensamble exactamente como deben ser ensambladas. Yo tengo para ensamblarlas cierta habilidad. Usted, Briggs, ha demostrado tenerla para la búsqueda.

—Eh, Kates —intervino inopinadamente Barnaby, que tomaba de todo febriles notas.

—¿Qué?

—Motivo de los asesinatos, ilación, circunstancias. No nos tengas en suspenso.

Jerrold asintió. Observaba de reojo a Checkwick, muy pálido y como hundido bajo la custodia, ahora, de los cuatro agentes.

—Veamos el motivo —la pipa requirió ser encendida otra vez—. Milo Checkwick, mírenle bien. —Barnaby hizo funcionar el *flash*— ha sido siempre una estúpida mariposa, muy decorativa, que se encontraba totalmente a su gusto revoloteando entre mujeres bellas... Cállese, Checkwick. Y usted también, Bradford. Tuvo la suerte de que Helena Haltham se enamorase de él, mejor que acertar a un pleno en la ruleta. Pero luego resultó que Helena era demasiado perfecta, demasiado dominante, demasiado inteligente, demasiado superior y demasiado señorial. Ni el dinero que se chupaba a su lado compensaba la molestia de soportarla eternamente. En cambio, sin ella, el dinero hubiera multiplicado su valor. Encima, el ardiente corazón de Milo se hubiera encontrado en libertad de reemprender su mariposeo sin el peligro de que la bolsa de dólares se cerrase cuando Helena se escamara. Concretemos más: cuando se escamara de las tiernas relaciones que unían a su marido, entre otras, con Anoona, su primera enfermera. He aquí, para un hombre sin sentido moral, sin dignidad y sin la más remota conciencia de las responsabilidades varoniles, un precioso motivo de asesinato.

Checkwick semejó dispuesto a decir algo, pero desistió.

—Es una hipótesis —apuntó Briggs.

—¿Qué importa que sea una hipótesis? Cuando de una cadena de hechos inferidos lógicamente uno de otro es cierto el último, también lo es el primero y lo son todos los demás. Sigamos. Entra en turno Margie Roan: una zorra, ¿no es verdad, Adigio? Y una esponja para el dinero. Checkwick, desde que nada en oro, ha abominado cien veces del momento en que la conoció. Margie ha sido lista, le ha tenido amarrado después de su matrimonio, está en condiciones de colocarle al descubierto frente a Helena si no se comporta con generosidad: todo esto se deduce de los informes que el teniente ha recibido de Nueva York. Pero Checkwick sabe qué clase de anzuelo prefiere Margie, y un día se lo da a morder. Habrá montones de billetes si le ayuda a despachar a su esposa. No hace falta más que conocerla, cosa fácil porque es cliente de «Rescue's»,

y esperar a que se presente la oportunidad. Margie acepta. La

oportunidad llega, al fin, en uno de los frecuentes viajes de Helena a Nueva York. Checkwick va a matar dos pájaros de un tiro. Y los mata: nada más lejos de su intención que dejar, muerta Helena, una Margie viva capaz de exprimirle hasta el último dólar de los que tan limpiamente ha ganado.

»Éste es el motivo del segundo crimen. El del tercero salta a la vista: Crawley, dispuesto al chantaje, tenía que morir también».

—¿Cómo sospechaste de Checkwick? —preguntó Barnaby.

—Primero, porque la disposición del cristal roto en la ventanilla del departamento de Margie Roan indicaba que el golpe fue descargado desde el exterior del tren; segundo, por la índole de la herida que recibió Crawley.

—¿La herida?

—Lo mencioné ya en otra ocasión, si no me equivoco: no es corriente el asesinato mediante una única, limpia y precisa puñalada en la nuca. Hay en ello algo terriblemente frío, funcional, directo; como en la manipulación de un cirujano. Cuando supe de qué modo había muerto Crawley, pensé, sin poderlo remediar, en la habilidad de una anatomista que sabe dónde ha de herir para obtener el máximo resultado con el mínimo esfuerzo. Checkwick es médico, aunque sea un médico malo. Conoce perfectamente nuestros puntos más vulnerables. Y el bulbo raquídeo lo es.

El *flash* de Barnaby emitió dos nuevos destellos.

—¿De qué modo se cometieron los crímenes?

—El que tuvo por víctima a Helena creo que no requiere más explicaciones. En cuanto a Margie, el teniente Briggs ha demostrado magistralmente que.

Checkwick tomó aquella noche su avioneta particular, salió al encuentro del expreso en Hutton Hill, donde se detiene unos minutos, y regresó a última hora de la madrugada. Se equivoca al suponer que Checkwick llamó la atención de Margie repicando en su ventanilla. Yo jurarla que ambos estaban previamente de acuerdo para un cambio de impresiones y noticias en aquel preciso lugar, que Margie abrió la ventanilla por iniciativa propia, para anunciar que Helena tenía ya el tubo de labios y, lo juraría también, cobrar el precio o una parte del precio de su trabajo, y que Checkwick, para quien todo aquello no era sino un ardid, la mató. La labor de Briggs ha sido tan portentosa. —Barnaby dedicó un destello de su

flash al teniente —que las pruebas acumuladas contra Checkwick en esta faceta del caso le hundirán sin remisión. La acusación, como dije—. Jerrold dirigió al médico una ceñuda mirada —está probada hasta el hastío. Checkwick se confió y dejó demasiados testigos de su insólito viaje nocturno. Creía que nadie iba a relacionarle, ni remotamente, con lo ocurrido en el interior inaccesible de un vagón de un expreso a muchos kilómetros de Chicago. Hubiera sido así, en efecto, de no dar nosotros toda la importancia que tenía el simple detalle de que los fragmentos del cristal roto se hallaran *dentro* de la cabina de Margie. Fue para Checkwick una catástrofe que aquel cristal se rompiera. Por otra parte él no podía sospechar que se vería obligado a cometer un tercer crimen para asegurarse la impunidad, dejando en el tercer cadáver una huella casi tan clara como su firma; es decir, imprimiendo a la muerte su carácter profesional.

Hubo un silencio.

—¿Y el asesinato de Crawley? Jerrold se encogió de hombros.

—A Crawley no le fue difícil localizar en Chicago al hombre que había visto en el solitario andén de Hutton Hill, pero cuando le expuso sus pretensiones se encontró con que Checkwick daba largas al asunto. Un incidente casual le asustó: me encontró a mí registrando su habitación del hotel, y pensó que Checkwick me había contratado para combatirle con sus mismas armas. Crawley tenía mucho que esconder. Si se descubría su verdadera identidad, el daño que él y Checkwick podían causarse era recíproco. Comprendiendo que no convenía acusarse mutuamente de asesinato, alteró, entonces, su plan y fue a ofrecerle a Adigio su secreto, con intención de cobrar un precio determinado y evaporarse, dejando a Adigio que se las compusiera solo. Tuvo la mala suerte de que a Adigio no le interesara su propuesta y le hiciese expulsar del «Cocoanut». Pero su mala suerte, culminó cuando Checkwick, que le iba siguiendo, le invitó a subir a su coche para discutir de nuevo el asunto. Posiblemente Crawley no estaba acostumbrado a los golpes de bisturí en la nuca, y no atinó a defenderse. Murió en el acto. Checkwick, tranquilamente, abandonó su cadáver en la Ruta noventa y ocho y se fue a dormir. —Jerrold inclinó la cabeza, miró al suelo y reflexionó un instante—. Les ruego que me indiquen si he olvidado algo —añadió, alzando la

vista otra vez—. De no ser así, amigos, esto es todo.

Checkwick emitió un sonido ahogado. Intentó levantarse y los agentes se lo impidieron. Se quedó quieto en la silla, desmadejado, blanco como el papel.

Los labios le temblaban cuando miró a Jerrold.

—He... perdido... —susurró.

Y Barnaby disparó contra él su *flash*.

* * *

Barnaby, cuando salían del Departamento, asió amistosamente a Jerrold del brazo.

—Ha sido la reconstrucción del caso más inteligente que oí en mi vida, muchacho —declaró—. Briggs se ha quedado con la boca abierta. Y será, además, lo más sensacional que el *Herald* ha publicado desde la bomba atómica. Nunca me había brindado nadie una oportunidad así. Si a raíz de esto no me doblan el sueldo, yo no me llamo Mike Barnaby. Vamos por un trago, camarada: Lo tenemos bien merecido.

Jerrold parecía cansado. Sacudió la cabeza.

—Aguardo a Anne.

—¿Anne?

—La muchacha que estaba arriba.

—La he visto, un angelito. ¿Quién es?

—Mi secretaria.

—¿Nada más?

El detective enarcó las cejas.

—Nada más.

—Bien, ¿por qué no, viene? ¿Qué hace ahora?

—Celebra una importantísima conferencia económica con Steve Bradford y Nicko Adigio. Te maravillarían sus dotes de administradora, Barnaby. —Jerrold se hurgó el bolsillo hasta sacar la pipa—. A veces pienso que haría una excelente ama de casa. Por el momento, es el alma de mi negocio.

El reportero le miró burlonamente.

—A algo semejante me refiero yo. En tu lugar, seguiría pensándolo.

—¿Pensando qué?

—Que esa chica haría una excelente ama de casa.

—Puede que lo piense de nuevo cuando vuelva de Nueva York.

—Jerrold esbozó una sonrisa—. Según lo que resulte —apoyó una mano en el hombro del periodista— empieza a ahorrar para el regalo de boda.

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona, 1924-1996).

Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William O'Connor.

Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).